This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

LUIS BONAFOUX Y RUIZ DE LUNA

ULTRAMARINOS

CON UN PROLOGO

DE

EDUARDO BENOT

MADRID
[illegible]
[illegible]
1887

B 6 -I- E 3.

ULTRAMARINOS

LUIS BONAFOUX (ARAMIS)

y Quintero

ULTRAMARINOS

CON UN PRÓLOGO

DE

EDUARDO BENOT

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
Isabel la Católica, 23
1882

LIBRERIA CERVANTES
— DE —
JOSÉ Mª SERRANO
MONTERO
CALLE ANDES 178

68
B711ul
1952

Á MI PADRE.

LUIS BONAFOUX.

MADRID. — 1882.

DOS NOTAS.

«*Quien pretenda ver más claro que sus conciudadanos é incurra en la locura de publicar cuanto piensa y cree, se granjeará inmediatamente la animadversión general... ¿Qué importa que tal juicio mezquino constituya la ley, la norma de una ciudad*, de todo un país, *si al fin nos es dado reirnos de él?*

»*Hallaréis siempre en vuestro pueblo natal quien os dé un vestido, si carecéis de él; un pan si tenéis hambre; pero no hallaréis quien permita que se os tribute el menor homenaje, el más pequeño honor. Los eferianos, inspirados en su espíritu republicano, decían: si hay entre nosotros quien valga, que salga del país y vaya á otro punto.*

»*Yo diría: No te vayas, quédate en tu casa, y sepárate de tus conciudadanos; no para aborrecerlos, sí para olvidarlos!*»

ZIMMERMANN.

«*Deseo bien poco; una casita, un techo de paja, pero buena cama, buena mesa, leche y manteca fresca, flores en la ventana, delante de la puerta algunos árboles, y, si Dios quisiera complacérme en todo, me otorgaría la dicha de ver colgando de sus ramas á seis ó siete de mis enemigos. Yo les perdonaría conmovido todo el daño que me hicieron vivos; sí, perdón para el enemigo, pero después de ahorcado.*»

HEINE.

PRÓLOGO.

El Sr. D. Luis Bonafoux, ó *Aramis*, va á publicar una colección de artículos, y me pide que le escriba yo un conciso prólogo.

¡Qué compromiso para mí! Es honroso que á uno le pidan parecer, pero jamás he escrito trabajos de esta clase; mi salud se halla quebrantada, y los chispeantes artículos del Sr. Bonafoux corresponden á un género sobre el cual me ocurre algo que decir. ¿Por qué el Sr. Bonafoux, joven y activo, quiere conocer el parecer de quien ya siente el hielo de los años, y se halla hoy postrado, y sin fuerzas? No comprendo por qué estima la opinión de quien en varios puntos difiere de las suyas; pero, sea de ello lo que quiera, el Señor Bonafoux me tiene desde hace tiempo públicamente obligado, y es deber de reciprocidad y deuda de gratitud el complacerle.

Pero ¿cómo juzgar al autor, cuando lo que me ocurre es referente al género? Porque del libro,

sólo me cabe decir que está muy bien escrito, con sumo ingenio, travesura, inventiva y habilidad. Halla en él solaz el que lo lee. Hace reir, y quien hace reir, se abre camino. Es obra del arte, y siéndolo, tiene ya mérito *per se* para quien ama el arte por el arte.

***

Cuenta una antigua tradición oriental, que rendido del sueño y del cansancio después de sangrientísima victoria, el Vencedor Monarca dejó caer su coronada frente sobre la humilde yerba de los campos. Una gota de rocío, purísima y vestida de colores, rodó hasta una perla de inestimable valor que realzaba la corona.—Aparta, gota de rocío, dijo la vanidad.—¿Por qué? ¿No son más brillantes mis colores que el oriente de tu nácar? dijo el rocío temblando, y esparciendo en su temblor luces de rojo y azul.—Aparta, dijo también al despertar el déspota, y la gota de rocío saltó de la regia corona, y fué á fecundar una espiga de trigo que fallecía de sed. La perla, enfermando, perdió su orgulloso oriente: al tirano, en las delicias de un festín, quitó la vida so-

bornado acero, y los hijos de la espiga se multiplicaron maravillosamente sobre la haz de la tierra. Y Dios, para premiar la gota de rocío, infundió en ella un querubín de alas de oro, con poder y virtud de alegrar por su hermosura las tristezas del corazón.

*
* *

Querubines con alas más hermosas son las artes. Encarnando idéas en las formas, esparcen sobre la faz del mundo las idéas de civilización y de progreso, y los hijos de esas idéas se esparcen maravillosamente en las razas de la Humanidad. Jamás una idea filosófica difundió sus luces por la conciencia universal sin la manifestación artística. La filosofía habla sólo al entendimiento, y el hombre no se mueve sino por los impulsos del corazón. El mundo no adelanta hasta que la idea se encarna en una forma. Los delirios de la caballería acabaron, en cuanto su censura halló forma en *El Quijote*. El horror á la explotación de la raza negra acabó con la esclavitud en los Estados-Unidos del Norte americano, no bien halló artística forma en la cabaña del Tío Tomás.

Nunca la filosofía ha persuadido á las masas

sino por medio del arte; pero el valor de las formas está en el valor del pensamiento. La obra será lo que el pensamiento fuere; porque la idea es el verbo que se encarna. El artista, pues, ha de dejarse arrastrar del torrente mismo de la civilización y no vivir fuera de ella.

***

Pero hay dos clases de artistas.

El éxito á toda costa, el lucro y el aplauso de un día, hacen doblar la rodilla al que estima como oficio lo que debió mirar cual sacerdocio. Adula, y canta férvidos ditirambos en honor del siglo que se muere, y de las preocupaciones adoradas por la multitud. Y el favor de las masas condecora sus trabajos.

Al contrario, hay quien se atreve á mirar al rostro á los fantasmas de las supersticiones y de las costumbres, y embiste contra las rutinas que deben morir; pero que, mientras más viejas, más fuerzas tienen y con más vigor resisten. Y las nubes de incienso no envuelven al rebelde. Su aureola es el escándalo, y su recompensa la persecución.

Entre estos disidentes milita el Sr. Bonafoux. Hizo un cuadro de prácticas y costumbres censurables, reproducidas anualmente durante el Carnaval en Puerto-Rico; y un falso patriotismo levantó contra él la población entera, durante cuatro ó cinco días, con tenacidad sin ejemplo. Hasta hubo quien pidiera la cabeza de Bonafoux. Pero, por fortuna, los motines en favor de lo indebido, son motines de éxito contraproducente. Ignoraban los amotinados que, para que ciertas costumbres mueran, necesitan de las vergüenzas del escándalo y de las tropelías de la exageración. Con pocas variantes, esos abusos carnavalescos existían en la más culta de las ciudades de la península, hace treinta años. Hoy los viejos se avergüenzan en Cádiz de haberlos perpetrado, y los jóvenes ni áun comprenden los bárbaros gustos de sus padres, durante setenta y dos horas cada año. En la perla antillana pasará como en la perla de Cádiz, y las costumbres censuradas durarán menos que su jovial censura.

***

Quien se atreve á mover guerra á las prácticas entronizadas, necesita un temple extremado; y

extremadas tienen que ser en muchos casos sus afirmaciones. Sentimientos guían su pluma con arrebatado empuje, y la inteligencia en algún conflicto trabaja menos que la pasión.

***

La crítica de Bonafoux percute muchas veces á determinadas personas, más bien que á censurables personificaciones.

Este es un gran escollo, y ha de permitirme que se lo señale quien aparece maestro en el dificilísimo arte de personificar miserias humanas, como lo ha hecho, por ejemplo, en IDA Y VUELTA y en DON CHOLO.

No es de mi gusto el personalismo. Y no lo digo porque en la presente colección se ataque (á mi entender sin necesidad) á personalidades de mi afecto. No. La crítica tiene que ser muchas veces personalísima, y á ella se expone siempre quien vive en la atmósfera de la publicidad. Pero ¡cuán difícil es no extremar el elogio ni exagerar el vituperio. Estro poético, como pocos, fué el de Bello, honra de Chile y de la lengua castellana. Pero Bello, como versificador, tiene faltas y,

como gramático, errores. Además, su Gramática no llega al nivel de la filología moderna. Bonafoux no ha dicho nada de esto. El error se perpetúa cuando la crítica presenta como dechado lo que no es intachable, y se corre el riesgo de que el principiante lo imite, y lo repita, y lo propague.

Por otra parte. El personalismo es poco para el arte. Hubiérase ceñido *El Quijote* á la censura de un personaje real animado por el falso honor de la caballería, y algo habría hecho ciertamente contra la doctrina del bien á fuerza armada; pero no habría cerrado la tumba al feudalismo. Hubiérase concretado la cabaña del Tío Tomás á describir los dolores de un determinado esclavo y las sevicias de un negrero en particular, y de cierto no habría sido la chispa excitadora de la explosión norte-americana contra la esclavitud del Sur.

***

Otro escollo. Ningún artista deja de recibir la influencia de su época; pero los apasionados extreman las tendencias de su tiempo.

Yo no creo en los intrincados *tiquis miquis* me-

tafísicos trompeteados flamantemente á propósito de lo que se ha dado en llamar naturalismo, en oposición á..... ¿qué se yo? á algo como lirismo ó idealismo, ó cosa así.

La forma siempre es consustancial con la idea.

No hay vate más real que Homero ni más poético tampoco. No hay idealismo superior al de la Venus de Milo, ni formas de perfección mayor. ¡Qué naturalismo en *El Quijote!* ¡Qué realismo en *El Alcalde de Zalamea!* ¡Qué personificación tan humana la de *Don Juan Tenorio!* Lady Macbeth, Julieta, Ofelia, Otelo, Hámlet, Altisidora, Maese Pedro, Dorotea, Dulcinea, Cardenio..... son más conocidos nuestros que las mismas personas de nuestro trato cuotidiano, ó las contemporáneas eminencias de la política. Pero tan gloriosas personificaciones viven por las idéas que informan, y por las formas que exteriorizan juntamente. Varíe una mano profana los nobles contornos de la Venus; hágase un virago de la endeble lady Macbeth, píntese obeso á D. Quijote..... y es seguro el motín del buen gusto universal contra los sacrílegos autores de tan estultas profanaciones.

Había, no hace aún una generación, confeccionadores de dislates que perpetraban cantos de

ruiseñores, idilios imposibles de amor conyugal, ferocidades anacrónicas, y sentimentalismos y espasmos mentirosos de pasión. Contra esos esperpentos protestaba siempre el buen gusto; y semejantes delirios salieron de moda, no bien el arte tomó otros derroteros, copiando del natural modelos vivos, y dejándose de ruiseñores convencionales, de zagalas sabiondas y de traidores de estereotipia.

Pero ni lo uno era idealismo, ni naturalismo lo otro. Sólo forzando las acepciones de las palabras puede sostenerse el debate. Lo bello tiene que ajustarse á proporciones, y si no, se produce la fealdad. Todo está sujeto á tipos: números rigen los ejes cristalográficos: las moléculas se combinan en proporciones definidas. Las bellas vibraciones de los sonidos requieren necesariamente número y medida, y entonces su armonía deleita él corazón: rotas esas proporciones no hay música posible.

Lo mismo en poesía. Así como hay olores que encantan, y olores que repugnan, y ese encanto y esa repugnancia son ley impuesta á nuestra organización al irse lentamente evolucionando, del propio modo hay sentimientos que nos encantan,

y sentimientos que nos repugnan por ley impuesta á nuestra naturaleza moral, al irse perfeccionando en la senda del progreso. La exageración ha hecho creer que las delicadas manos del arte, no se degradan con el contacto de ninguna deformidad; sin tener en cuenta que en el hospital deben curarse las úlceras, en los manicomios las locuras y las degradaciones humanas en los establecimientos penitenciarios. ¡Qué admirablemente y en broma de buen género dice Manuel del Palacio:

Pero ¿á qué retratar con sus matices
Lo que el vicio y el mal dan por despojos,
Si al ver después el cuadro con los ojos
Tenemos que taparnos las narices?
Se alumbra con la luz, no con el fuego:
El bajo instinto, la pasión bastarda,
Aunque ofrezcan placer, quitan sosiego.
Belleza de expresión, forma gallarda
Ostentan esas obras, no lo niego;
Mas ¿quién borda de perlas una albarda?

El Sr. Bonafoux es un gran pintor descriptivo. Sus cuadros siempre son de efecto. No censura fantasmas, ni modela endriagos. Sus expresiones tienen vitalidad y grandísima expresión... Allá para sus adentros, ¿no cree el mismo señor Bonafoux, tan atildado al escribir LA VIRTUD EN

EL TEATRO, que, á veces, son demasiado gráficas sus pintorescas expresiones, por ejemplo, en la ORGÍA? ¿No considera que este cuadro está en flagrante contradicción con aquel artículo? ¿No juzga que ganaría mucho la escena del café X., borrando sin consideración ciertos renglones escritos con demasiada maestría? ¿No sabe que es gran fuente de placer para el lector el tener que adivinar?

Repítese que para «ENSEÑAR» repugnancia hacia la embriaguez, presentaban los viejos lacedemonios á los jóvenes el espectáculo repugnante de un ilota borracho. El arte es demasiado pulcro para mirar con horror esa clase de enseñanzas. El poeta no debe engarzar en perlas ninguna deformidad.

No soy, pues, amigo del personalismo ni de las fealdades del naturalismo. Pero aunque el género no me sea simpático, ¡qué delicadeza en las alabanzas á Teodoro Guerrero! ¡Qué tierna amistad en el recuerdo á la muerte del joven Portuondo! ¡Qué vigor en la descripción de la antes criticada orgía! No es de *Zola*, por ser otro el estilo; pero si no, así la escribiría el jefe del naturalismo francés.

Creo hacer el elogio del libro diciendo de él que no lo dejé de las manos hasta terminarlo, aunque hubiera yo querido en él la gota de rocío, que esparcía en sus temblores luces de rojo y azul.

EDUARDO BENOT.

ENTREMOS.

No tenía deseos de hablar de mí en este momento histórico... Pero es conveniente que sepan mis amigos, el país, el ejército y el Rey, lo que pienso de mí mismo, porque yo no quiero ser menos que el general Lopez Dominguez.

Me he dedicado preferentemente á cosas y casos ultramarinos. Exceptuando á Labra y á Martinez Campos, no hay quien sepa lo que yo en punto á las Antillas. Ya quisiera Leon y Castillo tener la mitad de mi erudición.

No crea el lector, por el título de este libro, que soy socio de Prats, de Piñeiro ó de alguno de los ultramarinos de la monarquía. Les he visto varias veces por el prisma opaco de los cristales de sus tiendas, porque los cocos que aparecen de raro en raro en los escaparates de Prats, me llaman profundamente la atención. ¿Son legítimos, es decir, americanos, ó son *timos* de Canarias? Nadie ha podido explicarme esos cocos misteriosos.

Decía que el hecho de haberme dedicado á incidentes de Ultramar, no prueba complicidad

con los ultramarinos del reino. Prueba que he cultivado amorosamente esa *virgen del mundo, América inocente*... No es floja desgracia, porque mientras *El Día* crea y diga que la isla de Vieques está en Filipinas, mi libro no será *comprendido* ni estará al alcance de todas las inteligencias.

Ultramarinos. No todos los personajes de que trato en este libro son ultramarinos. Hay quien lo es y no lo merece; hay también quien no lo es y merece serlo. No todos son ultramarinos, pero éstos abundan, son los más, y tienen derecho al título del libro.

Tengo para mí que ha de mover á risa á quien lo lea; pero no crea el lector que tiene el deber de soltar la carcajada desde la cruz hasta la fecha, ni que me propongo que se ría de mis artículos (¡no faltaba más!), ó con motivo de todos. Hay aquí algo serio, muy serio, y, puedo decirlo sin mentir, con lágrimas en los ojos he hecho más de un trabajo de esta colección.

No faltan artículos irrespetuosos, y, si se quiere, demasiado vivos y realistas... Quise suprimir los de este género, cuando me dijo el Cardenal Moreno:—Pero hombre, ¿cuándo publica V. esos artículos *naturalistas*?

Sé que estoy obligado á la indemnización de daños y perjuicios. Indemnizaré, siempre y cuando que se me avise á domicilio. Si mis artículos

les dan desazones á doncellas sin falsificación, ó á señoras en buen uso, yo las indemnizaré como Dios manda; y si se desmaya alguna anciana venerable, yo mismo la conduciré á la Casa de socorro, ó á la cárcel del Saladero.

Este libro es modesto, sencillo y barato: hice para el periódico á vuela pluma, sin peinar ni *rizar* el estilo (que sale á veces afeitado), todos los artículos que contiene. Es, pues, un libro de impresiones.

Pero no de pretensiones.

No pretendo nada; ni centenario, ni murgas de los vecinos, ni que el Gobierno le señale viudedad á mi novia. Para un apuro de dinero, ya vale el libro y lo aprovecharán sin duda mis hijos. Si lo llevan á casa de *La Viña,* que sí lo llevarán, es posible que puedan comer de vez en cuando con el sudor de mi rostro.

Este libro es, pues, la herencia que dejaré á mi familia.

¡Un libro sagrado!

ARAMIS.

I

EL CARNAVAL

EN

LAS ANTILLAS.

Si aquí en la vieja Europa, que alardea de saber de estética, no nos sorprende que la mayoría del público se abandone al goce sin igual de hacer piruetas, y con chocarrero antifaz y abigarradas telas discurra por las calles para conceder luego al ánimo el grato esparcimiento de mortificar al prójimo con chistes de dudoso gusto, no debe extrañarnos que allá en el suelo americano, tardío en percibir los reflejos del progreso europeo, se conserven aún costumbres guardadas cuidadosamente de tiempo inmemorial, y mal avenidas con los principios más rudimentarios de la urbanidad, de la civilización y de la estética. Cuando contemplamos en España la extinción lenta, pero segura, de estas *bacanales* de Carnaval, abrigamos la esperanza de que en las Antillas españolas concluyan por consunción hábitos que no calificamos de salvajes, por parecernos un tanto indulgente la calificación.

En tales pueblos, dotados de una naturaleza pródiga por extremo, los hábitos de sus habitantes han respondido á esa exuberancia que en todo les es ingénita. Pero así como sus tupidos bosques é inac-

cesibles malezas se han ido abriendo al paso del hombre, merced á su labor constante, de idéntica manera sus tradicionales costumbres se desvanecerán por el trabajo del progreso. Aquí, en España, contemplamos con desdén los restos de fiestas que fueron, palpitantes aún, pero próximos á extinguirse: allá, en América, presenciamos con admiración y dolor profundos los regocijos de una turba indómita y salvaje.

No invaden allí las calles comparsas de estudiantes, al fin cultas, que impiden graciosamente el paso al transeunte, y quieras que no, le obligan con toda finura á vaciar el bolsillo; no discurren por las calles hombres y mujeres, trocados los sexos, luciendo ellos airosas faldas, senos postizos, y polvos de Atkinson, y ataviadas ellas con ceñidos pantalones y holgadas americanas. No se divisa ese conjunto de harapos que, con mengua de la belleza y del decoro, ha sustituido al vistoso traje carnavalesco importado de las fiestas venecianas; pero en cambio, ¡qué espectáculo tan desconsolador ofrece el público de las Antillas en los fastos días de Carnaval!

Reina durante esta fiesta el aturdimiento y el escándalo. Apenas hecho el día, recorren las calles trullas de hombres, mujeres y niños que despiertan sobresaltado al que incurre en la locura de dormir en días tan felices: ora llega á sus oidos el áspero y desapacible chirrido del inarmónico *guícharo*, instrumento predominante en la música del país; ora hiere los cristales de su casa una piedra lanzada diestramente por alguno de los que forman la comitiva, hazaña que promueve la hilaridad del cigarre-

ro de la esquina, que sale en calzoncillos y á pié descalzo, saboreando la undécima taza de café, á saludar la festiva comparsa, y del sereno del barrio que, en mangas de camisa y con chistera, todo alborozado, exclama á voz en grito: ¡Las dos y cuarto, y trullas por las calles!

Surgen de los portales, á guisa de fieras de sus jaulas, negros y negras de ancha nariz y espaciosa pezuña, hablando un guirigay incomprensible para ellos mismos, y á poco se ve engrosar la trulla con cabezas de encrespado pelo que gesticulan, ríen y gritan, convirtiendo la calle en eximio centro de placer.

El que acierta á pasar entonces por tal sitio, se ve muy luego rodeado de una turba armada de agudos, largos y blancos dientes, resaltando sobre negra tez, y precisa armarse de un valor heróico para no retroceder con espanto al ver aquellos, Quasimodos reales, haciendo horribles muecas.

En el primer día de Carnestolendas, comienza en toda la ciudad un tiroteo horroroso. Ya no son sólo los negros los protagonistas de la fiesta: también los blancos, no queriendo ser menos, emulan sus insólitas hazañas. ¡Desdichado de aquél que se atreve siquiera sea á atravesar el trecho que media de su casa al fin de la acera, que suele tener medio dedo de ancho: no bien ha salido del portal, siéntese herido por una mano invisible, y ya puede regocijarse si, tuerto como Anníbal, pierde en la refriega el único ojo que le queda.

Las azoteas de las casas se convierten en verdaderos baluartes: se hallan allí en confuso y repugnante consorcio la cáscara del *mamey* y el huevo ho-

radado y repleto de ácido úrico; el coco, que una mano experta colmó de materia fecal, y la mantequilla rancia bien dispuesta en un papel que ha de ser arrojado al rostro del incauto que, rompiendo el sitio, sale de su casa, sin faltar la lavativa de gigantescas proporciones, rebosando agua de jabón, mientras las gentes de la casa, en acecho, espían la presencia de un prójimo á quien disparar tan inofensivos y bien olientes proyectiles. Y si nadie discurre por las calles, se ensañan en las personas de la vecina casa, y presto gigantesca tromba acuática penetra por las persianas, deteriorando los muebles, no sin que los vecinos contesten á su vez dignamente, siendo ambos albergues dos castillos en combate. De cada una de las casas de la villa ó del pueblo, cae en el Carnaval un diluvio de agua y otros excesos, y así á nadie asombra que los que se ven obligados á salir á la calle vayan con grandes paraguas abiertos, aunque el sol brille en el espacio y ni una sola nube empañe la pureza de aquel cielo sin igual. Otros se exhiben con recios capotes de hule, y no falta algún *niño* (así se llama allí al señorito) que eche mano del traje de su criado, evitando de esta suerte que le manchen la levita, expresamente hecha para las procesiones.

Tal cual negro cruza rápidamente las calles, llevando en las callosas manos el fruto denominado *tuna*, de encarnado color, con el cual tiñe sin piedad las ropas y hasta la cara del mísero mortal que encuentra á su paso.

Y entonces es el reir y el palmear de los espectadores, ebrios de gozo, prorrumpiendo en estridentes

carcajadas y picantes dichos, y el más encopetado blanco, orgulloso de la color de su piel, trocaríase de buen grado en aquel momento, envidiando la singular proeza, por el más legítimo negro. ¡Oh ventura! ¡Oh fiesta portentosa!

El adamado doncel que lanzó el *mantequillazo* ó el coco, se calza después el guante blanco, y vestido con pantalón *lila*, color predominante en la estética del país, levita de larguísimos faldones que arrastra por la calle, corbata amarilla, camisa con chorreras bien rizadas y tintas de añil, altivo *bombo* (chistera que decimos los que no hablamos aquel guirigay), con más alas que alero de edificio chino, y airoso zarcillo en la oreja izquierda, aprisiona en lúbrica danza el talle gentil de una ninfa americana, sílfide aérea y voluptuosa en su muelle abandono.

La apuesta y agraciada doncella, de color de aceituna sevillana, que arrojó certera el huevo al ojo del infeliz transeunte, se engalana con mitones coetáneos de Eva, se atavía con lujosísimo traje de seda de color verde, sale arrastrando una cola de tres metros de largo, y contoneándose ligeramente llega al espléndido sarao donde se abandona con delirio á la danza, hasta que rendida por copiosos arroyos de sudor, que mancha á veces el piso, pide lánguidamente un refresco á su adorado galán, y éste, solícito y rumboso, bríndale agua de azúcar mezclada con vino, *majarete*, arroz con coco y pastel de plátano, cuando no queso de bola, relleno con pollos, aceitunas y alcaparras; con lo que deja bien puesta la reputación de gentil y discreto.

Tienen lugar á seguida los sustanciosos coloquios

de damas y caballeros, los cuales se esfuerzan en extremar las hazañas del día. Quién refiere que dió con un huevo en la nariz de su vecino, periodista afamado, que sabe escribir de la enfermedad de la caña de azúcar; quién se alaba de haber aprovechado la oportunidad de vengar dignamente un antiguo ultraje, impulsando á su negro á dar por lo fino un *mantequillazo* á Don Fulano, persona de reconocida ilustración, que ha disertado en el Ateneo sobre los estragos de la filosofía krausista, que él escribe con dos eses, y en un notabilísimo alarde de erudición, con gran copia de razonamientos, probó que la ciencia apenas se conocía en aquel país; quién narra que lanzó un coco á la cabeza de una señorita que había tenido amores durante veinte años con el autor de la proeza. Una *nena* (allí toda mujer, siquiera pase de los noventa años, es *nena*) se envanece de haber disparado certeramente un lavativazo á un tiernísimo vate. Un padre habla de perlas del atrevimiento de su hijo, el cual tiñó con *tuna* la levita del capitán general, cuya autoridad es violable en tales casos; y todos charlan, vociferan, celebran sus propios chistes, se ríen de los del vecino, hasta que llega uno de los *mozos crúos y de arresto* del lugar, y presentándose de improviso, con aire un si es no es guapetón y entrecejo formidable, asesta á la mesa una soberbia puñada, rompe una silla, arroja al patio el arroz con coco, se bebe el agua de azúcar, dice con voz de trueno: «aquí no se baila más,» y acompañando la acción al dicho apaga la única luz de un soplo, mientras cariacontecidos y resignados se ausentan del local los concurrentes, concluyendo de esta ma-

nera la fiesta, si es que ya no terminó por una disputa entre dos *niños,* merced á una *punta* solicitada y no concedida en una danza, que finaliza para principiar otra, y luego otra... por no variar.

La gente que allí se dice *de color* celebra asímismo el Carnaval, teniendo el baile un lugar preferente en las diversiones de aquellos danzantes que nacen con la pierna derecha en actitud de bailar, y mueren con la pierna izquierda en idéntica actitud.

Alegres y lúbricas parejas se entregan con una voluptuosidad de sátiros á un baile orgiástico, denominado *merengue* por el exquisito sabor que tiene. Y es de ver allí la descocada y sensual mulata, destrenzado el cabello, contraidos los labios por el paroxismo del placer, húmedos y tiernísimos los ojos, palpitante el seno que amenaza traspasar la ténue y poco discreta valla, imprimiendo á las caderas ondulaciones lascivas, jadeante, sudorosa, ardiente, pensando sólo en el placer, y por el placer viviendo, emprender aquel baile monótono cual ninguno y cual ninguno voluptuoso, extasiada en brazos de su amante, á quien suele cantar coplas con acompañamiento de *guícharo*, que él corresponde con una fineza, templando su erotismo al presentarle una enorme cazuela de *funche* con bacalao.

Entretanto, en algún despoblado inculto é inmundo, negros y negras se abandonan al placer de un baile delicioso. Ellos casi desnudos, cubiertas ellas con hojas de plátanos, lanzan imprecaciones, bailan en derredor de tres ó cuatro negros, afamados músicos en sus *bombas*, con las que producen un suave ruido parecido al disparo de un cañón. En breve

el polvo nubla la atmósfera, un purísimo perfume á macho cabrío se esparce por el ambiente; las imprecaciones son cada vez más briosas, los gritos selvaticos más agudos, mientras suena la *bomba*, y todo es *jayuya*, como ellos dicen, una cabal delicia y maravilla.

El furor por los disfraces es de todo punto indescriptible: ¡hasta los negros y las negras se ponen máscaras!... Organízanse comparsas de *vejigantes*, cuyo chiste estriba en azotar con grandes vejigas al primer bípedo que encuentran, y cantar coplas como ésta:

«*Vejigante la boya* (!¡)
Pan y cebolla.»

Forma parte en ellas la *hig life* del país, que asalta las casas, saquea á las familias, se apodera del *mofongo* aderezado para celebrar el día, de la ensalada de *aguacate* y del dulce de *calambreña*, y penetra en las habitaciones interiores para que el ánimo se esparza, y todos de consuno exclamen: ¡qué fiesta tan deliciosa!

Así, como resalta en este esbozo, se festeja el Carnaval en las antillas.

Tengo para mí, que huyendo de los cocos y lavativazos de agua de jabón, ha venido el general Martinez Campos á pasar estos días de Carnestolendas en Madrid.

¡Pequeñas causas originan á veces grandes efectos: un coco, una lavativa, una cáscara de *aguacate*, tornaron de tranquila y mansa en revuelta y díscola á la grey constitucional!

1879.

DE LOS «CANTARES DE UN VIEJO»

Y DE TEODORO GUERRERO.

Todos ustedes (señalando al público) conocen al autor de los *Cuentos de salón*, de *Las llaves* y de *El pleito del matrimonio*... al distinguido autor de dramas, comedias, zarzuelas y obras serias y festivas de notable mérito. Pero no todos ustedes (señalando al público) conocen á Teodoro Guerrero.

Guerrero es un criollo que parece germano, descendiente de los Teutones... Así como él, debieron ser los cosacos que se bañaban en el Sena helado y se alimentaban de velas de sebo durante el sitio de París por las tropas aliadas. Siempre que le veo en *flú de hilo crudo* (como dicen en la Habana), muellemente arrellanado en cómoda mecedora, se me pasan las grandes ganas de aconsejarle que use casco prusiano y uniforme á lo Moltke; y digo para mí: ¡Qué gran *guerrero* se ha perdido la patria!

Pero su corazón es de oro. Ni su apellido ni su complexión se acuerdan con sus sentimientos. Es una sensitiva... de siete piés de altura.

Una de las cualidades del carácter de Guerrero es la modestia. Él goza con sus triunfos literarios, cuando son verdaderamente sentidos; pero no los busca, ni acaso los ambiciona.

En Santander, donde es popularísimo y querido,

y en cuya playa suele pasar la estación de verano, le preparan ovaciones, que no son ruidosas, pero sí sinceras. Sus admiradores le llevan al teatro, y, quieras que no, el poeta recita algunas poesías. Improvisan una velada en honor suyo, y hermosas montañesas le ofrecen ramos de flores (este detalle de las montañesas me obliga á tenerle mucha envidia; decididamente voy á censurar á Guerrero). Todos sus admiradores se disputan una mirada, una sonrisa del hombre á quien eligieran, por sufragio universal, rey de la montaña.

Cuando los rigores del estío se han templado y Madrid no es una hornalla, Guerrero se despide de los santanderinos con una poesía, que es un adios á la patria... Vuelve alborozado á Madrid; pero su regocijo no traspasa los umbrales de su hogar. Es un regocijo de puertas adentro, ignorado de Mencheta y de los noticieros de *El Correo*... Sólo saben de él la familia del poeta y media docena de amigos, á quienes encarga la mayor reserva. En cuanto salgo á la calle se lo cuento reservadamente al primer amigo que veo, recomendándole la reserva, y que con igual sigilo se lo cuente á algún amigo suyo. Yo no sé si Guerrero me perdonará esto; pero sí sé que debe perdonármelo, porque lo hago con buen fin.

Sobre todos los sentimientos de Guerrero, descuella el sentimiento de la familia. No hay libro ni artículo suyo en que no dedique algunas líneas al hogar. Para él es un mónstruo quien no esté muy á gusto, como el pez en el agua, en el estado de matrimonio. No le habléis de malas artes de las suegras, de genialidades de las esposas, ni de imperti-

nencias de los hijos. Él tiene la ventura de no conocer ese lado prosáico del sacramento, y pretende en su egoismo que todos los esposos se huelguen de serlo. ¡Egoismo piadoso!

Vencer al tiempo y al espacio y sobrevivir á las ilusiones... Esto es lo que ha hecho Guerrero.

¡Feliz aquel que ve los recuerdos entre resplandores de luz, de sol tropical en la primavera de la vida, de aurora boreal cuando el corazón se ha marchitado bajo la nieve de la vejez!...

¡Feliz el marido que llega á viejo, y se mira las arrugas en el cristal de los ojos de su compañera, y canta, y tiene su casa á flote, y en las borrascas del mar de la vida tiene un camarote donde meterse!...

Los *Cantares de un viejo* (esto de viejo es pura hipérbole de Guerrero) han sido hechos en la montaña de Santander, en medio de los hijos del poeta y al lado de su compañera: entre la poesía de la naturaleza y la poesía de la familia.

Desde 1879, en que se imprimió su último libro, Guerrero había permanecido en silencio, como consecuencia de lo que él llamaba su *jubilación*. Pero los atractivos de la playa del Sardinero fueron *más fuertes que él*, y la musa se aprovechó de este descuido para inspirarle los *Cantares*. Avergonzado de esta inconsecuencia, y para justificarla, enmienda la plana á la Academia y define la palabra *cantar*, diciendo que es *grito del alma*. Yo me permito, después de haber saboreado el libro y de leer entre líneas, desechar su definición y dar ésta:

«Cantar.—Ráfaga del espíritu.»

No sé por dónde empezar á transcribir los canta-

res del libro. ¡Son todos tan poéticos y sencillos y tiernos! Hay allí primaveras del amor, regocijos del hogar, tristezas ocultas, lágrimas de hijo y arrullos de esposo y padre, ráfagas filosóficas y grandes enseñanzas en cuatro líneas.

Peregrino por el mundo,
busqué en vano la verdad;
una mujer la guardaba,
y me la trajo á mi hogar.
No te mueras sin llevarme;
sin tí la vida me falta;
¿cómo ha de volar el pájaro
cuando le cortan un ala?

¡Qué ternura de sentimiento, y cuánta sencillez en la expresión del afecto!

He aquí un cantar que encierra una enseñanza:

El hombre es como el globo
que se remonta al cielo;
sube, y mientras más sube,
se le ve más pequeño.

¿Quién, al cruzar las calles entre mujeres bonitas, no ha sentido que huye de su boca un beso, y le ha visto volar y posarse en unos labios rojos y frescos, como un capullo de primavera?

Iba un beso perdido
buscando el cielo;
amor tendió sus alas
y dijo al beso:
—«Mira á Filena;
en sus rosados labios
está la puerta.»

¿Y quién no se ha fijado en unas ojeras voluptuosas... sombras de luz, y ha pretendido leer en ellas los misterios de la mujer amada?...

Morenilla, tus ojeras
dan vida y calor al rostro,
pues son la sombra del alma
que está asomada á tus ojos.

Cantares humorísticos y picarescos, para quien diga que Guerrero es místico:

Ayer, domingo de Ramos,
fuiste con *palma* á San Luis;
El cura, que te conoce,
no la quiso bendecir.

El amor de la niña
nace jugando:
el amor de la joven
vive llorando;
y el de la vieja
exhumando memorias
muere en la iglesia.

Un recuerdo bello y cristiano al borde de una tumba solitaria:

Sobre su tumba un sauce
sus ramas dobla,
y lágrimas parecen
sus sueltas hojas.
Al lado veo
un ciprés que la guarda
mirando al cielo.

Una madre que implorà una limosna, arranca á la lira del poeta este hermosísimo pensamiento, de marcado realismo:

Vino una madre á pedirme
una limosna por Dios;
miré temblando á mis hijos...
¡Cómo decirle que no!

No terminaré estas líneas sin dar á Guerrero mi más cordial enhorabuena; y como no soy egoista

(gracias á Dios), le vería partir con gusto á la montaña de Santander, en el verano próximo, privándome sin duelos de su compañía, siempre y cuando que trajera de allá algún libro tan discreto y primoroso como los *Cantares de un viejo*.

ENSAYOS DE CRÍTICA Y FILOSOFÍA,

POR URBANO GONZALEZ SERRANO.

Los que sin rubor ni duelos aseveran que nuestra asendereada patria está en lastimosa decadencia, solemnísimo mentís reciben del espectáculo que de contínuo ofrece la inteligente y laboriosa juventud del Ateneo y demás centros científicos y literarios de Madrid.

Acaso nunca ha ascendido tanto el nivel intelectual de España como en estos descontentadizos tiempos que alcanzamos; y lícito la es en este período histórico enorgullecerse y holgarse de haber engendrado la juventud, que en los torneos y justas de la inteligencia es, tal vez, la más airosa de Europa. El sol de las conquistas materiales desaparece de nuestros dominios en el decurso de los tiempos; pero el sol de las conquistas intelectuales aparece inundando de luz el horizonte de nuestra patria, y podemos repetir que no se pone en nuestros dominios.

Hanse derrumbado, injuriados y heridos por el tiempo, ídolos vetustos, nombradías decrépitas,

ideales fenecidos en la conciencia y en el corazón, aspiraciones antiguas; pero de este derrumbamiento que el tiempo ocasionara, de estos escombros que humedecen con lágrimas espíritus enfermizos que no fueron fecundados en el ovario de la civilización, surge altivo el mágico palacio de la moderna ciencia española, levantado por una juventud febril, presa de antojos de gloria, que discute, invade y domeña los problemas todos, como si el espíritu de las edades históricas, y con el espíritu la sabiduría y la experiencia, hubiéranse encarnado en la primavera de la vida.

De estos obreros en la labor intelectual, que apenas surgidos á la vida han recorrido victoriosamente la gamma de la ciencia, el Sr. Gonzalez Serrano ha alcanzado envidiable y legítimo nombre por sus esclarecidos talentos y asiduidad en los trabajos del pensamiento.

Harto conocido ya el distinguido autor de los *Ensayos críticos* sobre Goethe, no precisa en puridad el elogio de la crítica, que há tiempo reconociérale soberanos méritos.

Figura en primer término en el libro que, con modestia suma, titula el Sr. Gonzalez Serrano *Ensayos de crítica y filosofía*, un estudio detenido y erudito de la filosofía en su historia.

Estudia su autor la filosofía en Oriente y la filosofía en Grecia, asignando á la primera un carácter irreflexivo que la coloca muy por bajo de la filosofía helénica, y divide ésta en tres períodos: uno de desarrollo, que termina con el advenimiento de Sócrates; otro que abraza las diferentes escuelas socrá-

indicando como primordial que sea *intuitiva* á par que *universal y personalísima*, y como fondo del arte (dado que el Sr. Gonzalez Serrano admite la división, inasequible á mi juicio, de forma y fondo en materia de arte), lo que es eterno é inmutable en el alma del hombre; anhelos porque el arte, que debe ser progresivo, no se inspire en ideales muertos y cante los que privan en la conciencia del siglo; acertados juicios sobre el arte crítico, las relaciones del arte con la religión, lo legendario en el arte y el espíritu colectivo de éste; he aquí, en síntesis, los puntos más salientes de este bellísimo estudio, que diera él sólo materia á largas disquisiciones. .

Un estudio del *carácter*, otro de la *filosofía popular* abogando por la conjunción de la teoría y la práctica, de cuya concordia arrancaron siempre las grandes conquistas del pensamiento, y otro vastísimo del *naturalismo contemporáneo*, en el que se afana el Sr. Gonzalez Serrano por encontrar la conjunción de la especulación y la experiencia, y contra el transformismo, que funde lo orgánico con lo inorgánico, marca la división que existe—estudio cuyo análisis escapa á los límites de un artículo,—constituyen la urdimbre filosófica y literaria de este libro, que termina con una serie de artículos críticos de obras literarias y filosóficas, especialmente de éstas, con que deja su autor bien sentada la merecida reputación de crítico notable que goza en la familia literaria.

El estilo es correcto, fácil y elocuente. Iba á decir que adolece de cierto sabor didáctico, más pertinente en la cátedra que en el libro; pero no he de

la antigua, cuyos primeros vislumbres aparecen con el estoicismo y el cristianismo, teniendo luego encarnación más viva en la Laura de Petrarca, es verdad notoria é innegable, especialmente por lo que toca á nuestra literatura. Desde Garcilaso de la Vega, que fué, sin duda, el primer poeta verdaderamente lírico de nuestra patria, jamás brilló en el cielo de su arte la vía láctea de poetas líricos que nuestro siglo tiene. Probanza de este aserto son los nombres de Quintana, Arriaga, Gallego, Duque de Frías, Lista, Ventura de la Vega, Espronceda, Zorrilla, Baralt, Santos Alvarez, Becquer y tantos otros que tienen digno término en Nuñez de Arce y Campoamor. Sin duda por esto han dicho algunos escritores que la lírica tiene en nuestro siglo su origen y nacimiento.

No es el Sr. Gonzalez Serrano partidario de la *teoría del arte docente*. Bien que acerca de esto no sea sobradamente explícito, entiendo que reprueba la *razón cantada*, y cree que el arte no adoctrina ni enseña, ó no debe al menos, porque en el mero hecho de proponerse este fin bastardo, deja de ser arte. Eso sí, el Sr. Gonzalez Serrano quiere que el arte piense; que la personalidad humana constituya el tema de la poesía lírica, y que el poeta, á la manera de buzo que baja al fondo del mar y torna á la superficie después de haber recogido objetos útiles é inútiles, descienda al fondo de la vida social, y exhiba los elementos todos que la forman.

Desarrollos sobre las relaciones de la historia y la ciencia, juzgando que deben hermanarse; consideraciones acerca la condición de la poesía moderna,

poner reparo de tan poca monta á un escritor de la valía del Sr. González Serrano. En obras de la índole y bondad de la que ha motivado este artículo, sólo debe el crítico notar las bellezas, sin parar mientes en imperfecciones de menor cuantía.

***

La canícula, amigo González Serrano, no me deja salir á la calle ni darle personalmente mi enhorabuena; pero se la envío muy cordial desde mi retiro de la calle de la Isla de Cuba, donde los calores sólo me permiten el ejercicio del *único* derecho respetado por los Gobiernos todos: el derecho, no sé si es inaguantable (Sagasta dirá), de dormir la siesta.

DE LOS SUICIDIOS.

Raro es el día en que los periódicos de Madrid—especialmente *La Correspondencia*,—dejan de narrar algún nuevo suicidio.

El lector, indiferente las más veces, al tener noticia de que una mujer ó un hombre se arrojó por el viaducto de la calle de Segovia, suele exclamar: ¡Qué barbaridad! Y sin más aspavientos, sigue saboreando esa mezcla de achicoria y betún que hemos bautizado con el nombre de café, y salta al siguiente suelto que le impone de que la marquesa H. ó B. lucía en tal baile riquísimo aderezo, y no menos rico traje de color de crema ó natillas.

Para la mayoría de las gentes el suicida está ido de juicio. No se concibe que un hombre razonable se eche á volar desde la baranda del viaducto. Algún revistero piadoso dirá que eso no es de buen tono, que no está *en moda*.

El ingenioso escritor Fernandez Bremón, se quejaba en un artículo publicado en las *Entre Páginas* de *El Liberal*, de la poca novedad de los suicidios. Acaso no parezca mal del todo al señor Bremón que un hombre se abra en canal: lo que no le hace feliz al Sr. Bremón es que los hombres tengan por fuerza que matarse con una pistola ó arrojándose desde el tejado de las casas.

Hay que ser elegante en todo, hasta el momento de morir. Hay que inventar nuevos medios para dar gusto al Sr. Bremón. Por si á mí se me ocurre algún día la *barbaridad* de suicidarme, tengo desde ahora una felicísima idea que hará las delicias del Sr. Bremón: iré á la casa de fieras del Retiro; y como tengo tan pocas carnes que, por no pagar casa, duermo encerrado en una caja de cerillas, podré colarme fácilmente por el enrejado de la jaula, y con mayor facilidad aún en la boca del león ó de algún otro bicho de los malos. De fijo que el Sr. Bremón escribirá un artículo entusiástico dando la enhorabuena á mis parientes.

La ocurrencia del Sr. Bremón me trae al recuerdo un rasgo de la biografía que de *Fígaro* escribió el Sr. Cortés. No contaba Larra al suicidarse con el Sr. Cortés. Si hubiese sabido que le esperaba tal biografía, se deja morir de viejo.

El Sr. Cortés, al narrar el suicidio de Larra, ex-

clama: «Oyeron los criados de Larra un ruido que al principio tomaron por la caida de un mueble, pero que luego que entraron en su habitación, después de larguísimo rato, ¡conocieron había sido la detonación de una pistola con que se había quitado la vida! ¡Se había suicidado delante de un espejo! ¡Y fué una de sus hijas la que primero echó de ver la desgracia de su padre!!!»

Eso, eso es lo que hacía salir de sus casillas al Sr. Cortés; no precisamente que Larra se suicidase, sino que lo hiciera (¡qué descaro!) delante de un espejo, y que una de sus hijas fuese la primera en entrar al cuarto de su padre. Si en vez de suicidarse delante de un espejo se suicida delante de la cómoda ó de la tinaja, y en lugar de la hija entra la doncella ó el aguador, de fijo que el Sr. Cortés no prorrumpe en exclamaciones.

Llamándome al orden, diré que es un escándalo la frecuencia con que se repiten los suicidios. Yo me propongo, tan luego como se abra el Congreso, hablar al Sr. Vivar acerca de este asunto, á fin de que pregunte algo al Gobierno.

«El hombre no tiene derecho á disponer de su vida, que es de Dios,» dicen algunos filósofos á la violeta. Realmente, sobre todo en nuestra patria, el hombre no tiene derecho á nada: día llegará en que al acercarse á una columna mingitoria, sea tildado de *sospechoso* y conducido á la prevención.

Pero tenga ó no derecho á privarse de la vida, que eso es tan discutido como la virtud del agua de Lourdes, es lo cierto que el derecho, ó lo que sea, se ejerce, y que el remedio al mal no se aplica.

Convengamos en que la sociedad es extremadamente cruel. Nace un hombre pobre y feo, y se casa, y le pare la mujer siete chiquillos, cuando no veintitres, que se dan casos, y la sociedad no se cuida poco ni mucho de procurarle medios de subsistencia. Si tal hombre nació con mala estrella, como dice el vulgo, implora en vano el trabajo que da el pan, y abandonado de todos, estimulado por esa bestia (el hambre) que lleva el hombre consigo, se hace á la idea de suicidarse. Un día, al caer de la tarde, envuelta en sombras la naturaleza y en tinieblas su conciencia, sin alientos para seguir viviendo, dirige la última mirada á la familia, á la mesa sin pan, al hogar sin lumbre, y se marcha resueltamente al viaducto, camino de la eternidad. Deja atrás una mujer que tomó por compañera para satisfacer una necesidad del espíritu y del cuerpo: unos cuantos hijos que vinieron al mundo para castigo de él, que siendo pobre se permitió el lujo de casarse, y al Sr. Bremón, que no gusta de las gentes que se suicidan arrojándose por el viaducto.

Pero nada le detiene: de un salto domina la baranda y se echa á volar por los aires, plenamente convencido de que caerá al suelo. En aquel mismo instante una mano nervuda le agarra por las orejas y le salva la vida: la mano de la providencia disfrazada de policía humanitario.

Y la sociedad le dice: «¡Ah, pillo! ¿Con que te querías suicidar? ¿Con qué derecho? Tú y tu familia sufrís los horrores del hambre, y no tenéis lumbre que mitigue las inclemencias de la naturaleza, ni espe-

ranzas de conseguir ninguna de las dos cosas, aunque te sobran deseos de trabajar. ¡No importa! Eres un loco, y vas á ir á un manicomio á purgar tu delito.»

Y *La Correspondencia* dice á sus lectores:

«Anoche intentó suicidarse, arrojándose por el viaducto de la calle de Segovia, un hombre á quien faltaba hacía tiempo el trabajo. *Afortunadamente* fué detenido en el acto por un celoso policía, impidiéndole así que realizara su *criminal* propósito. Ignóranse las causas que le movieron á tan *funesta* resolución.»

Si el policía no llega á tiempo, por estar tomando una copa ó haciéndole el amor á la mujer del puesto de agua más cercano, vuela el suicida y muere.

Y *La Correspondencia* escribe, sobre la tumba aún caliente del suicida, este epitafio:

«Anoche se suicidó un hombre, arrojándose por el viaducto.

Vestía pantalón raido, chaqueta oscura llena de rotos y no tenía camisa ni zapatos. En uno de los bolsillos se le encontraron dos ochavos y un papel de fumar. Deja mujer y nueve hijos.

Ignóranse las causas que le impulsaran á tan *funesta* resolución.»

La mujer, si es agraciada, se hace prostituta para poder vivir; los nueve chiquillos se dedican á pedir limosna ó á robar pañuelos al transeunte, y la sociedad continúa tranquilamente su marcha.

De aquí que los suicidios se repitan uno y otro día, porque no se mitigan los dolores del hombre alzando ó vigilando la baranda del viaducto, ó tirán-

dole de la chaqueta cuando, no pudiendo sostenerse de pié, busca en el vacío el remedio de sus males.

La sociedad debía ser consecuente: no concediendo al hombre el derecho á la vida, no debería privarle del derecho á la muerte.

BELLO.

I.

Al centro de aquel continente, amor de la naturaleza, que Quintana llamó *virgen del mundo*, primorosa y gentil, venero inagotable de poesía y de admiración ferviente para Humboldt, acariciada por un sol mimoso y regada por el Guayre y el Anauco, en medio de las tenues nieblas de los Andes y de los perfumes de la Flora americana, levántase, como surgida de mundo fantástico, la prestigiosa ciudad del Avila. Flores, pájaros y frutas de las zonas todas forman su pintoresco marco; revolotean allí á la par el turpial y el jilguero; rozan sus sedosas hojas la violeta y el jacinto; lucen juntamente, y sin enojos, la fresa sus rojas tintas y la piña su red de amarillentas escamas; en colinas azules y rosadas, ó en valles plácidos y lujuriantes, allí, do serpean arroyos sobre dorado musgo ó verde grama, mientras suena el beso adúltero y furtivo de dos hemisferios y riñen singular batalla, abajo el Amazonas y el Atlántico, arriba el condor y el hombre.

Aquella tierra venturosa es la patria de poetas y

guerreros, estadistas y literatos; de allí surgieron epopeyas jigantes y abismos insondobles, creaciones maravillosas y ruinas iluminadas á un tiempo mismo por la luz tropical y las llamaradas sombrías de herviente cráter; es la patria de Baralt y Bolivar, Tovar y Sucre, Paez y Angel Quintero, del diplomático J. M. de Rojas y del literato Arístides Rojas, de Fermín Toro, Guzmán Blanco y Teresa Carreño, de las consteiaciones de la ciencia y del arte que más luz irradian en el cielo americano. Aquella es también la patria de Bello, cuyo primer centenario celebrará mañana.

En el album que en honor del insigne poeta se ha elaborado á las márgenes del Anaucc, figuran algunas firmas de nuestros más preciados literatos. Zorrilla, querido é imitado en la literatura venezolana, ha remitido un pensamiento en prosa... El frío del infortunio—del infortunio inmerecido, que es el vitriolo del entusiasmo—refugióse en el corazón del gran poeta. Ve las ideas por el prisma de las lágrimas, y ha quemado adrede, en la encendida pira de sus dolores, las alas esplendorosas de la musa que le inspirara *Margarita la tornera*. «No hay ya modo —me escribía hace poco—de que yo vuelva á soldar el despedazado molde en que vaciaba mis versos.»

En el album faltará la más hermosa página poética; habrá, en cambio, una lágrima en prosa...

II.

Aquellos de vosotros, lectores, que no habéis saludado á la naturaleza desde el continente america-

no, si viajáis en alas del deseo por los espacios inacabables de la fantasía, más de una vez habréis asistido á velada literaria y musical, de las que se celebran en Caracas.

La noche es de primavera, templada y melancólica. El olor de los naranjos y limoneros del jardín penetra, sin ser presentado, en la fastuosa sala, y á lo mejor asoma indiscretamente por la reja la cabecita de un jazmín que mira con tristes y asombrados ojos la blancura ajena, y doblando el tallo, va á marchitarse y á morir de envidia en el seno de alguna niña... Luces lánguidas y mimosas esparcen dulces efluvios por la artesonada estancia... Una nube de encajes aprisiona esbeltos y vaporosos talles... Unas pestañas largas y rizadas se entornan tristemente, y á manera de estalactitas del alma brillan en sus hebras de luto algunas fugitivas lágrimas... Sobre el arpa vaga aún el quejumbroso acento de mágica melodía... De pronto surge una voz viril y apasionada que declama las estrofas de la *Zona tórrida*. En aquel momento volvéis el rostro, ocultando del público la emoción que sentís, porque recordáis con orgullo y duelo que aquella tierra extranjera es también tierra española... El verso postrero ha sido ya recitado, y en vuestro corazón queda vagando aquel himno inmortal. Aún resuena en él cuando salís á la calle. Los pájaros que cantan saludando el día; el hilillo de agua que salta locamente por la verde alfombra, y ora se oculta, ora aparece de nuevo, como si jugara al escondite con las flores del prado; las aguas del río que se precipitan en espirales azules y echando bravatas desde las cumbres del Avila;

los primeros arreboles con que la luz zodiacal tiñe el horizonte é ilumina las primeras nieblas de la mañana que bajan del cielo y tornan á elevarse como globos de gasas multicoloras ó incienso fugaz de la naturaleza, para que en su regocijo eterno os dicen al oido:

«¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso, y cuanto sér se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das á la herviente cuba;
nó de purpúrea fruta, ó roja, ó gualda,
á tus florestas bellas
falta matiz alguno: y bebe en ellas
aromas mil el viento;
y greyes van sin cuento
paciendo tu verdura, desde el llano,
que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte
de inaccesible nieve siempre cano.»
. . . . . .

La vida de Bello no fué accidentada de manera alguna. Bello pertenece á la clase de poetas sensatos. No vivió, como Musset, entre los espamos del placer, subyugado por los paroxismos de la fiebre; ni prorrumpiendo, á la manera de Byron y Shelley, en desesperados y amarguísimos cantos, ni á imitación de los románticos, apuró la vida en negra copa de adormideras... Vivió sencilla y tranquilamente, como si no fuera poeta... Después murió y le enterraron en sagrado, como si fuera un canónigo... Pero de la tumba del olvido salváronse las obras que hicieron merecedor del dictado de sabio al autor de

la más excelente gramática castellana, y salvóse asímismo la colección de sus poesías, una de las cuales, la *Zona Tórrida*, le valió el título de *Príncipe de los poetas americanos.*

Vivió diez y nueve años en la patria de Tennyson, y bien al contrario de los políglotas de ahora, que en fuerza de aleccionarse en multitud de lenguas, concluyen por no saber la nativa, Bello poseyó á maravilla el inglés y enriqueció grandemente el habla castellana.

No es, en puridad, hacedero el elogio de Bello, después de los que le han sido tributados. Crítico hay que afirma, y con razón á juicio mío, que no ha habido ni hay poeta castellano que describa tan magistralmente como Bello las artes de la naturaleza, y que en materia de casticidad de lenguaje sólo tiene émulos en los siglos XVI y XVII, en Garcilaso, Rioja, León y Espinosa.

Bello fué soberano en el género clásico y en el romántico; su inspiración, verdaderamente regia; gallarda su musa; inmejorable su dicción, viril unas veces, sentimental otras, y siempre correcto.

Era aquella época en que vivió, de imitación servil: privaban Víctor Hugo y Zorrilla, y no había vate venezolano que trillara otra senda que la explorada por los paladines del romanticismo en Francia y España, ni graduado era de poeta quien no procuraba imitar las extravagancias grandiosas de Víctor Hugo ó la desenfadada, pomposa y exuberante inspiración de Zorrilla. Esto constituía un escollo, en el cual se anulaban poetas de buena madera: Hugo y Zorrilla, en alas de su genio, volaban

fácilmente á las cumbres del Parnaso, mientras sus imitadores quedábanse en la llanura, sin poder mirar de frente los rayos del sol. Bello amenguó jamás su personalidad en homenaje de otra; brilló con luz propia, y áun en las poesías imitadas, que á las veces superan al original (Hugo, Horacio, Delille y otros), se destaca luminosa la personalidad del autor de la *Zona Tórrida*.

Valga á modo de síntesis de sus talentos este juicio de mi ilustre amigo D. A. Cánovas del Castillo: «Bello, uno de los más grandes poetas que hayan pulsado la lira castellana, es también de los mayores maestros de lengua y estilo que podamos señalar en la antigua y moderna literatura española.» Sobre la tumba del poeta americano debió grabarse, á guisa de epitafio, este pensamiento de Olmedo: *Los Andes son su tumba; los siglos su historia.*

Madrid.—Otoño.

«EL PUEBLO» Y JUVENAL.

El Pueblo, periódico ultramarino, publica una *sátira* de un señor poeta habanero, el cual la dedica á un hermano suyo y amigo mío particular. Protesto en nombre de mi ilustrado amigo.

El Pueblo dice muy serio, que dicha *sátira* á los críticos maldicientes, está á la altura de las mejores de Juvenal. ¡Calle V., hombre, calle V.! ¿Qué sabe *El Pueblo*? ¿Ha leido á Juvenal? Ha leido *Las Barricadas*, de Corchado, todo lo más.

Veamos la *sátira*.

«¿Y he de callar mientras con ceño adusto
se atreve todo audaz critiquizante?»

Hable V., pero no diga *critiquizante*. Eso es retroceder á los tiempos prehistóricos.

«La inspiración; la acosan y maltratan,
como á las mies corroe la langosta.»

Como á las mies corroe la langosta. ¡No está V. mala langosta!

Siga satirizando.

«Míralos cuán áltivos desbaratan
los verdes frutos del que estudia ó sabe.»

Los *verdes*, ¿eh? En fin, no me meto en eso. Allá V. que estudia y sabe.

«Nunca en alcázar real, nunca en la curia
más disonó villano atrevimiento.»

¿Qué tiene que ver el alcázar real, ni qué tiene que ver la curia con los *verdes* frutos de V. que estudia y sabe.

«Ni allí se oyó con ímpetu violento
del ancho cielo en la cerúlea comba.»

Comba ¿eh? Ó V. no sabe lo que es comba, ó no sabe lo que es cielo. Es posible que no sepa ninguna de las dos cosas.

«Ni allí se oyó con ímpetu violento
del ancho cielo en la cerúlea comba,
turbarse entera la región del viento
cuando por todo el ámbito rimbomba.»

¡Rimbomba! Armonía imitativa... ¡¡Rimbomba!!

Siga armonizando.

«Con ronco estruendo la marina tromba.»
(En el momento de *tocar la bomba.*)

«Desde hoy pronuncia siempre *parasíto*, en lugar de parásito, y *medúla.*»

Bien. De hoy más, todos los españoles pronunciaremos *parasíto.*

«*Pudíco* has de decir y *particúla.*»

Diremos *pudíco* y *particúla*, aunque esto es un poco sospechoso...

«Dirás *aneroídes, romboídes,*
arteríola, égida, preságo,
Mitridátes, Eufrates, Aristídes.»

Sí, señor, sí.

«*Sardanapalo, ambrósia, órgia, farrágo.*»

Bueno, hombre, bueno.

«Y está á merced de los terribles tajos de un libro.»

Para este poeta, un libro debe ser una especie de machete.

«Citas en griego, en árabe y en chino,
en latín, alemán, ruso y polaco,
en azteca, en inglés, en vizcaíno...»

Y á propósito: ¡si supiera V. cuánto me gusta el bacalao á la vizcaína!

Pero prosiga V.

«Citas en turco, citas en valaco,
en lengua de los viejos maronitas.»

Hombre, deje V. en paz á los *viejos maronitas.*

«En lengua de los viejos maronitas,
en hebreo, en sanscrito y en siriaco.»

Eso es satíra.

«Citas en lengua de los cafres.»

Esa lengua no la conocemos por acá.

¡Qué modo de llamar cafres á los viejos maronitas! ¡Pobres viejos!

«Citas en lengua de los cafres; citas
en persa, en abisinio, en epirota,
en lengua de naciones infinitas...»

Naciones infinitas. ¡Bueno está V. en Geografía!

«Para embocar la melodiosa avena.»

Por mí, puede V. continuar *embocando la avena*. Pero francamente, creo que ese modo de señalar es muy sospechoso. Ya sé yo que V. dice avena en sentido poético, pero ni por esas.

«Á Moratín, que sin sentido vaga,
no dan las aguas punto de reposo.»

¡Desgraciado Moratín!

«A Lope la vorágine profunda
le da veloz tres vueltas y lo traga.»

¡Pobre Lope!
Le da tres vueltas y *lo* traga.

«Y mueren en confusa baraúnda
Cadalso, Rojas, Espronceda, Ulloa...»

¡Qué atrocidad!

«Allí Luis de León y Juan de Mena
juntos al fondo van.»

Nada, el diluvio.

«Allí perece Rioja; allí se ahoga
Herrera, y contra Jáuregui y Valbuena
su horrible furia el vendaval desfoga.»

¡Agua va!

«Húndense los Iriartes y Argensolas...»

¡Ahí es nada!

«Cienfuegos y Luzán, Lista y Reinoso
al par se anegan...»

¡Socorro!

«Al par se anegan; Góngora y Quevedo
van de cabeza al vórtice espumoso.»

¡Esto es el fin del mundo!

«Y cubre el mar á Bello, cubre á Olmedo,
cubre á Arguijo y á Alcázar y á Cetina.»
(¡Que se había escondido en la cocina!)
«Y á un tiempo arrastra á Iglesias y á Gallego
con Garciláso y Tirso de Molina...»

¡Basta, hombre, basta!

Vuelva V. á embocar la avena, pero sin ahogar á nadie.

«Inútil es que cortadora proa
los vaya al punto á socorrer; ninguno
podrá salvarse en bote ni en canoa.»

Claro que no. Ni con salvavidas se libra nadie de un naufragio de esa naturaleza.

«Yo os juro.. Mas ¿dó está la altiva Juno?»

¿Qué Juno es ésa? Yo tengo una amiga que se llama Juno, la cual recibe los viernes. Si es esa la que V. busca, yo le presentaré.

«Yo os juro... Mas ¿dó está la altiva Juno?
¿Venus en dónde?»

Eso es ya más difícil de averiguar. ¡Venus! ¿Quién se acuerda ahora de eso?

«Y no de las bellezas que destronca...»

Yo no sé de nadie que *destronque bellezas;* como no sea algún viejo maronita.

«No al vil asunto ni al concepto manco.»

No sé tampoco de *conceptos mancos.*

«Sino que busca de la frase el flanco.»

El *flanco* de la *frase*... Parece frase de Martinez Campos.

«Mi tosca musa, cuanto humilde es terca.»

En cuanto á eso, todos estamos conformes. Sí, señor: tosca, humilde y terca.

Y *El Pueblo* llama á esto *sátira de las mejores de Juvenal*. ¡Pero ese *Pueblo* está loco! Y esas cosas las dice en el *cerebro de la isla*—como llama *El Pueblo* á Ponce.

Oiga V., señor *Pueblo*. ¡Cuánto más útil sería V. á la patria si, en vez de dedicarse á dar esos bombos, se dedicara á hacer *raspadura de coco!*

Una salvedad. Aquí no hay críticos ni *critiquizantes* que ahoguen á Bello, ni á Olmedo ni á Heredia. La crítica española estima á esos señores y les llama poetas excelentes. Si á V. no se le califica de Juvenal moderno, ni se admite en el Parnaso al enjambre de poetastros que da la América «como bellotas el Pardo,» no es por mala voluntad, sino porque no lo merecen Vds. Cuando Vds. hagan algo parecido á la *Zona Tórrida*, á la oda á la batalia de *Junín* ó á la oda al *Niágara*; cuando Vds. hagan, en fin, algo bueno, no faltarán aplausos.

Lo que V. quiere, Sr. *Juvenal*, es que los críticos maldicientes le dejen decir disparates. Por mí, que no soy tan mala lengua como afirma la fama, puede V. decir cuantos quiera. Y V. también, *Pueblo*.

EL SEÑOR ACHE

REVISTERO DE «LA TRIBUNA».

Cuando circuló la noticia pavorosa, verdaderamente pavorosa, de que *La Tribuna* estaba en artículo de muerte, yo me conmoví mucho y no pude dormir la siesta. Aparte de que no soy capaz de alegrarme de la muerte de nadie, hay una circunstancia especial para que yo desee que *La Tribuna* viva muchos años. Este periódico apreciable y apreciado, tiene sus ribetes de serio... pero en el fondo, en la esencia, es muy *barbián*. A mí me hace pasar los grandes ratos de esparcimiento, y á mis compañeros también les divierte mucho. Cuando nuestros vecinos, autonomistas terribles, nos oyen reir estrepitosamente, dicen en seguida: *Ya están leyendo* «La Tribuna» *los españoles de al lado.*

Bien se me alcanza que después de comer fuerte, la cabeza está un tanto vertiginosa y se escurren con facilidad algunos gazapos; pero, señores, no tantos gazapos. Figúrense Vds. que el Sr. Ache, revistero de *La Tribuna*, cita todo esto, y más, con motivo de haber comido en el Buen Retiro la redacción en masa del diario autonomista:

La Alhambra, Gomar, Portugal, la Campini, Cuba, Mesejo, Tito, Venus, Filipinas, la casa de Borbón, San Juan, el Sacro Monte de Granada, Semiramis, Salme-

rón, Aranjuez, Ruiz, Puerto-Rico, la Gallardo, Canarias, Figueras, Baleares, Metastassio, Cupido, Fernando VII, Picio, Zorrilla, Farinelli, Jomelli, Ducazeal, Sassone, Melle, Corselli, Adan y Compañía, Mazzoni, Gallupi, Zinmermann, Pico de la Mirandola, ninfas smarritas, etc., etc., etc.»

¡Y todo esto por haber comido de á duro!

Es demasiado. Ese alarde de erudición vale más, mucho más de cinco pesetas.

Yo, aunque me esté mal el decirlo, como con frecuencia en *Los Cisnes*, donde se come mucho mejor que en el Buen Retiro (dicho sea entre paréntesis) y, sin embargo, por no citar á nadie, no cito ni á Heliogábalo ni á Toreno, y *La Correspondencia* no suena sus *hueros timbales*, que diría Munilla, para que la Península (como dice Portuondo) se entere de que como en *Los Cisnes*. Hay que comer con modestia. Y, sobre todo, en esto de comer no hay engaño...

Es demasiado, Sr. Ache, créame V.

Usted es joven probablemente, empieza ahora á comer y tiene disculpa. Pero debe V. moderarse en lo sucesivo aunque no sea más que para evitar que los pobres, los desheredados, socialistas todos, piensen y digan: «Pues este Sr. Ache, autonomista y socialista, en vez de gastar torres y montones de dinero en comer bien, está en el deber de distribuir entre nosotros, que no comemos bien ni mal, esas torres y montones de dinero.»

Hay que ser muy precavido, Sr Ache. La humanidad, según Vds., es negrera y la vida un despojo eterno; y, naturalmente, no conviene vocear la di-

cha... ¡Hay que comer con mucho egoismo, y echando el cerrojo á la puerta del *restaurant*!

Usted se modificará en lo sucesivo. ¡Oh! Yo le aseguro que cuando haya pasado, como yo, veintiseis años comiendo, estará bastante aburrido y más de una vez deseará no tener que comer, para mirar al hambre cara á cara, de frente, sin miedo!

Usted no comprenderá esto. Es todo un poema... y V., que ha comido fuerte y está en los horrores de la digestión, no puede comprender la virtud que necesitan para no lanzarse contra los comensales esos mendigos que acechan de puertas afuera del *restaurant* los manjares que *degluten*, como V. dice, algunos señores á quienes ha reunido en torno de opípara mesa el buen deseo de discutir la manera de extirpar el pauperismo... ni puede V. apreciar en todo su valor la heroicidad de los negros que allá en Cuba sirven la mesa de los liberales, congregados para defender los derechos de la raza negra. Unos y otros ven y oyen *pero no entienden*, y cuando ha sido apurada la última botella de *Champagne* y ha rosonado el último brindis en honor del pobre que ha visto y quizá olido por el cristal del escaparate, y del negro que recoge humildemente los despojos del festín, el esclavo negro y el esclavo blanco, sin juzgar la *trascendencia* del acto ni entenderlo, pero hambrientos y envilecidos, se retiran en silencio y con los puños crispados...

La libertad es una quisicosa de la que cada cual se sirve á su antojo, una fuerza al servicio de las pasiones, un canto de sirena embustero y traidor. Para creer en ella, *hemos llegado demasiado tarde*. Te-

nemos la desigualdad *en la masa de la sangre*, y unos serán siempre señores, y otros serán siempre siervos. Redentor de verdad no ha habido más que uno: Cristo. Para tirano sirve todo el mundo. No intentemos variar la naturaleza: *¡todo está bien!...*

Pero me olvido del Sr. Ache. Perdone el señor Ache. Yo soy así; tengo un corazón de oro de ley; á veces siento en él un hormigueo que no sienten en el suyo muchos filántropos *de oficio* que me llaman *mónstruo*, y se me agranda, con todo de ser muy grande (es justicia), en términos que parece que me va á saltar del pecho.

Si ciertas doctrinas se llevaran á la esfera práctica, que diría un diputado cunero, vendría la revolución social, y con la revolución social vendría Luisa Michel, y con Luisa Michel vendría el despojo á domicilio; y V., Sr. Ache, y yo, tendríamos que salir á la calle en el mismo traje del caballero que se escapó hace poco de su jaula de la calle del Olivo; es decir, en calzoncillos y en elástica, para qué no nos robasen la levita y el pantalón.

¡Ah, créame V.! Es muy conveniente tomar *zoedone* después de comer fuerte. Con *zoedone*, buen digestivo, se evitan los atentados poéticos por el estilo del siguiente de V.

«La tierna mirada llena de poético éxtasis; la placentera sonrisa como promesa de un futuro celestial de goces supremos; la dulce palabra deslizada cautelosamente al oído de la niña mientras la mamá dormita; la carta perfumada, que oculta en los pliegues del polisón, prepara la adolescente picaruela para entregarla al hábil mancebo á quien dará la

vida el ansiado *sí*, y que una vez cogida con la habilidad del caballero que juega la suerte de la anilla, es devorada, aspirando su contenido allá en el lugar más excusado y recóndito donde el curioso no pueda penetrar... escenas, en fín, de ideal é inocente candor... pues no debo enumerar sino las de Cupido, callando las de Venus, un día y otro día, ó mejor una noche y otra noche, se repiten en el paraje que los hados eligieron para sus púdicos placeres.

En primer lugar, ya nadie lleva *polisones* en toda la redondez del planeta... y me extraña que el señor Ache, que es *avanzado* ó debe serlo, puesto que escribe en *La Tribuna*, hable de *polisones*.

En segundo lugar, crea el Sr. Ache que una carta «oculta en los pliegues del... *polisón*» no puede estar perfumada, y mucho menos en esta estación tan calurosa...

Esos *polisones*, ó mejor dicho, esos promontorios que á V., amigo Ache, se le antojan *polisones*, son de carne y hueso. Las madrileñas tienen buenas carnes. Eso no me lo negará V. por muy autonomista que sea. Esa confesión no está reñida, supongo yo, con el credo de su partido. Yo soy *español-incondicional* y, sin embargo, adoro en las cubanas.

¡Qué entusiasmo erótico el del Sr. Ache! Yo le aseguro que cuando haya visto *polisones* durante veintiseis años, será más *reaccionario* en el modo de señalar.

En tercer lugar, los caballeros que van al Retiro no juegan suerte de anilla con los *polisones*, ni se les permite manchar los objetos.

En cuarto lugar (y va de lugares), los caballeros

no *devoran* cartas ni aspiran su contenido después de haberlas devorado, como si fueran rapé.

Además, eso de que los caballeros *devoran* cartas en el lugar excusado... es poco estético.

Otrosí: las niñas no llevan las cartas en el *polisón*, como los carteros de Madrid, ni dan el *sí* con el *polisón*, porque ese intérprete sería muy sospechoso y simbólico, y las niñas, por regla general, aman con decoro.

Por último, eso de escenas de *inocente candor* es sencillamente un adefesio.

«La música, por su parte, también sirve de pasto...»

Eso es según se tome la música. A un amigo mío le sirve de purgante el sirop de grosella.

«El arte, representado por la dramática, por la coreografía, por la música, eleva el alma á las regiones sublimes del pensamiento, manteniéndola en el cielo.»

Ó en el limbo...

«¡Ah! ¡Yo te saludo, Buen Retiro, breve compendio de todos los placeres imaginables retribuidos!»

É inaguantables; porque no me negará V., señor Ache, que el Buen Retiro está bastante cursi y es insoportable.

«¡Cuántas alegrías proporcionas por la quinta parte de un duro!»

¡Cielos! ¿Si el banquete sería de á peseta el cubierto?

«Pero había encabezado estas líneas con *Un banquete*, y aún no he llegado á él, cuando han tenido

tiempo mis lectores de hacer la digestión hasta de más bodas de Camacho.»

Esto de *hasta de más bodas* de Camacho es otro adefesio con mucha gracia, y no la tiene menor el encabezar un artículo con un banquete.

«Pues bien: el banquete fué el de la redacción, administración é imprenta de *La Tribuna*. Allí nos reunimos para comunicarnos nuestras impresiones, no teniendo delante periódicos que combatir sino manjares que deglutir.»

No parece sino que estos señores no se habían visto en veinte años, y tenían muchas impresiones que comunicarse. No valen mistificaciones: ustedes se reunieron allí para comer, y como eso no es delito, no se me alcanza el por qué de la mistificación. Para comunicarse impresiones, bien estaban en la redacción. Por lo demás, dicho está que mejor que combatir periódicos es deglutir (Deglutir, v. a., tragar según el *Diccionario*) manjares.

«Se brindó en voz baja, muy baja, como leda brisa que apenas si agita la hoja en el árbol, por los ideales de *La Tribuna*, por Cuba y Puerto-Rico.»

¿Con que como *leda* brisa que apenas si agita la hoja en el árbol? Pues mire V., *ese es un secreto á voces*.

«Y luego vinimos á la mesa surtida de diarios, á trabajar y á ver las cuartillas horizontales otra vez. ¡Qué antipática posición! ¡Parecen platos que aguardan las raciones!»

Vamos, á este revistero las cuartillas se le antojaban manjares. ¡Parece mentira que no las deglutiese!

«¡Oh Jardines del Retiro!»

¡Oh!

«¡Ah, sí, Buen Retiro! ¡Tú también produces un río de oro!»

Y de entusiasmo candoroso...

«La mía ya está aquí, es decir, la vuestra, lectores. Qué, ¿os parece indigesta la ración que os he ofrecido?»

No, señor, nada de eso: á mí, al menos, me ha parecido muy buena. Ya ve V.: ¡la he *devorado!*

FENAYROU EN LA PARRILLA.

Yo he leido con verdadero asombro que del proceso Fenayrou podían sacar grandes enseñanzas los novelistas, abogados, farmacéuticos, filósofos y guitarristas.

Pero señor, pensaba yo, ¿cómo es posible que no saque enseñanza alguna de este proceso? Porque en Dios y en mi ánima que no he sacado enseñanzas.

Fenayrou es uno de los Fenayrous que andan por ahí. Eso de que un marido continúe viviendo con la mujer adúltera, á sabiendas de que lo es, lo vemos todos los días. A ciertos maridos les pasa lo que á los toros, aunque sea mala comparación: se encariñan con las picas.

Que un marido esté de acuerdo con su mujer para matar al amante, es también cosa corriente. En

el congreso de la humanidad, los Fenayrous están en mayoría...

De todo cuanto he leido con motivo de ese insigne predestinado, nada tan bueno como lo que publicó en *El Imparcial* el Sr. Lopez Bago.

El Sr. Lopez Bago cree en los Bargossis aragoneses (¡ay! no vale negarlo), y pierde un tiempo precioso en investigar cómo y de qué suerte podría evitarse el adulterio. Esta cuestión es un tanto grave para tratada públicamente. El Gobierno podría denunciarme al fiscal. Si el Sr. Lopez Bago quisiera discurrir de viva voz conmigo, yo le diría algo que no puedo decirle en estas columnas.

No sirve buscar remedios á los males ingénitos en la naturaleza... Nada, yo hablaré con el Sr. Lopez Bago.

Pero he aquí el remedio. Lo mejor de los dados es no jugarlos...

Por Dios, que este incidente no motive un *pleito del matrimonio*, como el que puso mi querido amigo Guerrero.

«Dumas, hijo, dice el articulista, escribió *L'homme-femme*, y se quedó tan tranquilo, creyendo haberlo dicho todo cuando pronunció su famoso *tuez-la* (matadla.)»

Perdone V... En primer lugar, *tuez-la* no significa *matadla; tuez-la* significa *mátala.*

Dumas no dijo *tuez-la* así de buenas á primeras. No tengo á mano el folleto, pero puedo asegurar que Dumas no dice eso. Dumas quiere imposibles. Dice que el esposo no debe faltar jamás á los deberes conyugales, y que tiene la obligación de educar

á su mujer. En una palabra, él cree que deben rezar el rosario todas las noches...

El marido tiene derecho, según Dumas, á matar á su mujer, siempre y cuando que ésta cometa adulterio, á pesar de la bondad del marido y de la buena educación que le haya dado.

Atrocidades, Sr. Lopez Bago, atrocidades. Primero, porque no se debe matar á nadie. Después, porque el número de los maridos desgraciados está en razón directa del número de los maridos buenos... y después... ya hablaremos de eso, Sr. Lopez Bago.

«Hay que repetir que para el estudio del adulterio en nuestros días, no debe presentarse el ejemplo de la mujer de instintos depravados, de inclinaciones cortesanas, á la mujer que hubiera sido en la antigua Roma Mesalina, y en la Italia de la Edad Media, Lucrezia Borghia.

»Estas deben tomarse como excepciones, y así, y por eso, pasaron á la historia, como excepciones raras de la lujuria femenina, como Nerón lo fué de la crueldad humana.»

Respetando la erudición, diré que los hechos deben juzgarse siempre por las consecuencias. ¿Qué más le da á un Fenayrou que su mujer sea Mesalina entera ó Mesalina á medias? ¿Es cuestión de cantidad?

Además, en esto de *instintos* hay mucho que hablar. ¿Dónde concluye el buen instinto y dónde empieza el instinto depravado?

A los ojos del moralista severo toda mujer adúltera es Mesalina. El pecado, la falta y el crimen no tienen disculpa, porque en el tribunal de la moral

no se conocen las circunstancias atenuantes. La virtud de oro de ley ha de probarse á fuego lento, en el crisol de los desengaños... Una virtud sin lucha es una virtud de pacotilla.

«Buenas quedan las cuestiones sociales cuando pasan por las manos de los escritores franceses.

«La prostitución es un idealismo, *La Dama de las Camelias.*»

Esto va dicho en son de censura contra Dumas.

Atento al raciocinio de V., *La Dama de las Camelias* es prostituta. ¡Contradicción! Porque *La Dama de las Camelias* tiene buenos *instintos*, y un corazón muy grande y noble que ya quisieran para sí muchas mujeres honradas.

Margarita Gautier no és prostituta, como no lo es tampoco (y cuenta que va diferencia) *Manón Lescaut*, dos mujeres que desempeñaron el papel de víctimas en el escenario del mundo.

No crea V. que *La Dama* es un idealismo. Dicho está que las *Nanás* abundan más que las *Margaritas*; pero éstas no faltan.

«Hay que buscar las causas del adulterio en algo más alto, en origen más seguro, pero también á primera vista más escondido.»

Y á segunda vista también.

«Para el matrimonio, al cual lleva la mujer, en España sobre todo, una ignorancia casi absoluta de la sociedad en que va á entrar, y sólo sabe de los deseos vagos que experimenta la materia, de las aspiraciones sin nombre que llenan su alma, aquello que su madre ha querido decirle, ocultándole siempre lo importante, revelándola únicamente lo pueril.»

Eso sí que es idealismo de á cuarto la entrega. Tales cosas pasarían en tiempos de Nerón; pero lo que es ahora, le digo á V. que todo el mundo sabe dónde tiene la mano derecha.

«En pocas horas va á descorrerse para ella el velo que oculta todos estos enigmas, y cuando penetra en la alcoba nupcial, más curiosa que apasionada, pues malamente resulta la pasión allí donde se presenta sólo lo desconocido...»

Otro idealismo de Perez Escrich:

«... pasan por su imaginación rápidamente los recuerdos de su vida de soltera, va rechazándolos uno por uno y allá se quedan confundidos en sus lágrimas de la noche de bodas, el cuarto que ocupaba en la casa de sus padres, las hermosas cortinillas blancas en la ventana florida que daba al jardín, la Virgen que en su reclinatorio ella vestía, el espejo donde siempre se miraba las tardes en que cerraba su novela favorita para pensar en el protagonista, mientras el sol se escondía en el horizonte, y el amanecer que la despertaba sonriente al escuchar el canto del canario aprisionado en la dorada jaula.»

¿Sabe el Sr. Lopez Bago de un cuento del *Decamerón*, de Bocaccio, en el cual una chica muy bonita pasaba las noches haciendo cantar al ruiseñor?... No sea ese canario aprisionado en la jaula dorada un ruiseñor como el del cuento.

«Allá se queda todo aquel mundo encantador, y la pobre mujer se encuentra sola en medio de la noche, en medio de una habitación desconocida, frente á frente de un hombre que parece ha de ser su apoyo, su sostén, su compañero...»

Debe ser terrible... Pero un hombre que en la primera noche de novios se va á tomar chocolate en casa de Pombo, dejando sola á su mujer, *en medio de la noche y en una habitación desconocida*, es un beduino en estado de marido.

«... y lo primero que le exige es que la haga olvidar esos bienes perdidos, que convierta en alegría y goce el sacrificio de su inocencia. Lo primero que necesita es que de su dolor surja el placer; lo que hace en realidad es pedir la luna.»

Pide lo que debe... ¡No faltaba más! ¿Se figura el Sr. Lopez Bago que los hombres y las mujeres se casan para jugar al *alimón*?

Y, de todos modos, eso no autoriza al Sr. Lopez Bago para plagiar á Dumas. (Véase el folleto *L'homme-femme.*)

«Aquel hombre no va como ella al combate, sino que vuelve de él desengañado, triste y herido. Necesita el descanso, mientras que ella anhela la fatiga.»

¿Qué tal? Y era V. quien decía que la mujer estaba á oscuras... ¡Buena oscuridad te dé Dios!

Además, si el marido está cansado, ó enfermo del *susto*, y tiene ganas de echar la siesta, eso no justifica el adulterio.

«El uno trae en el alma las náuseas que produce el beso comprado, ajustado con las mujeres de la orgía, y en los labios el amargor de la última copa de vino de Chipre, mientras que la otra no ha sentido en ellos otro contacto que el de los de su madre.»

No crea V. que el vino de Chipre está al alcance de todas las fortunas. Hay marido que cree que Chipre y Santa Cruz de Mar Pequeña son mitos.

Item más: en materia de besos es fácil el engaño.

«Puede resultar que (?) de todo ello la mujer, después de herida, se resigne; puede resultar que se subleve contra vuestros (*¿vuestros? ¡Sr. Lopez Bago, eso es insultar al público!*) brutales instintos (*¡quiá!*); puede resultar...»

Una sentencia condenándole á la pena capital...

Síntesis: el matrimonio, Sr. Lopez Bago, es una ruleta. Y el que se casa (vive escamado) juega un pleno, y tiene 35 números, lo menos, contra el suyo.

Pero... ¿y Feynarou?

Si Feynarou hubiese sospechado que el Sr. Lopez Bago escribiría ese artículo de análisis... de fijo que le perdona la vida al amante de su mujer... y se muere después del susto.

CROMOS MATRITENSES.

HOY COMO AYER, MAÑANA COMO HOY Y SIEMPRE IGUAL...

.....

No puedo entrar en el Buen Retiro sin recordar al poeta y al Sr. Ache.

Las mismas caras, iguales trajes, parecidas *músicas*... Y después nubes de polvo y olores mefíticos...

Afortunadamente *ella* me mira de raro en raro, y le digo á mi compañero:

¡Hoy creo en Dios!

Vuelvo, pues, á recordar al poeta y al Sr. Ache; y vuelvo á embozarme en nubes de polvo y á sentir olores mefíticos.

No es culpa de Ducazcal: es culpa de la peseta... El Buen Retiro era, hace algunos años, un sitio delicioso. ¡Cuánta mujer elegante y cuánto aroma! Pero llegó la burguesía, ese monstruo de la revolución, y tomó por asalto la Bastilla, es decir, las vetustas sillas de los Jardines. La mayoría de las damas y doncellas en estado de merecer, que es el estado de canuto, han hecho profesión de cursis. Algunas visten de blanco con ribetes negros. Otras llevan trajes con grandes flores pintadas, que les dan cierto parecido á las gualdrapas... Y creen que son muy elegantes... y se burlan de una rubia distinguidísima que se ha dejado allí la aristocracia. El Buen Retiro es, por los cursis, el *Campo Grande* de Madrid... una plaza de provincias.

Los *elegantes*... Si por casualidad ven un guante ó un traje de *extrangis*, protestan en seguida. Está de moda la americana y el pantalón Isern (36 reales), el chaleco blanco (4 pesetas), y la media de color marrón (2 reales), encubridor del polvo...

Y, me dirán Vds., ¿por qué no se larga V. de aquí?

Pues eso haré. ¿Qué se figuraban Vds.? ¿Que me quedaba en Madrid como un burgués?

Me voy allá, al Cantábrico, *¡con los míos!*, al nido suave, en el cual, según *La Correspondencia* «no se ven más que faldas, y se siente una total ausencia de galanes; y de veintidos hermosas hay veinte que no palpitan por nadie:» veinte mujeres (y algunas más),

bonitas, elegantes, con sus sombreros *Moohay*, de heno, adornados con racimos de grosellas ó con ramos de cerezas.

Me voy á Guipúzcoa la bella, mucho más que Andalucía; allí donde hay flores rojas, guipuzcoanas más rojas aún, follajes tupidos, brisas, luz y un mar *muy grande*, que me recuerda el que se divisa desde la azotea de mi casa allá en mi aldea...

***

El Sr. Ache, que escribe muy mal, como he tenido la honra de probarle, pero que tiene en cambio muy mal gusto, habla pestes de las *demi mondaines* en un artículo titulado *Las Manuelas* (nombre simbólico).

Y principia así:

«LAS MANUELAS.

«Confieso ingénuamente mi debilidad.»

No, como siga V. dedicándose á eso, es hombre al agua.

«Si allí donde una *Manuela* sospechosa, dice Ache, se presenta, huyesen las señoras de ir en sus carruajes marchando paralelamente y á igual paso que semejantes trenes completos de alquiler, á buen seguro que emigrarían á la Venta del Rayo, á las afueras de Madrid, las que muellemente reclinadas en sus vehículos, poco menos que están llamadas á imponer la moda.»

»Las señoras *huyesen de ir* (!!) en sus carruajes...

(¿En los de la *Manuela?*) Marchando paralelamente... (¿A quién?)

»Y á igual paso que semejantes trenes *(¿cualos?)* completos de alquiler...»

¡Dios mío!

Después... el Sr. Ache increpa á las señoras honradas que asisten al Real sin parar mientes en «si las vecinas de derecha é izquierda que van á rozar sus espaldas *(ó como si dijéramos, á rascarles la barriga)* son las entretenidas de sus maridos, de sus hijos ó de sus hermanos.»

Con ese sistema no quedaba en ninguna casa de señoras honradas una sola doncella de servir...

Las *demi mondaines* son las revolucionarias de ahora...

Las *moscas de oro.*

Todo, absolutamente todo, Sr. Ache, es fatalmente necesario. Acaso crea V. que escribe disparates por gusto de escribirlos. Nada de eso: los escribe V. obedeciendo á la ley de la necesidad. Además los escribe V. para hacerme reir un poco. ¿Qué sería de mí sin V.? V. es *fatalmente* necesario.

Como las *Manuelas.*

***

Diga lo que quiera el Sr Ache, yo le aseguro que el Buen Retiro es insoportable. La peseta ha matado al concierto. El placer legítimo, verdadero, precisa ser egoista. Yo comprendo perfectamente al inglés que compró todas las localidades de un teatro de Londres por oir él solo á la Patti. ¡Él *solo!*...

Pues del Prado no digo nada. Los caballeros y las señoras están recibiendo polvo mientras conversan á la luz de faroles moribundos... Predominan las niñeras, esas amas de cría del porvenir.

De todos los sitios nocturnos, el mejor es Recoletos. Hay allí cierto misterio encantador. Los caballeros y las damas hablan «en voz baja, muy baja, como la brisa que apenas agita la hoja del árbol.» ¡Parecen autonomistas!

Pero la moral no perece. Anoche, dos jóvenes «de ambos sexos» se abrazaban en el puesto de agua de Garibaldi. Si el gran pirata, que diría *La Fé*, resucita en aquel «período histórico,» de fijo que se pone colorado.

Los propagandistas de la luz eléctrica se divierten dirigiendo focos de luz al Prado y al Buen Retiro. ¡Qué caras se ven! Los tertulianos del Prado estarían en carácter en el cuadro del *Hambre*...

Es *especial* este pueblo. Mucho quejarse de calor, mucho decir que Madrid es una hornalla, y mucho empeñar y *timar*... para huir luego del Buen Retiro y del Prado, y sacar á la vergüenza capas y mantones si caen tres gotas de agua y sopla un poco de aire. Ya sabemos á qué atenernos en punto á bañistas. De mil personas que salen de Madrid, novecientas salen para que se diga que están de veraneo. Y prueba de ello es que la mayor parte de los viajeros y de las viajeras vuelven á Madrid sin bañarse, con sus correspondientes cortezas...

En la noche del sábado el salón del Prado estaba desierto: podían correr caballos... Y efectivamente, paseaban algunas personas conocidas mías.

El público discurría por la calle de Alcalá, donde se celebraba la verbena del Carmen. ¡La verbena! Un montón de inmundicias y de farolillos, y de vendedores que huelen á brea. El espectáculo de las verbenas desdice de nuestra cultura.

Figurénse Vds., señores *verbenistas*, que por arte de magia fuesen trasladados al *boulevard* de los Italianos, en París, las pestíferas cestas de la verbena, y los faroles y los vendedores, «de ambos sexos,» sin lavar. Pues los franceses se llevarían el pañuelo á las narices, y las francesas se desmayarían.

Figúrense ahora que la verbena fuese trasladada á Londres. Pues lord Seymour la bombardearía inmediatamente.

No, no tiene disculpa eso de que la *burguesía* de Madrid justifique con su presencia los harapos de la verbena. Esas señoritas que durante la verbena comen garbanzos tostados y bellotas sin tostar, merecen ser empaladas.

¡Bonito contraste formaba la luz eléctrica del Ministerio de la Guerra con los puestos de la verbena! Los iluminaba en toda su desnudez, y se veían caras mugrientas de vendedores, y frutos *ignominiosos* (porque la bellota es ignominiosa), y pingajos de una *corte de los milagros*.

La luz eléctrica miraba á la verbena, con ojos centelleantes de ira. Como si le dijera: *¡Fuera de aquí, indecente!*

***

Acabo de llegar del paraninfo de la Universidad, donde el Sr. Castelar ha dado una conferencia con

motivo del niño, y no *sobre* el niño como han dicho algunos periódicos.

La entrada en el paraninfo fué una verdadera batalla. A un amigo mío le saltaron un ojo... Dentro del local, dos caballeros se dieron de bofetadas. Cuando los guardias acudieron á separarles, otros dos caballeros iniciaron una contienda á estacazo limpio. Cuando los guardias trataron de separarles, aquellos caballeros, los de las bofetadas, empezaron de nuevo á sacudirse.

Del Sr. Castelar no hay que decir que estuvo elocuente. Pero sí diré que su conferencia, con todo de haber sido brillante, persuasiva y pertinente, dejó mucho que desear. Yo puedo decir esto porque no lo digo á título de crítico, ni con humos de personaje, sino sincera y humildemente, con el derecho que me da el ser uno de los devotos de la elocuencia del Sr. Castelar.

Ya se conocía que el ilustre tribuno hablaba sin preparación alguna. Sin embargo, hizo períodos brillantísimos. Pero estuvo desgraciado en mi humilde juicio, al repetir su admirable invocación á Dios. Fué una profanación del Dios de su discurso de Alcira...

Un detalle.

En alguna parte de su conferencia, el Sr. Castelar se mostró un tanto fatigado.

Un maestro.—¡Que *se descanse* un poco...

El Sr. Castelar.—No me canso... Si me cansara, descansaría.

Otro maestro.—Y allí donde descansara, buen descansadero sería.

*
* *

«El tren expreso de París á Burdeos y España corría con extrema velocidad, como de costumbre, en la noche del viernes al sábado de la anterior semana.

»Cerca de Poitiers, una media hora antes, casi en el mismo sitio en que el Príncipe Negro batió é hizo prisionero en 1356 á Juan II de Francia, como Carlos Martel había derrotado á los musulmanes en 732, un gran rumor de voces y gritos desgarradores, pidiendo auxilio, se perdía en el espacio, sofocado por el violento y estruendoso rodar de un tren en movimiento.»

Es un sistema de noticias original de *La Correspondencia*. Nuestro colega podría formar una sección de *noticias eruditas* y nombrar redactor á algún Aureliano Fernández-Guerra y Orbe de menor cuantía.

Ya me figuro ver á Cañete dando cuenta de un incidente.

«Ayer, en Sedán, y en el mismo sitio donde fué hecho prisionero Napoleón *el pequeño*, dos perros reñían atrozmente. Créese que los bichos son el perro de Jadraque y el perro *Paco*, que se disputaron una hermosa perra nacida en el mismo sitio donde Pirro victorioso pronunció estas palabras: *Con otra victoria como ésta me quedo sin ejército*. No hay que confundir á este Pirro con otro Pirro, historiador del siglo XVI, que vió la luz primera en Neto.»

Otra noticia... tropical.

«Esta tarde se ha distribuido con profusión, entre los invitados á una fiesta á la usanza americana, preciosas medallas en oro, plata y bronce, con elegantes lazos y adornos, en cuyo anverso se leen en latín las palabras sacramentales «*Ego ta baptizo*,» etc., y en el reverso la siguiente partida: «Bautis»mo cristiano de María Manuela Ortiz y Gomez, »hija de Joaquín y de Pilar.—Padrinos, Manuel »Gomez Velasco y Josefa de Lascurain.—Parroquia »de San José.—Madrid 29 de Mayo de 1882.» Las familias que conocen en América esta buena costumbre, sabrán apreciar la diferencia que media entre la estampación de estas partidas en cintas de colores, y la eterna duración de las medallas que, dedicándose á celebrar los bautismos, bodas y profesiones, conmemoran á su vez los actos más trascendentales de la vida, convertidos en el libro metálico llamado árbol genealógico, el cual, tiempo andando, vendrá á ser entre las mismas, joya de inestimable valor.»

La Correspondencia ha oido campanas y no sabe dónde.

Los bautismos no se celebran en América con distribución de medallas, sino de monedas que reciben el nombre de *mariquitas* y de *galas*.

Estas dádivas son reales vellón, ó piezas de cinco duros, según la fortuna del padrino, y ni en el anverso ni en el reverso tienen inscripciones latinas ni nombres propios que imposibiliten la circulación del metal... Son monedas y nada más, suspendidas de pequeñas cintas de colores.

Yo he sido padrino en el Trópico, y soy por ende

una autoridad, y rectifico la noticia en uso de mi *autonomía*.

Pero *La Correspondencia* tiene razón en decir que es una buena costumbre. ¡Yo lo creo! Cuéntemelo á mí, que tengo una *californiana* (de 21 pesos *nada más*), con su cinta encarnada y todo, en uno de los cajones de mi mesa. La conservo aún, no para formar ese *libro metálico* de que habla *La Correspondencia*, sino porque *resultó* falsa; y no le digo en cuál de los cajones está, porque podría dar esta noticia:

«Dícese con algún fundamento que *Aramis* tiene en el cajón (aquí la seña) de su mesa, en el mismo sitio donde el Sr. Menendez Pelayo encontró el tratado de botánica que Mitrídates VI, *el Grande*, escribió en veintidos lenguas, una *californiana* de 21 pesos.»

Con lo cual no dejaría de visitarme algún *timador*.

*
* *

La *Correspondencia Ilustrada* ha publicado el retrato del naturalista inglés Carlos Roberto Darwin. Es el retrato de un *gorilla*.

Después de contemplarle con cierto respeto religioso mezclado de pavor, comprendo que el naturalista inglés afirmase que el hombre desciende del mono. Darwin quiso hacer presentable su figura. Su doctrina no fué, pues, cuestión científica: fué cuestión de conveniencia personal...

Y por cierto que Darwin se parecía extraordinariamente al Marqués de Molins.

LA VIRTUD EN EL TEATRO.

Blasco ha publicado en las *Páginas del Liberal* un artículo precioso, pero disolvente... ¡Yo estoy escandalizado! Se ve de cien leguas que Blasco vive en París, donde los periódicos riñen grandes batallas por publicar las novelas de Zola, y *L'Evenement* describe escenas de alcoba con motivo de una *soirée* del autor de *Nana*.

El Sr. Florez, director de las *Páginas*, confiesa que vaciló mucho entre publicar el artículo ó negarle la publicidad. Comprendo la duda. Las letras están de enhorabuena, pero la moral está de pésame.

No es en el domicilio de una actriz francesa donde se puede filosofar sobre la moral.

Blasco no tiene razón. La síntesis de sus observaciones es una de las preguntas del artículo:—Pues si la actriz es virtuosísima, y pudorosísima y pobrísima, ¿para qué es actriz?

Para ser actriz de verdad no hace falta ser inmoralísima y descocadísima y riquísima. El teatro no debe ser un burdel... nuestras buenas actrices no necesitaron seguramente, para saber el arte, vender números de *La Correspondencia* ni billetes del Pardo... Si para ser actriz hiciese falta lo que exige Blasco, las mujeres públicas serían las más excelentes actrices.

La actriz parisién no puede ser ejemplo, porque con excepción de media docena, para las actrices de París el arte no es más que pretexto ó pantalla...

(No hablo de memoria. Tambien he estado en París: ¿qué se figuraba Blasco?) En *Folies Bergère*, por ejemplo, se regalan prospectos, en cuya primera página figura el retrato de la actriz más de moda en aquel teatro. Hay tarifas y precios fijos... No se regatea el precio del *arte*...

Blasco se equivoca. La *cocotte* no es actriz; es *cocotte* y no debe ser otra cosa. Con otro sistema iríamos á la anarquía. Este Blasco se ha hecho comunista.

El ingenioso escritor se lamenta de que una actriz española no enseñe de puertas adentro de su casa lo que enseña en el escenario...

Hace años, la Cecilia Delgado hizo de *Frinea* en el Buen Retiro.

Salía á las tablas en traje diáfano, vaporoso, que dejaba adivinar ese *todo* de que habla Blasco. (A mí me gusta mucho la Cecilia Delgado. Es una debilidad, como otra cualquiera, que la historia me perdonará...)

Yo celebraría que la Delgado se exhibiese en las calles de Madrid con aquel traje.

Me comprometía á esperarla diariamente en la esquina de su casa, y á servirla de lazarillo.

Sin embargo, sería una crueldad el exigirle que saliese á la calle en el estado de *Frinea*, cuando los jueces la perdonaron (¡podría coger una pulmonía!); y Blasco no tiene derecho á calificarla de mala actriz, porque recibe á los amigos vestida como Dios manda.

El temperamento de la actriz se parece al temperamento de la modelo. En el escenario no es una

nas varas con que protestar del atentado? Basta de preguntas.

No es que yo crea impublicable la protesta de *Una puertorriqueña* de Aguadilla. El artículo vale más, mucho más que todos los pensamientos (?) del Sr. X., y yo le aseguro á esa puertorriqueña de Aguadilla, que si cultiva el género y no se duerme sobre las pajas, es posible que andando el tiempo sea una Doña María del Pilar Sinués de Marco. *Decididamente* ha nacido para escribir protestas.

Pero entiendo que entre *Una puertorriqueña* y el Sr. X., ha habido algún disgusto doméstico, del cual se desahogan en *El Buscapié*. De suerte que el señor Juncos desempeña aquí el papel de Alonso Martinez ó de amigable componedor.

Sensible es que al Sr. X. le hayan dado calabazas; pero no tiene derecho á lamentarse en letras de molde. Son gajes del oficio, y todos, cuál más, cuál menos, hemos cosechado esas desabridas frutas en la huerta de nuestros amores.

En la situación del Sr. X., un hombre que tiene el alma en su armario, se *aturde* con otra mujer; pero no se entrega á lamentaciones hipocondriacas, ni á pesimismos desconsoladores, ni á romanticismos cursis.

Esto es lo correctamente usual, como dice Romero Robledo, pero no lo es, ni mucho menos, hablar pestes de las mujeres todas, como habla el Sr. X., porque una de ellas, ejerciendo su autonomía, le ha dado calabazas.

La mujer, Sr. X., es lo eternamente bello y placentero de la vida. Si V. la mata, mata V. la existen-

Pues no le denuncio.

Otra joven doncella, y en estado interesante, es decir, muy bien oliente y vestida, vino á suplicarme escribiese una *sátira* á «su hombre.»

Pues no se la escribo.

Y las despedí, créame el Sr. Fernandez Juncos; las puse solemnemente en la puerta de la calle.

Sí, amigo Juncos. Cuando alguna niña menoscabada ó *mascabada*—como decía un diputado ultramarino,—en sus sagrados intereses vaya á demandar agravios á la redacción del periódico de V., remítala bajo sobre á la prevención del distrito.

Yo no publicaría necrologías que empiezan así:

¡Un angel más!

Ni cartas por este estilo:

Muy señor mío y compadre:

Recuerdo ahora, á propósito de este incidente, que unas señoritas de Humacao publicaron un comunicado para denunciar á cierto joven que tenía el atrevimiento de bañarse en el mismo sitio del río donde ellas se bañaban. Hacía más todavía aquel joven voluptuoso: según las señoritas, esperaba á drede que ellas entrasen en el río para zambullirse él.

Claro está que ese joven erótico, era un deshonesto en estado de bañista. Pero tal hecho, que yo lamento profundamente, ¿merecía los honores de la publicidad? ¿Esas señoritas, estaban en el caso de publicar que un caballero las sorprendía en camisa? ¿No hubiese sido más pertinente el suprimir los baños en el río y bañarse á domicilio en algún lebrillo, ó que los papás respectivos se armasen de bue-

nas varas con que protestar del atentado? Basta de preguntas.

No es que yo crea impublicable la protesta de *Una puertorriqueña* de Aguadilla. El artículo vale más, mucho más que todos los pensamientos (?) del Sr. X., y yo le aseguro á esa puertorriqueña de Aguadilla, que si cultiva el género y no se duerme sobre las pajas, es posible que andando el tiempo sea una Doña María del Pilar Sinués de Marco. *Decididamente* ha nacido para escribir protestas.

Pero entiendo que entre *Una puertorriqueña* y el Sr. X., ha habido algún disgusto doméstico, del cual se desahogan en *El Buscapié*. De suerte que el señor Juncos desempeña aquí el papel de Alonso Martinez ó de amigable componedor.

Sensible es que al Sr. X. le hayan dado calabazas; pero no tiene derecho á lamentarse en letras de molde. Son gajes del oficio, y todos, cuál más, cuál menos, hemos cosechado esas desabridas frutas en la huerta de nuestros amores.

En la situación del Sr. X., un hombre que tiene el alma en su armario, se *aturde* con otra mujer; pero no se entrega á lamentaciones hipocondriacas, ni á pesimismos desconsoladores, ni á romanticismos cursis.

Esto es lo correctamente usual, como dice Romero Robledo, pero no lo es, ni mucho menos, hablar pestes de las mujeres todas, como habla el Sr. X., porque una de ellas, ejerciendo su autonomía, le ha dado calabazas.

La mujer, Sr. X., es lo eternamente bello y placentero de la vida. Si V. la mata, mata V. la existen-

cia. Porque almorzar en la Zaragozana, comer *hallacas*, dormir en *hamaca* y tomar chocolate en la Mallorquina, es sumamente aburrido.

Créame el Sr. X.: yo renuncio á las glorias todas por el mohín de una mujer, no sólo de la que me gusta, sino de cualquiar otra; y las perdono esos pecados (pecados adorables) de que V. las hace responsables. (Crea también el Sr. Peñaranda que la mirada de la mujer querida es un poema mucho mejor que *La Sataniada*...)

No hay tales pecados: la virtud y el vicio son resultado *fatal* del temperamento...

V., Sr. X., no comprenderá estas *metafísicas*, porque V. ha dado en la flor de imaginar que debemos colocarnos contra las mujeres en la actitud de lord Seymour contra los egipcios; es decir, que debemos bombardearlas, porque una señorita de Aguadilla le ha dado á V. calabazas. Deploro el acontecimiento; pero no me hago solidario de la desdicha de V. Es más: no deploro el acontecimiento. Me alegro mucho, pero muchísimo. Sus razones tendrá esa señorita de Aguadilla para hacer lo que ha hecho *¡fastídiese V.!* pero V. sólo, no busque compañía.

De X., de Brilega y de *una puertorriqueña*, hablaré en el folletín del número próximo. ¡Si hay materia para diez folletines lo menos!

***

¡Oh, Sres. X., Brilega y Compañía! ¡Cuánto tiempo sin vernos!

Ustedes dispensarán que les haya obligado á ha-

cer antesala durante ocho días. No es culpa mía. Es culpa del periódico, que no sale antes. Por mí, se hubiese publicado una hoja extraordinaria para que los chicuelos la voceasen en esta forma: *¡El extraordinario de* El Español *con X., Brilega y Compañía!*

Tiene la palabra el Sr. X.:

«La mujer que concede sus favores al amante, puede estar segura que la abandonará, por muy enamorado que esté.»

Le diré á V. Si la mujer *resulta* pepino, claro está que es abandonada por su amante. Pero si es melón... *¡quiá!*

«Todo cansa.»

¡Yo lo creo! ¡Hasta el cocido!

«Por eso es conveniente no otorgar cuanto solicitamos.»

¡Qué delicadeza en el modo de señalar!

«Vale más ir poco á poco, con premeditación.»

¡O con paciencia!...

«La mujer que abandona la última prenda de su amor, está perdida.»

¿Qué me cuenta V.?

«La mujer *nunca* dice lo que hace.»

Eso es según lo que haga. Nosotros no decimos tampoco lo que hacemos cuando *no puede decirse.*

«Las mujeres son lo mismo que los hombres.»

Buen descubrimiento.

«Quisiera poderme convertir en mujer.»

¡Bueno le pondrían á V.!

«Si habláis mal de la mujer, no os caséis, porque os exponéis al ridículo; si pensáis bien en ella, tampoco os caséis, porque tal vez la vuestra tenga algo

digno de censura: de cualquier modo que sea, no os caséis.»

Bien, no nos casaremos. Como alguien dice en cierta zarzuela: *soltero y virgen te has de quedar.*

«La mujer que es virtuosa con un hombre, puede dejar de serlo con otro.»

¡Vaya!

«La mujer casada puede muy bien faltar á sus deberes, áun cuando no sienta amor por el hombre que solicita sus favores.»

Verbi gratia; si está en ayunas...

«Todo consiste en saberse aprovechar de una oportunidad.

»Un hombre simpático á primera vista reune excelentes condiciones.»

Un hombre simpático... O como si dijéramos, una buena pieza...

«El amor podrá venir después; pero al principio sólo hay deseos voluptuosos.»

Vamos, deseos de *juerga*...

«La mujer es *siempre* agradecida.»

Niego. Yo le he hecho á mi novia algunos favores, y á lo mejor me arma un escándalo.

«Un halago, una manifestación de simpatía, el afecto que le demostréis, bastan para trastornar sus sentimientos y engendrar en ella una pasión. Si es casada, no lo dudéis, sentirá un algo parecido al amor, y por gratitud, por reconocimiento, os dará la prueba.»

La *blanca mano*...

«El marido que no trata digna y decorosamente á su mujer, se halla expuesto á una desventura.»

A convertirse en un *capirote*. ¡Ay, señor X., si supiera V. cuántos maridos buenos y *desventurados* he conocido yo!...

Pero siga.

«Si otro hombre se conduele de ella y *la consuela* con frecuencia...»

¡Diablo! Esas son ya palabras mayores...

«La mujer que falta á sus deberes cuando su marido es digno y virtuoso, es una miserable.»

Bien, X., bien. Ese rasgo de energía vale mucho.

«El mayor castigo que puede recibir una mujer adúltera es el desprecio de su amante.»

Pues oiga V. Siempre y cuando que tenga sentido común, no hay un solo amante que desprecie á la mujer adúltera.

«Tengo ya treinta años...»

Me alegro.

«Tengo ya treinta años y no recuerdo haber sido feliz ni un solo día de mi vida.»

Treinta años... *¡malditos treinta años!*

Y si V. no ha sido *feliz ni un solo día*, ¿á cuándo espera V. para tirarse en un algibe de la capital?

El Sr. Brilega. Este señor será un *buen marido*... Está predestinado á serlo... Si se casa no vivirá escamado...

¡Cómo pone la pluma mi Sr. Brilega y qué *palos* da al Sr. X.!

«Si la mujer *nunca* dice lo que hace, cúlpense á sí mismos los hombres, que no le han enseñado hasta nuestros días otra cosa que el pernicioso arte de disimular.»

Eso no va conmigo. Porque yo he procurado instruir á mi novia. Y la he puesto al pelo.

«Las mujeres son lo mismo que los hombres, pero con esta notable diferencia: que si alguna vez labran la infelicidad de éstos, no dan las faltas de sus víctimas á los vientos de la publicidad.»

Los vientos de la publicidad: ¡bonita frase!

«Las mujeres no tienen necesidad de convertirse en hombres para conocer hasta qué punto son éstos capaces del mal. Les basta saber que siempre las trataron como esclavas, para no ignorar la negra índole de su conciencia.»

En tratando de esclavas, aparece inmediatamente la negrura.

Tiene la palabra el Sr. Regidor.

«La mujer que es virtuosa con un hombre, lo será siempre, á no ser que el ladrón de su honra acuda á la superioridad de su ilustración para seducirla primero y después *difamarla*.»

Más claro: si el hombre es erudito, un Cañete ó un Guerra y Orbe, por ejemplo, no hay mujer que se salve de la *quema*.

«El marido que no trata digna y decorosamente á su esposa, es y será siempre un miserable.»

Bien, Brilega, bien. Ese es un gran rasgo de energía.

«Que hay mujeres que gozan de una reputación inmerecida, es indiscutible; pero también es cierto que por cada cien hombres los noventa son hipócritas vergonzantes.»

¡Buen *palo* á los hombres!

«La mujer, por ser agradecida, supera de ordi-

nario al hombre, que casi siempre carece de aquella hermosa cualidad.»

¿De *cuála?*

«En los paises en que el adulterio abunda, los hombres son necesariamente inmorales.»

¡Ah! ¡Oh!

«Los hombres que difaman á la mujer, no es extraño que jamás hayan conocido la felicidad. Para ser dichoso en la tierra, es necesario, por lo menos, saber apreciar en todo lo que vale el alma de la mujer que nos adora.»

Este Sr. Brilega cree que le adoran.

¡Oh Brilega desgraciado!

¡Oh buen marido!

Pensaba terminar esta noche el capítulo de X., Brilega y Compañía. Pero queda mucha tela por cortar. Para diez folletines, lo menos.

*
* *

La contestación de Brilega es un ataque furibundo al par que erudito. Parece cosa de Cepeda y Cañete en colaboración. D. Nicasio Gallego, Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, Jacobo Clemente, Enrique III, Alfonso Karr, Michelet, Balzac, la Inclusa... no es posible pedir más.

Es erudito este Sr. X. Pero me extraña que cite personajes extranjeros, cuando los tiene en su patria. ¿Es posible que Ferrer no haya dicho nada de esta delicada y peliaguda cuestión de mujeres? En caso negativo, D. Bonocio Tió debe haber dicho algo; ¿por qué no citar al buen Bonocio?

«Bien saben las mujeres que no somos tan malos como decís. Ahora, que haya quien las censure algo, es ya otra cosa: sea esto en cambio de los malos ratos que nos hacen pasar, y sobre todo cuando conocen que las amamos de veras.»

Ya decía yo que á este X. le habían jugado una mala partida. Tal vez la señorita de Aguadilla le hizo esperar toda la noche en el corral, junto á la *empalisá*, mientras ella hablaba con otro.

«Largáis cada trabucazo, que á la verdad estoy asustado. Es preciso confesar que sois terrible. Vuestras palabras me hacen el mismo efecto que una ametralladora. ¡Ladrones! ¡Difamadores! ¡Fuego... pin... pan... pun!... Se me figura que lo que deseáis es haceros simpático á las mujeres, sin tener en cuenta que ya lo debéis ser bastante. Nunca es mal año por mucho trigo.»

¡Pero qué cursi es este X.!

Además, si Brilega quiere serle simpático á las mujeres, hace bien; ¿para qué está *uno*, Sr. X.?

«Dichoso vos, cuyas virtudes, cuyas bellas cualidades, han sido siempre bastantes para que os hayan hecho feliz. Vuestros nobles sentimientos, dispuestos constantemente para defender la noble causa de la mujer, parece como que han hallado alguna vez la recompensa... ¡Bendito seáis, y quiera el cielo que no os destrocen nunca el corazón! Adios.»

Romanticismo de á cuarto la entrega. «¡Quiera el cielo que no os *destrocen* el corazón!»

Y después: Adios.

Adio...

Es un poema.

La galantería demandaba que tratase de *Una puertorriqueña* antes de X. y Brilega. Pero hay que guardar el orden cronológico. En *El Buscapié* figura X. en primer término, Brilega en segundo, y después *Una puertorriqueña*. No debo invertir el orden de los factores.

Hecha esta salvedad, quiero que conste que tanto esta puertorriqueña como todas sus paisanas merecen mi más profondo cariño. Es más, adoro en las americanas (sobre todo, en las cubanas).

Digo y repito, pues, que es una impostura eso de que las he satirizado en *El Carnaval en las Antillas* (ahí está mi asendereado artículo; véase la clase), y, aunque á nadie le importe, me conviene consignar este hecho: mi amor de toda la vida, fué una criolla. Un amor profundo, entusiasta, febril, frenético, que me ponía nervioso, muy nervioso, y me hacía temblar «como la hoja en el árbol;» ¡amor de pantera y de niño... amor que mordía y balbuceaba! No he vuelto á amar así, ni volveré quizá... Se ama tanto una vez sola... Y con esos amores se atrofia el corazón. Yo creí morirme. Y, sin embargo... ¡no me he muerto!

Pero debí morir cuando murieron los venturosos días en que mi criolla y yo salíamos á la calle con el alba y marchitábamos las ilusiones, cuya llama, avivada al roce de los primeros besos y abrazos, se iba extinguiendo al contacto de los últimos, que habían perdido los unos el elocuente y embriagador silencio de la primera noche, soñando mucho como si quisiéramos engañar nuestro hastío con mentidas demostraciones de ruidoso afecto, y no estrechaban

los otros con blandura voluptuosa, sino con la contracción espasmódica del náufrago que, en el extertor de la agonía, se abalanza á la tabla salvadora, y da el último varonil esfuerzo, el postrer adios á la vida y el primer grito de muerte.

Aún recuerdo nuestra final despedida, cuando, estimulado nuestro amor por el incentivo de la separación próxima, nos dábamos en cada beso, que jurábamos sería el último para perjurar á seguida, la promesa de nuevos placeres, y lanzábamos en cada abrazo una maldición á la ingratitud de la suerte. Arrancóse violentamente de mis brazos, donde era soberana, para ser advenediza en la suya, no sin volver atrás á intervalos los ojos, como deseosa de repasar lo andado, ó arrepentida de trazar ella misma la distancia que había de separarnos...

Ley necia que puede contrarestar el torrente amoroso, sonoro y chispeante, que fluye como borbotones de sangre del corazón, pero no el cruce, entre sombras, de las aspiraciones y de los antojos de los amantes, que, en sueños, balbucean con amor nombres queridos, mientras vagan por las rosas de fuego de sus labios dulces sonrisas, que se evaporan en callados besos que nadie recoge.

¡Ay, Sr. Brilega! ¿Qué mal le hacía al mundo aquella niña embustera (pero tan hermosa) con dejarme reclinar sobre su seno y libar en el panal de su boca la rica y abundosa miel de un amor, que creíamos santo, por haberse formado ante Dios y la naturaleza, é inacabable, por sentirlo así en esos lúbricos éxtasis sin nombre, jamás definidos por el humano lenguaje?

¿Qué mal le hice yo al mundo para que *ella* si me ve apresure el paso como si huyese de un remordimiento, ó me mire con fijeza, abriendo mucho los ojos, cual si temiera no tornar á verme, y furtivamente se sonría con la sonrisa que arrancó á la lira del poeta una lágrima del corazón?

«Alguna vez la encuentro por el mundo
Y pasa junto á mí:
Y pasa sonriéndose, y yo digo:
¿cómo puede reir.»
. . . . . .

Dejando el estilo *levantado* y el romanticismo, digo que lamento profundamente que *una puertorriqueña* conteste al Sr. X. *Una puertorriqueña* tiene *sprit*, talento, y sobre todo, es mujer, y como mujer no debe defenderse de los burdos ataques del Sr. X. Pero la influencia del sexo es sumamente enérgica. He aquí la atenuación.

Una puertorriqueña ha tomado por lo serio los pensamientos de X. No hay tales pensamientos. Hay majaderías.

«Profunda impresión han hecho en nuestra alma los pensamientos del Sr. X.: parece imposible que haya un hombre tan desgraciado y que tenga en su alma tanta hiel como la que destilan los citados pensamientos.»

Esta puertorriqueña es impresionable. Los pensamientos del Sr. X. no merecen eso. X. no es desgraciado, ni tiene hiel, ni nada. Es un romántico cursi que merece dormir en la prevención del distrito.

«¡Cómo injuria á la mujer! ¡cómo considera al

amor! Si éste fuera tan sólo una sensación momentánea, sería el hombre bien poco superior á los brutos.»

Esta puertorriqueña tiene *chic*, mucho *chic*. Me gustan las mujeres que no se paran en pelillos y hablan de sensaciones momentáneas. Eso es práctico...

«El hombre que envilece á la mujer se desprecia en una parte de sí mismo, se mutila la mitad del alma, y toda mutilación le desmoraliza.»

Efectivamente, las mutilaciones son horribles.

«Si afrenta á su guía más afectuosa y más amable, ¿cómo conocerá la virtud? ¿Cómo recordará sin remordimiento los cariñosos cuidados de su madre, las gracias inocentes de sus hermanas, todo ese cariño tierno, puro, desinteresado, que debe á la mujer, á ese sér de quien todo lo ha recibido, hasta la misma vida; y á quien se atreve á difamar tratándola de hipócrita y depravada? ¿Habrán sido vampiros su madre y sus hermanas?»

Es posible. Acaso el Sr. X. sea hijo de dos chinches pobres, pero honradas.

«El que niega que exista la virtud en el corazón de la mujer, es porque nunca ha tratado con mujeres honradas.»

Le diré á V. ¿Qué entiende V. por mujer honrada? Se me figura que V. cree que las mujeres deshonradas son aquellas que tienen cartilla.

Es un error. La mujer no honrada es aquella que pudiendo ser honrada no quiere serlo. La mujer que no lo es porque no puede serlo, porque la sociedad le niega el trabajo, esa no es mujer deshonrada: es *víctima*. No confundir.

«Además, su naturaleza ardiente...»

Es una circunstancia atenuante de responsabilidad conyugal, sin duda.

«¡Oh, hombres mal agradecidos! ¡Cómo os atrevéis á juzgar á la mujer sin conocerla, sin estudiarla profunda é imparcialmente!»

Eso hago yo. En cuanto tengo á mano una mujer, la estudio lo más á fondo que puedo y me permite ella. Después doy mi voto. Porque es lo que usted dice. Hace falta estudiarlas profundamente, calarlas, para saber lo que son.

«Es cierto que la mujer tiene muchos defectos; pero, ¿y vosotros? ¿Sois perfectos?»

Cien veces peores que las mujeres, créalo V.

«¿Quién será el que, poniendo la mano en su pecho, se atreva á lanzar la primera piedra?»

Nadie. ¿Cómo quiere V. que tiremos piedras con las manos puestas en el pecho?

«Abusando de vuestra fuerza y de las leyes que vosotros mismos hicísteis, sólo buscáis ansiosos los defectos de la mujer para vociferar que ese sexo débil (*¿débil? ¡Ya! ¡Ya!*) hace vuestra desgracia; vosotros os llamáis los fuertes, y ella á cada paso os está demostrando que moralmente lo es mucho más que vosotros.»

Y materialmente también.

«No es mi intención culpar á todos los hombres, y, á imitación del Sr. X., juzgarlos todos pervertidos, porque lo sean algunos, pues los que piensan de esa manera son por fortuna una excepción.»

Siempre galante, señorita.

«Si alguna vez habéis tratado una mujer pura,

honrada, de esas que llevan impreso en el rostro el sello de su espiritualidad y nobleza de alma, habréis podido observar que á esas mujeres todo lo que es grosero y sensual les repugna completamente.»

Hay de todo. El cuerpo y el espíritu precisan ejercicio. No sólo de idealismo vive la mujer. Entre col y col, viene bien una lechuga.

«Cuando la mujer siente su pecho inflamado por el amor, se transforma completamente.»

Ó, como se dice vulgarmente, pone los ojos en blanco...

«Es ese sentimiento como una luz que irradia y se extiende hasta el infinito, que despierta en nosotras cierta cosa que no quiere morir.»

Pero se muere, desgraciadamente.

«El amor, esa fuerza impulsora del universo, le hallamos en todas partes, en el primero y último grado de la creación; modificándose con la materia, y divinizándose con el espíritu.

»Como atracción sostiene los mundos en el espacio; como afinidad atrae las moléculas.»

Sobre todo cuando llueve y hace frío, que está entonces la casa tan *calentita*.

«Como fuerza productiva renueva la naturaleza, y como sentimiento nos abre las puertas del infinito...»

¡Todas las puertas!

¡Oh amor, cómo nos pones!

Cuando me disponía á decir que tenía aún materia para media docena de folletines, recibo la siguiente esquela de aquel amor de que hablé á ustedes.

«Corazón mío: Aunque todo ha acabado entre nosotros, espero qué por lo mucho que te he amado no continuarás *X.*, *Brilega y Compañía.* Algún día te diré por qué lo deseo...

»Te lo pide por favor quien siempre será tuya...»

He contestado:

«Mi ex-amor: Eso es pedir mucho. Se acabó el tiempo en que tú me decías: *No publiques eso.* ¡Y yo no lo publicaba!

»Lo que puedo hacer en obsequio tuyo es no ocuparme más en ese tema. Pero este folletín, hecho ya, irá á la imprenta. No es cosa de que haga otro sobre diferente asunto. Tengo mucho sueño.

»Adios, hermosa.»

Para terminar. *Una puertorriqueña* está muy por cima de Brilega y de X.

Y á propósito de X...

¿No será Peñaranda?

¡Travieso cojo! llama Cepeda á Ballester.

IDA Y VUELTA.

D. Celedonio cenó muy fuerte aquella noche. Horas antes había dejado en la calle del Baño una prenda muy querida, una reliquia, docena y media de finísimos pañuelos de Manila, con su nombre bordado en letras de colores vivos. El lo pensó y discutió mucho, pero no había modo de salvar la reliquia. Carmen, su bella Carmen, su hija única...

debía ir á la playa de San Sebastián. No era posible eludir el compromiso. Á San Sebastián habían ido las de Roque y las de Perez, y á San Sebastián irían las de Suarez. La hija de D. Celedonio no podía ser menos.

Durante seis veranos pudo salir airoso de la empresa. Pero la canícula del 82 le sorprendió en todos los horrores de la cesantía.

—¡Ah! exclamaba él, eso no me hubiese pasado en vida de mi mujer, de mi buena Petra. Esos pícaros de ministros quisieron más de una vez dejarme cesante; pero ella, mi Petra, que Dios tenga en su santa gloria (y señalaba el techo de la bohardilla) tenía tanta influencia con mi amigo el senador, que el Gobierno no se salió con la suya.

Cuando D. Celedonio salió de la calle del Baño, luego de haber conseguido veinte duros, estaba muy acongojado. Recordaba á la virtuosa Petra... Para él era artículo de fé que desde allá, del cielo, del techo de la bohardilla, á donde la llevaran sus muchas virtudes, la Petra le miraba con enojo y le decía á grito herido: *¡Celedonio, Celedonio, no empeñes esos pañuelos!* Porque él era supersticioso hasta dejarlo de sobra, y á mayor abundamiento, adoraba en su Petra. Siempre que penetraba en la abandonada alcoba nupcial, que él bautizó con el nombre de *santuario*, decía tristemente: Aquí huele á mi Petra... Y aquel tufillo se le subía á la nariz y le hacía bailar los ojos...

Una ración de arroz á la valenciana y una botella de Valdepeñas disiparon sus escrúpulos. Después de todo—pensó—las chinches no me dejan vivir: las

chinches, que de fijo están subvencionadas por la sociedad protectora.

Con los veinte duros y lo que había en la casa tenía para los gastos de verano. ¡Oh! él había echado bien sus cuentas.

	Reales.
Dos billetes de ida y vuelta en reservado de tercera clase	280
Dos cafés á la ida en Miranda de Ebro	6
Idem á la vuelta en Ávila	6
Habitación para dos personas en San Martín durante quince días	60
Manutencion para id. id. id	120
Caseta y bañero	60
Un café diario y dos sillas del *boulevard*	60
Propina á los criados	4
Extraordinarios	8
Total	604

Al día siguiente D. Celedonio, acompañado de su hija, dejaba su barrio de Chamberí camino de la estación. Salió á pié á las cuatro de la mañana para llegar á tiempo de tomar el tren de las siete.

Apenas llevaba á la mano algunos chismes: dos maletas, un saco de noche, una colcha, un botijo, la cesta con la merienda, un quitasol, unas zapatillas... parecía una quincalla ambulante.

Cuando llegó á la estación sudaba tinta y tenía grandes ampollas en las manos. Carmen, más fresca que la lechuga, cuando está fresca, volvía frecuentemente la cabeza para ver á su novio, un poeta que

la llamaha *Laura* y fumaba cigarrillos en el Ministerio de la Gobernación.

Y aquí empezaba la excursión veraniega.

Lo primero que hacía D. Celedonio al entrar en el coche era colocarse de cara al sol para dejar la sombra á su buena hija.

Ella era muy blanca, y los rayos del astro podían producirle pecas. Después colgaba el botijo, ponía-se las zapatillas y hacía el acostumbrado chiste:

—*¡A ver si arrean á esas mulas!*

Si soplaba el aire de Guadarrama, D. Celedonio desdoblaba la colcha para abrigar á Carmen, mientras él, á cuerpo gentil, desafiaba los elementos. Si el tren se detenía horas en alguna estación, D. Celedonio corría á la cantina y compraba una sandía; ó bien, por encargo de su hija, íbase al campo á coger tomillo y saltamontes.

Entretanto, Carmen, la bella Carmen, miraba voluptuosamente al compañero más próximo, y se le iba un color y se le venía otro, cuál rojo, cuál pálido...

Y así recorrían el camino padre é hija, entre sudores y fríos, entre olores de sandía y olores mefíticos, hasta que el tren, rechinando como carreta desvencijada, llegaba á San Sebastián.

—¡Oh, cómo van á rabiar las de Suarez, y las de Roque, y las de Perez!—decía la Carmen.

La vida de D. Celedonio en San Sebastián no es para descrita.

A las siete de la mañana acudía al mercado, y á las nueve acompañaba al baño á su bella Carmen. Él mismo pedía la caseta y registrábala minuciosa-

mente. Si uno de los compartimientos estaba ocupado, D. Celedonio se cercioraba de que no había allí ningún caballero... Estas chicas—pensaba él—están que arden con este calor...

Mientras duraba el baño de Carmen, no la quitaba ojo de encima, y si veía que algún bañista intentaba enseñarla á nadar, él agitaba su pañuelo en señal de parlamento.

—Mira, Carmen, la decía luego en su casa: ese joven es capaz de cualquier cosa, áun estando en el agua...

Al salir ella del baño, faltábale tiempo á su papá para cubrirla con la capa de hule.

De vuelta á San Martín, se disponía á aderezar el almuerzo. ¡Daba gusto verle friendo sardinas! A las dos de la tarde, su hija dormía una buena siesta, y él espantaba las moscas agitando unos zorros.

Tal era la vida de aquel hombre honrado, que habiendo nacido para creer, creía en todo, ¡hasta en la virtud de su *difunta!* Él no se bañaba, no comprendía la utilidad de los baños. Por dentro parecía un calamar rebozado con huevo.

Cuando, magullado y sin un cuarto, entraba en su casa de Chamberí, se afligía muchísimo. Su polvorienta habitación era por lo desordenada un *Rastro* abohardillado, y en el cuarto volaban esparcidas por el aire muchedumbres de chinches, amarillentas, secas, con cara de hambre y en actitud de *disidentes*...

Sin embargo, todo lo echaba á barato, porque la Carmen le decía:

—Pero papá, ¡cómo han rabiado las de Suarez, y las de Perez, y las de Roquel.

PRIMERAS POESÍAS, 1870-1880,

DE MIGUEL SANCHEZ PESQUERA.

Empresa difícil es, sin género de duda, encontrar un vate americano distinguido. Los poetas de la madera de Bello, Baralt, Heredia, Olmedo *etcétera, etc.*, no abundan en el mundo de Colón.

¡Fenómeno inexplicable! En aquel cielo hay más luz y más lozanía en la vegetación de su suelo. La naturaleza americana es espontáneamente bella, no se exhibe aliñada y cubierta de afeites que forman una hermosura artificial como la del Retiro, en Madrid, ó la del Bois de Boulogne en París: la veréis siempre al desnudo, sin ruborizarse de exponer sus encantos, antes bien incitando á gozarlos con la voluptuosidad de la postura y la desnudez de sus formas.

Parecía lógico que en la patria americana, en aquella especie de exaltación de la vida en infinitos seres, que tanto contribuye á exaltar el espíritu y arrojarlo en el seno de infinitas ideas—como ha dicho Castelar,—fluyera profusamente la inspiración del poeta; y sin embargo, no es así. ¡Fenómeno inexplicable!

Con tal escasez de vates americanos (que pide á voces unas rogativas) compréndese fácilmente que al descubrir un poeta como Pesquera, tierno unas

veces, viril otras, de régia fantasía y de gallarda y desmelenada musa, que se inspira en los sublimes cantos de Hugo y Shelly, de Byrón y Manzoni, de Espronceda y Zorrilla, y de cuya lira brotan á raudales sonoros y melódicos acentos, pueda decirse en puridad que se ha llevado á cabo una empresa mucho más árdua que la de meter un Toreno por el ojo de una aguja.

Al discurrir acerca las poesías de Pesquera, surgen dos cuestiones gravísimas. Primera: ¿es el señor Pesquera un poeta subjetivo, ó un poeta objetivo? Esta es una cuestión muy grave, de la que nada dicen los autores nacionales y extranjeros, si se exceptúa al Sr. Pacheco que ha dicho de Pesquera que «es menos subjetivo que otros;» lo cual no es decir nada, y bien sabe Dios cuánto siento decírselo de una manera tan grosera al Sr. Pacheco que, enemigo de la federal y todo, merece mi más profundo respeto, porque se llama D. Francisco de Asís y, sobre todo, porque es abogado notable y crítico erudito. Después de haberlo meditado mucho, afirmo que Pesquera es un poeta esencialmente subjetivo, tal como debe serlo el poeta lírico, con lo que he dicho casi tanto como el Sr. Pacheco.

Segunda cuestión (esta es todavía más grave): ¿tienen las poesías de Pesquera forma ó fondo únicamente, ó tienen ambas cosas? Creo, y suscriben mi opinión los más profundos literatos de San Petersburgo y Filipinas, que no son procedentes esos distingos de forma y fondo; pero como alguno de mis lectores puede ser de la opinión contraria, y sería impropio de hombres sérios que riñéramos por

una diferencia de tan poca monta, diré que entendiendo por forma el ropaje, si vale así decirlo, que no valdrá, de la poesía, y por fondo el pensamiento que surge de la mente del poeta y se exterioriza en rimas, forma y fondo existen en las poesías del señor Pesquera. (Estoy aterrorizado de lo que sé de estas metafísicas: decididamente pediré la palabra en el Ateneo.)

Con poesías como *La tumba del marino*, *Nocturno*, *La nave*, *El último pensamiento de Weber*, *El himno de la inmortalidad*, *Dionea muscípula*, *etc.*, *etc.*, que forman reunidas una preciosa guirnalda de nardos y violetas, de la que no deshojaré un capullo para que perciban mis lectores su perfume, porque no sabría á cuál de ellos preferir, y concluiría por deshojarlos todos, puede un poeta americano presentarse en el Ateneo sin temor de que le suceda lo que al Sr. Armas y Céspedes.

Hay algo de las tristezas de Becquer en el señor Pesquera. No es un poeta que á cada paso saca el pañuelo para enjugarse una lágrima, tal vez fingida: no es un vate llorón, á semejanza de los que privan en América, donde se dirijen entusiásticos aplausos á Abigail Lozano, porque su lira tuvo solo una cuerda, la del dolor, para llorar el amor infortunado de una mujer casada. (También tuve yo un amor infortunado... y sin embargo, no se le he dicho á nadie.) No hay derecho á alarmar la vecindad con lamentos y ayes, ni menos á llorar las veleidades de una mujer casada... La propiedad de los muebles y de los inmuebles es muy respetable, y la propiedad de las señoras casadas es respetabilísima: las afirmaciones

contrarias á esta tésis, que me parece haber probado lo muy bastante (estilo Cánovas), son delirios demagógicos, contra los cuales protestaremos de contínuo D. Emilio y yo, que somos los únicos demócratas gubernamentales, y trascendentales, de España, de Europa, de la tierra, de todos los planetas, en fin, habitados y por habitar, y que miraremos siempre de arriba abajo, y les alzaremos los hombros á los que nos pregunten si vamos á hacer una revolución, porque no tenemos en nuestras manos el espíritu de la sociedad, ni tampoco el espíritu de vino. (La gran silba del siglo en Alcira.) El Sr. Pesquera llora porque siente y nos hace llorar con él, y llora sin molestar á nadie.

No hay cantos á la patria ni á la fé en el libro que discuto en esta solemnísima sesión. Pesquera declara, en la introducción, bellamente escrita, que es cosmopolíta, y entendiendo que el siglo es demoledor y satánico, dice que no quiere llevar á él su contingente de negación y duda.

¡Decir del siglo XIX que es demoledor y satánico, siendo acaso el más creador y el más creyente!... Errónea por todo extremo es la creencia, en demasía arraigada, de que ya no existen ideales (eternos por naturaleza), y de que cada ciudadano es un escéptico feroz; creencia nociva que engendra esos lamentos hipocondriacos, manifestaciones primeras de un escepticismo positivista, que tan mal suenan al oido de los que sentimos en nuestras almas fé más pura y profunda que la de nuestros antepasados, con la ventaja de haberla levantado y dirigido á más sublimes concepciones del entendimiento.

Si el Sr. Pesquera penetrara alguna vez en el santuario de mi alcoba, no vería, no, suspendida de la pared, una Santa Teresa de cal y canto, ni un San Cucufato de carbón pintado; pero vería á la cabecera de mi cama, un Garibaldi de cuerpo entero, calado el gorro frigio, y un poco más allá á Renan, Drapper y Proudhón con sus grandes espejuelos; á la derecha, Voltaire y Rousseau, rodeados de los enciclopedistas; á la izquierda, Ruiz Zorrilla y Salmerón con los españoles que no creemos en San Cucufato, es decir, con todos los españoles; á las altas horas de la noche, todo soledad, todo sombras, cuando se realiza el desdoblamiento del alma que sufre calladas penas, y libre al fín por pocas horas llora las desdichas presentes, y se lanza en la sombra á perseguir ideales tras los cuales no le es lícito correr á la luz del día, aquellos esforzados campeones se agitan, se extremecen, prorumpen en sonoros y entusiásticos vivas, y cantando la *Marsellesa*, —¡ese himno de la inmortalidad!—comienzan el desfile, partiendo del mundo antiguo de las supersticiones, en dirección á la tierra prometida de la verdadera fe, que no vislumbra el Sr. Pesquera.

La vida del autor del libro *Primeras poesías*, está poblada de incidentes verdaderamente originales.

Acababa Pesquera de salir de las aulas universitarias; había tenido el heroismo de no dormirse durante las explicaciones del Sr. Pastor; conocía todo lo relativo á las «ideas empíricas» y á la «razón de método» explicadas, entre amenazas pavorosas, por el Sr. Pisa Pajares, y gracias á la ciencia de D. Vicente Lafuente y Condón, sabía el color de las za-

patillas de todos los cardenales y Papas del mundo, y las veces que al mes se hacían la corona. Era todo un abogado, como yo y como Calderón Collantes. Pesquera hacía lo que Nuñez de Arce, Campoamor y demás excelentísimos poetas: admitía un empleo, y marchaba á Ultramar.

El vapor que debía conducirle, zarpó de Santander é hizo escala en la Coruña. Uno de los pasajeros tuvo la mala ocurrencia de decir á Pesquera que en la Coruña había unas estatuas muy poéticas, y el poeta, á pesar de que sabía que el buque anclaría breve tiempo en aquel puerto, saltó á tierra. ¿Cómo partirse á América, sin haber visto aquellas estatuas poéticas?

Ya en tierra, buscó las estatuas y las saludó, quitándose el sombrero. (El vapor estornudó estrepitosamente: primera señal de marcha.)

Una de las estatuas representaba la mujer de Pelayo, con el dedo meñique de la mano izquierda carcomido por la intemperie. (La intemperie siempre fué irreverente.) Pesquera contempló aquel dedo, y una lágrima brotó de sus ojos. (El vapor estornudó estrepitosamente por segunda vez.)

El poeta sacó una cartera y un lapiz y empezó un soneto. (Y el buque desahogaba su vapor prorumpiendo en gritos de angustia, porque se quedaba en tierra uno de los pasajeros.)

Pesquera terminó el soneto: guardó su cartera y encaminóse á la playa en busca de un bote. ¡Cuál no sería su asombro al ver allá á lo lejos, casi tocando el cielo, como hermosísima estrella enlutada suspendida de un horizonte de cristal, al vapor

«Comillas,» que se llevaba su credencial y sus maletas de viaje.

En tal estrecho, volvióse Pesquera á Madrid: había perdido un viaje, pero traía en su cartera una nueva y admirable poesía.

¡Cualquier día se hubiera dejado en tierra el vapor «Comillas» al Sr. Armas y Céspedes!...

DESDE LA CONCHA.

Amigo Fernanflor: Días antes de aquél en que salí de la muy heróica y muy coronada villa, *La Correspondencia* anunció que se habían bañado en esta playa ocho mil personas. Después se han bañado muchas más, porque el vecindario de Madrid continúa huyendo del incendio...

Los peces pequeños que se nutren de agua sin mezcla de mal alguno, fallecen repentinamente, y los pulpos aumentan de un modo alarmante. Con la cantidad de mar que han absorbido los bañistas podría formarse un estanque.

Esta playa, esencialmente democrática, está al alcance de todas las fortunas. Si hemos de creer á los *touristas* cursis, hacen falta torres y montones de dinero para vivir en San Sebastián. Y, sin embargo, hay aquí caballeros que se alimentan con ensaimadas y duermen en la Zurriola arrullados por el oleaje.

Pero no hay duda de que los comestibles encarecen extraordinariamente. Las sardinas *van* á peseta

la docena. ¿Quién come sardinas? Si yo tuviera once amigos... de mis carnes, esta misma tarde las pescaderas me voceaban en mi correspondiente banasta.

Los buenos hoteles *contratan* los mejores comestibles, y la gente que vive en casas de huéspedes ó por su cuenta, no come decorosamente.

¿Le gustan á V. las ostras? Pues si no vive V. en hotel no comerá ostras, así pague un duro por cada una. Porque los hoteles tienen arrendados todos los bancos de ostras.

¿Quiere V. comer langosta? Pues no comerá V. langosta á no ser pescándola V. mismo.

Aquello de «comerás con el sudor de tu rostro» debe modificarse en esta forma: «Comerás con el sudor de tu rostro, siempre y cuando que no pretendas comer ostras ó langostas, que en este caso no comerás aunque sudes el *quilo.*»

El barrio de San Martín, que es una sucursal del Rastro, se transforma en barrio populoso. A la caida de la tarde hay una lucida exposición de doncellas de labor, porteras y verduleras, que se sientan en medio del arroyo, como en las calles de Madrid. Hay alcoba donde duermen nueve matrimonios: á algunos los colocan en la despensa.

El número de bañistas no está en relación con el número de viajeros. ¡Hace frío!... Algunos piden baños de gelatina creyendo que se trata de bañarles en fuente. Otros ven escrito: «escocesas de todas formas,» y piden escocesas de buenas formas.

La mayoría no se baña ni acude á la playa con el propósito de respirar las brisas del mar. En cambio, muchos madrileños se echan á la calle en cuan-

to amanece y forman cola en la del XXXI de Agosto esperando vez para comprar buñuelos.

El *boulevard* es un prado de primavera, invadido siempre por una muchedumbre de mujeres (muy guapas por cierto) y de caballeros aburridos. Leen los periódicos de Madrid, hablan del calor y ríen de que se asfixien sus correligionarios del Prado. Tal es la afición al *boulevard*, que la lluvia, por torrencial que sea, no es parte para impedir el paseo. Cuando se abren «las cataratas del cielo» (como decía un poeta que las tenía y soñaba con la operación), las señoras abren los paraguas y continúan tranquilamente paseando. Los caballeros se embuten en impermeables. Los más tiritan de frío. Anoche ví á un señor embozado en la capa y con botas de montar. (Ese señor cree que está veraneando). Todos estos bañistas se conocen, se hablan, se tutean... De raro en raro vienen expediciones de Biarritz ó de San Juan de Luz, mujeres españolas vestidas á la francesa y con grandes sombreros rodeados de racimos de grosella. Hay mujer que parece una vid. Vienen á hacer rabiar á las que están en esta playa. Pero no falta quien tome la revancha... La de Polak, por ejemplo, usa un sombrero torero que le da el quiebro á todos los sombreros *Moohay*.

A la caida de la tarde, la Zurriola es una exposición de bellezas madrileñas y de bellezas guipuzcoanas, rubias de ojos garzos.

La vida de Madrid—me decía un bañista que cree en los Bargossis aragoneses...—marchita las mujeres áun siendo virtuosas.—¡Qué palidez, qué ojeras! Parece que están siempre de *juerga*... La

mujer del Norte, conserva, hasta muy entrada en años, el color del melocotón... Mire V. aquella rubia. ¡Qué pureza y serenidad de ojos! Se ve de cien leguas... en fin yo metería la mano en el fuego...

Era una rubia casada, y con seis de familia...

En esta playa vivimos en plena *Commune*, bailando can-can. No hay limitaciones como en Biárritz. Mujeres y hombres se bañan juntos para estar más *calentitos*... Es verdad que á la entrada de la *Concha* hay un mástil con un letrero que dice:

Paso á la playa, SEÑORAS.

Diríase que escasean aquí las señoras, porque muy pocas se dan por aludidas. Las chicas se dirigen al baño de hombres (con gran contentamiento nuestro) ganosas de aprender á nadar, mientras las mamás, sentadas en las casetas, vuelven por los fueros de la moralidad y abominan de los trajes de hombre *¡tan indecentes!*...

Es de lamentar que las mujeres de Madrid no sean más bucólicas, quiero decir, más aficionadas al campo. Para que esta campiña fuese la más hermosa de España, no la hacían falta más que algunas madrileñas de ojos negros que la dieran de limosna algún calor del que las sobra.

Esta tierra—V. lo sabe, puesto que la conoce de vista—parece gallega según lo fecunda que es en dar flores y frutas. Es una tierra muy interesante y mimosa... y está siempre de parto. Las flores de la hortensia, matizada de rojo, se enlazan y agrupan en hermosos ramos, y los nevados plumones de la magnolia, húmedos por un rocío contínuo, parecen

grandes copos de nieve engarzados en espigas de oro. Los manzanos y perales no pueden con el fruto y se les hace un servicio despojándolos de algunos. Por do quiera se alzan flores, follajes, blancas humaredas de fábricas ó de trenes que vienen echando chispas contra el calor de Madrid; y formando el marco de este cuadro se esparcen las espumas del mar inquietas y bulliciosas, que semejan penachos irisados si se deshacen violentamente contra las rocas ó borbotones de cristal cuando ruedan mansas y cristalinas por la arena de la playa.

Pero sobre todo esto están los camarones y cangrejos.

Asegúrole á V., Fernanflor, que como saliese usted conmigo á caza de cangrejos, no volvía á cazar más codornices.

—¡Mentira parece que V. se entretenga en eso!

Así me decía un amigo de Madrid, todo asombrado de verme á pié descalzo río abajo, persiguiendo cangrejos.

Nueve cogí ayer mañana.

Pero, por Dios, que no lo sepa *La Correspondencia*.

Porque sería muy capaz de decir *urbi et orbe:*

«En este momento se encuentra en San Sebastián dedicado á la peligrosa caza de cangrejos, el animoso joven y compañero nuestro en la prensa don

LUIS BONAFOUX.»

CARTA

A UN TAL DON MARIO BRASCHI.

DIRECTOR Y REDACTOR PRINCIPAL

DE «EL PUEBLO.»

Muy señor mío y muy *jíbaro toca tiple*: Por muy *atroz* que sea la canícula en Ponce, y por muy rabioso que esté V., no tiene derecho á insultarme con sueltos por el tenor de éste, que publica el periódico de que es V. «director y redactor principal,» y quizá repartidor:

«Circula por ahí una carta impresa y firmada por el Sr. D. Pablo Ubarri, en la que se solicita apoyo material para un periódico titulado *El Español*, que dirige el ya célebre Bonafoux, y que viene á combatir las doctrinas que sustenta *La Tribuna*.

Parécenos que el Sr. Ubarri ha tomado bajo su protección un asunto que le proporcionará muy triste gloria por cierto.

En cuanto al Sr. Labra, puede dormir tranquilo; su... valiente antagonista no oscurecerá su merecidísima reputación, ni le quitará en esta isla uno solo de los suscritores á su interesante periódico.»

En primer lugar, Sr. Braschi (*¡Braschi!* suena á estornudo), el señor Conde de Santurce, ó el señor D. Pablo Ubarri, como V. le llama *democráticamente*,

no imprimió la circular, porque no es impresor. La imprimió el cajista.

Después, eso de que el señor Conde de Santurce solicite apoyo material para mi periódico, es sencillamente un embuste, como diría en lenguaje parlamentario el general Martinez Campos. El ilustre jefe del partido español incondicional, tuvo la bondad de recomendar mi periódico porque lo creyó conveniente á los intereses de España; pero sin solicitar «apoyo material.» La circular está aquí, sobre mi mesa, y no me hacía falta tenerla para estar cierto de que V. ha faltado al octavo mandamiento, porque de su contenido supe por el señor Conde de Santurce cuando me dispensó la honra de venir á esta redacción.

Yo no soy *ya célebre* (¡tan joven y ya tan célebre!), Sr. Braschi (*¡Braschi!* ¡Dios me ayude!), aunque V. y sus colegas se empeñen en llamarme célebre. ¿Quiénes son Vds. para hacer célebre á nadie, ni quién les ha dicho que yo soy célebre, porque se les antojara amotinarse, en abuso de su autonomía?

Yo, Sr. de Braschi, no he pretendido, ni pretendo, ni pretenderé oscurecer la reputación del Sr. Labra, reputación merecidísima, como V. dice no sé si conscia ó inconscientemente. El Sr. Labra sabe que puede ser mi maestro en todo y por todo, y que yo tendría á honra ser su discípulo. No en vano puede por los años ser mi papá y hasta mi abuelo.

No combato la reputación del Sr. Labra, combato la idea autonomista que defiende; pero esto no me priva de repetir lo que he dicho varias veces: que el Sr. Labra es lo más eminente de las Antillas.

Ni le priva de decir á sus amigos: ¡Lástima de chico! ¡Si fuera de los nuestros!

No quieran Vds. (y mucho menos V. que hizo profesión de filibustero en *Don Severo Canta Claro*) hacer causa común con Labra. Él les mira como *Micromegas* miraba á los habitantes de este planeta, y desprecia á los que le adulan; no olvidar eso.

No pretendo tampoco quitarle suscritores al periódico autonomista, y mucho menos sabiendo por V. que si se los quitase no dormiría tranquilo el señor Labra; ni vendría á cuento el pretenderlo, siendo así que se reparte gratis en las barberías, *restaurands*, hoteles, casas de huéspedes, establecimientos balnearios, *etc.*, *etc.*

V., señor director y redactor principal de *El Pueblo*, hace mal en llamarme con cierto *retintín* valiente antagonista. Jamás hice alarde de *comerme los niños crúos*; pero tengo mi alma en mi armarió, como todo fiel cristiano, cuando llega el caso. Si con eso ha querido V. recordarme que abandoné las playas puertorriqueñas, yo me permito recordarle el cobarde atentado de que fuí víctima, reproduciendo algunos párrafos del artículo que mi distinguido amigo D. Antonio Sanchez Perez publicó en *La Unión*, de Madrid, á raíz del suceso; y cuenta que el Sr. Sanchez Perez se limitó á *extractar* la narración de los periódicos que me atacaron:

«Hace ya bastante tiempo, nuestro estimado colaborador Sr. Bonafoux y Quintero, publicó en las columnas de nuestro periódico un artículo titulado *El Carnaval en las Antillas*, en el cual ponía de manifiesto, con el laudable fin de corregirlas, ciertas costum-

bres de la capital de Puerto-Rico, costumbres no muy en armonía verdaderamente con la cultura de que en los actuales tiempos debe hacer gala toda población importante. A nuestro juicio, el Sr. Bonafoux no se excedió en la crítica, ni áun en caso contrario había fundamento sólido para censurarle siquiera, dado el fin que en su trabajo se proponía.

«Esto no obstante, el Sr. Bonafoux no sólo ha recibido censuras, sino insultos; y no sólo insultos, sino que hasta ha visto su vida y la de su familia y amigos muy sériamente amenazada, á ciencia y paciencia de algunas autoridades transformadas, acaso con menosprecio de los deberes de su cargo, en cabecillas de motín.

»Véanse los hechos para que se nos comprenda; hechos de gravedad suma, que por muchos días han ocupado la atención de los periódicos de Ultramar; hechos de tal manera escandalosos y trascendentales, que apenas si se comprende que la prensa de la Península haya guardado hasta ahora un absoluto silencio sobre ellos.

»El Sr. Bonafoux es oriundo de Puerto-Rico, y allí reside su familia. Llamado precipitadamente para que acudiese al lado de su madre enferma, nuestro amigo desembarcó en la isla el día 23 de Junio. Apenas se supo su llegada á la capital, impulsada la población por un falso patriotismo, levantóse contra el Sr. Bonafoux, pidiendo nada menos que su muerte. Por espacio de cinco días reinó un verdadero motín, reproduciéndose los escándalos y las violencias uno y otro día, con una tenacidad sin ejemplo. Miles de personas recorrían de contínuo las calles profiriendo

gritos y amenazas; la prensa toda del país agotó contra nuestro colaborador todo el diccionario de las invectivas, excitando más y más á la enfurecida muchedumbre á tomar venganza; escribióse á todos los pueblos de la isla á fin de si pasaba por ellos el Sr. Bonafoux, se le hiciera el mismo recibimiento; y cuando el tan encarnizadamente perseguido trató de acudir en justa defensa á los periódicos, éstos se negaron á insertar escritos, excepción hecha del *Boletín Mercantil*.

»La casa que habitaba el Sr. Bonafoux al lado de su madre moribunda, fué allanada por una turba de mas de seiscientas personas, y aquél solo pudo librarse de la muerte gracias á los esfuerzos de la policía. Salió, por fin, el Sr. Bonafoux de su domicilio redeado constantemente por un populacho armado con palos, picas y piedras, que lanzaba sin cesar horrorosos gritos.

»En el muelle más de doce mil personas aguardaban al Sr. Bonafoux, que apenas asomó, tuvo que soportar una lluvia de piedras, que afortunadamente no dieron en el blanco. No satisfechos todavía los amotinados, pretendieron asaltar el bote en que el Sr. Bonafoux se trasladaba al vapor, interviniendo entonces para evitar un crimen, sable en mano, la policía, lo cual produjo la consiguiente alarma y no pocas carreras. Pero la policía no pudo impedir que más de doscientas personas se embarcaran en otros botes, los cuales acompañaron al viajero, dirigiéndole toda especie de insultos y amenazas, hasta el vapor inglés que debía alejarle de aquellos lugares.»

***

¡Lucida recepción me hizo la patria cuando yo, tras larga ausencia, corría amorosamente á sus brazos con el deseo santo y bendito de festejarla, y olvidando la respetabilidad de mi toga para recordar el buen tiempo de mis mocedades, tenía en proyecto subir al arbol de *la viuda* á comer tamarindos allá en mi pueblo, que no fué cómplice del atentado, y se alegra de que yo ponga *verdes* á esas cabezas hermosas, pero sin seso, de los demás pueblos de la isla!

Ante aquel tumulto, ¿qué quería V. que hiciese? ¿Dejarme asesinar como un mosquito? Si yo tengo entonces á mi disposición el *Invencible* y el cañonero *Condor*, le digo á V. que no queda una sola azotea en la capital. Pero yo estaba solo y Vds. eran ciento y la madre.

Resolví, pues, retirarme modestamente como Xenofonte y Arabi Bey de los campos de batalla; y embarcándome en el *Moselle*, no paré hasta llegar á Inglaterra. A los pocos días paseaba por los grandes *boulevards* de París, mientras Vds. se quedaron ahí, *fastidiados*, ¡¡¡en *Cangrejos*!!!

¡Ah, Sr. Braschi! Yo no pude imaginar que usted se pusiera tan sério porque me reí algo, y áun algos, de V. y de *Juvenal*. Pues ¡cómo se habrá puesto cuando haya leido *La Parranda!*

Si, como presumo, lo que V. quiere es que yo le ponga de oro y azul para que sepan «en la corte» que existe un caballero que se llama Braschi, está V. errado. No, señor director y redactor principal del *Pueblo*. Aunque peco de modesto, no he venido tan á menos que esté propicio á contestar al primer

gacetillero de allende que se le ocurra insultarme. Le contesto hoy porque los Ministros están en baños y tengo por fuerza que murmurar de alguien, porque si no *reviento*.

Soy muy generoso, aunque me esté mal el decirlo; pero tengo la desgracia de no saber morderme la lengua, y si V. persistiese en ponerme motes yo no le contestaría, seguramente, pero *bombardearía* á don Román Baldorioty de Castro, que está ahí, en la calle del Clavel.

Porque es justo que alguno pague los vidrios rotos, y V. no puede pagarlos.

V., Sr. Braschi, no tiene personalidad. Además, V. debe estar ya bastante viejo; y yo, que no le quiero mal, aconséjole abandone el oficio. V. puede ser útil á la patria. ¿Por qué no sigue la carrera de topo-grafo?... Ahí tiene V. porvenir. Puede también ingresar en caballería... Otro porvenir.

En fin, en Madrid se sabrá pronto quién es Braschi. Esta noche en el Prado (¡figúrese V., en el Prado!) los chicuelos vocearán *¡El Español, con el artículo contra el Sr. Braschi!* No puede V. quejarse de mí.

Aquí de *Perfiles y garabatos:*

> «¿Y quién es Don Mario Braschi?
> pues Braschi es un... caballero
> que escribe bastante mal.»

Posdata.—Memorias á Marín.

HABANERAS.

(Á MI MORENA.)

No vaya á creer el lector que tengo el propósito de hacer la apología de las habaneras, es decir, de las danzas de la Habana. No hace falta... La habanera, ya lo he dicho, es la música de la melancolía... La habanera *íntima*, que se baila en la Zarzuela, es deliciosa. Después de un vals los danzantes quieren columpiarse, y es de ver entonces cómo sus *hambrientas* almas se asoman por los ojos pidiendo palcos, cenas, amores... ¡habaneras! La orquesta les complace, mientras el director, sacudiendo la batuta, les echa bendiciones nupciales y les desposa hasta el día siguiente...

Las habaneras bailadas *con decoro* son también excelentísimas. En materia de habaneras tengo tanta autoridad como cualquier autonomista. Las he bailado en todas partes, y con el deseo, en pleno *boulevard* de San Sebastián. La orquesta tocó una habanera con la especialidad de tocarla acompañada de *güiro*, y, no pude remediarlo, á haber querido él, la hubiese bailado con Castelar, que estaba *á mí vera*.

Esta música hiere las fibras más delicadas del entusiasmo patrio y extranjero, ejerciendo además en el ánimo cierta fascinación irresistible. Prueba de ello, lo que ocurre en Madrid cuando las murgas *bombardean* habaneras. Los vecinos salen á la calle y

empieza el bailoteo. Las vecinas se hacen tan melosas, que parecen hechas de *jalea* de *guayaba*.

A un mi amigo le sucedió lo que voy á contar ahora mismo, porque la narración no ha de coger más de una cuartilla. Pasaba á hora muy avanzada de la noche, por una de las calles de la Habana, cuando saliéndole al encuentro un ladrón le amenazó de muerte si no le entregaba la bolsa. Y, dicho y hecho, agarró por el cuello á mi amigo, que parecía por lo delgado una cabeza de fósforo de Cascante, y mientras más voces daba más apretaba el ladrón. La policía y los serenos brillaban por su ausencia. En tal estrecho mi amigo tuvo una idea feliz. Sacó un *güiro* que llevaba en el bolsillo, y empezó á tararear y á *rascar* una habanera. Los vecinos abrieron inmediatamente los balcones de sus casas, y salieron luego á la calle en calzoncillos; reunióse, como por encanto, todo el cuerpo de orden público, y el sereno del barrio que se ocupaba en tomar *la tarde*, es decir, una copita de Ginebra, en la redacción de *El Triunfo*, se acercó al paciente y le dijo:

—¿Quería algo el niñito?

El mismo ratero no pudo sustraerse á la fascinación de la habanera. En medio del arroyo la bailaba con una criada de color de canela, cuando un policía le dijo enérgicamente: «¡mire, paisano, retírese en nombre de la ley y no *relaje* más!»

Es tal el influjo de la habanera, que si en el momento de reventarla una murga me tropezase en la calle con el Sr. Cepeda, es muy posible que nos estrecháramos las manos.

Porque la bailaríamos. Si eso no se puede remediar, ¿verdad V.?

Repito que no tengo el propósito de tratar de danzas sino de una poesía habanera.

—Estamos perdidos, me decía un diputado ultramarino que tiene de *cordon bleu* á una cocinera con cara de *cock*. La política lo invade todo. Esta condenada negra se niega á *seguirme* guisando... Se ha declarado autonomista.

La política aplicada á la poesía es una panacea inapreciable contra el vómito.

Pero veamos la poesía. Prescindamos de la *forma*, porque basta con el *fondo*.

Canta el poeta político, económico y administrativo y colaborador de *La Revista de las Antillas:*

«Aunque tuyo es mi amor, como es mi alma,
yo no vengo á cantarte en son de amores,
vengo á gemir con tu doliente palma
y con mi llanto aljofarar tus flores;»

Un poeta encaramado en la copa de una palma doliente (?) gimiendo y llorando, tiene gracia.

«Pues no me es dado, como pude un día,
rendir á tu beldad mis alabanzas,
cuando yaces gimiendo en atonía
y lloras tus perdidas esperanzas.»

Ya pareció lo de Yara.

«Cuando las palmas que en tu suelo crecen
de savia amarga su raíz sustentan:
cuando las plantas que á su vez florecen
aun más la sombra que el matiz ostentan.»

De manera que ya no será posible tomar agua de coco ni sembrar café.

¡Y pensar que todo esto se hubiera evitado con el triunfo de la insurrección!

«Y cuando el cáncer tu cendal encubre
y entre el perfume de variadas flores
con que tu seno maternal se cubre
nauseabundos trascienden sus hedores.»

Vamos, que no es posible estar en Cuba sin taparse las narices.

«Por eso ahora de ternura *lloro*,
también por ello de tristeza *gimo*,
y hace á tus palmas mi *gemido* coro
y en tus flores mis *lágrimas* exprimo.»

He aquí un poeta que se pasa la vida gimiendo, llorando y exprimiendo lágrimas en las flores... ¡Bonita diversión! Las lágrimas no pueden exprimirse. Podría V. exprimir las glándulas lagrimales; pero el líquido, la lágrima, que no aljofara ni mucho menos, no puede exprimirse.

Yo creo que V. quiso decir que las recogía con *dita* ó con cuchara. Eso es otra cosa.

«Hija mimada de la ardiente zona,
virgen indiana de sin par belleza,
¿qué ha sido de la espléndida corona
con que ciñó tu sien Naturaleza?»

En la cabeza de D. Alfonso XII.

¿Se figuraba V. que la habíamos empeñado?

«¿Qué de las galas de tu fina veste?
¿Qué de las joyas de tu negro manto?...»

Delicada alusión á la esclavitud.

«¿Qué del caudal de tu riqueza agreste?
¿Qué de tanta beldad, tesoro tanto?»

¡Lo quemásteis en Cartagena, digo, en Yara.

«De tu belleza juvenil ornada,
por tu dulzura tropical movida,
en tu inocente candidez fiada
y á tu indolencia natural rendida...»

Nací en un bosque de cocoteros...

«Viniste á dar en codiciosos brazos,
cual presa entre famélicos leones...»

¡Vate famélico...

«Y quedaste cual virgen georgiana
á sensualista musulman vendida,
que su tesoro virginal profana
y su belleza en el haren descuida.»

¡Mire V. que llamarnos musulmanes sensualistas.

¿Pues dónde me deja V. eso de que Cuba no es ya virgen? ¿Y la *manigua*, señor mío?

«Y allí, entre nubes de oriental perfume;
allí, entre sedas y oropeles, llora,
y su vida en la crápula consume,
y su perdida libertad deplora.»

Su libertad primitiva. Recuerdo que Zapatero *veía* por una lente el *canto* del sinsonte y las serpientes *dentro* de los cálices de las flores.

Ya decía yo que eso no podía verse más que en los tiempos prehistóricos.

«No cultivas las artes que ennoblecen
á la Patria, y al arte, y al artista,
y con sus propias joyas enriquecen
de sus tesoros la preciosa *lista*.»

Esta poesía debió ser escrita sobre la mesa de un café. El poeta estaba entusiasmado con la *lista* de los platos.

«La vil guaracha, y el lascivo tango,
y el lenguaje brutal toman su parte;»

Protesto enérgicamente. Llamar vil á la guaracha es un atentado sin nombre.

Como las jotas españolas, como los *vaudevilles*—aires *canallescos*, que diría Zola,—la guaracha es el canto del pueblo, lo que tiene *en la masa de la sangre*. Y no hay quien tenga el mal gusto de preferir las jotas ó las canciones francesas á las guarachas.

El tango... por María Santísima no me hable usted mal del tango.

Buenas desazones paso yo cuando recuerdo, morena mía, que me cantabas

Y yo soy la negra sima-rón sí-i-tá
desde que nasí
(Titín, tintín!)

¡Rica en el mundo!...

«La industria que en sus *mil operaciones*
transforma las materias naturales
y enriquece los pueblos y naciones
abriendo á sus productos *cien* canales.»

Poesía económica.

«Al tabaco y azúcar reducida,
agobiada por ruda competencia
y á protección injusta sometida,
siente herida mortal en su existencia.»

Esta estrofa parece un curso de Economía, hecho por el Sr. Carreras y Gonzalez.

«Más no la mano del esclavo, indigna,
débil, temblosa, embrutecida, yerta;»

Protesto en nombre del esclavo. La mano del es-

clavo (¿á cuál mano se refiere V.?) no es indigna, ni embrutecida, ni está yerta porque trabaje.

No es débil tampoco.

Ni temblosa. Los negros temblosos, de viejos, están mandados recoger.

«sino la mano vigorosa y digna
del hombre libre, inteligente, experta.»

Experta ¿el qué? ¿la mano? Pues hace falta que V. la ponga más á la mano.

«Tu población es mezcla de tres razas
que se repelen por su propio origen...»

Tres razas... blanca, negra y china.

Esta es la que hace más estragos en el Parnaso.

«Que no se dan de asimilarse trazas,
ni al mismo fin su actividad dirigen.»

Más claro, que no son asimilistas y cada una va por su lado.

Estos autonomistas no perdonan medio de hacer propaganda.

«La esclavitud, maldita hasta en su nombre,
sólo esclavos engendra *(¿qué me cuenta V.?)*
y libre nunca
puede estimarse aquel que explota al hombre
y sus derechos naturales trunca.»
«¿Qué importa que en tu atmósfera el *fuete*
no vibre ya su horrísono chasquido,
si subsisten el *cepo* y el *grillete*
y el hombre al yugo del trabajo uncido?»

Esta estrofa parece un *fuetazo*.

Cree el poeta que la abolición radical de la esclavitud eximiría del trabajo al hombre, dejándole en

libertad de echarse *á la bartola* «á la orilla de un plátano.»

Desatino. ¿Quiere V. comer caña y beber *guarapo?* Pues lo comerá y beberá «con el sudor de su frente.»

«Llora tu cara libertad perdida,
de tu riqueza el manantial regado,
y tu indolente prole corrompida,
y tu derecho augusto conculcado...»

¿Conque la prole de Cuba es indolente y corrompida?

¡Pero señor, si yo digo eso, me fusilan en la *manigua!*

Ahora una imprecación:

«¡Hijas del sol y de la brisa hermanas,
velad vuestros hechizos en crespones
y en humilde actividad, tiernas cubanas,
á Dios alzad dolientes oraciones!»

En *humilde* (!¡) actividad... es decir, sin darse mucha prisa.

Las cubanas tienen derecho á creer en Dios, y pueden alzar á él dolientes oraciones siempre y cuando que sean tiernas. ¡Fuera las viejas duras!

«¡Soltad en cataratas vuestro lloro;
plegarias y gemidos dad al viento,
y haced unidos estridente coro
que llegue á conmover el firmamento.

Este encargo va dirigido á los Sres. Heredia, Saco, de la Luz y Varela.

Soltarán el lloro en *cataratas*... gemirán... harán plegarias y cantarán en estridente coro:

A la Habana me voy,
te lo vengo á decir...

LA ORGÍA.

(DEL NATURAL.)

El reloj de la puerta del Sol, cuya luz se había apagado, parecía una calavera que miraba friamente á los transeuntes, señalándoles las dos de la madrugada.

El sereno de la calle de Fuencarral franqueaba la entrada de una casa á un caballero embozado... Una mujer, en la esquina de la calle de San Onofre, tuteaba á todos los hombres que iban por allí. Pasaba alguno que otro estudiante, maltrecho y aburrido, que abandonara en la Zarzuela á la tuna de San Cárlos, y alguna que otra máscara grotesca y desarrapada. Dos luces lánguidas y polvorientas iluminaban el solar del núm. 30, enseñando el maderamen de la casa en construccion, y la enorme bota, muestra de la zapatería del núm. 39, que chorreaba agua.

El maderamen parecía á veces, por la proyeccion de las luces y de las sombras, un patíbulo enorme que se perdía en las nubes, y á veces reflejaba en la pared figuras grotescas, esqueletos inmensos, grandes escombros; mientras la bota se agrandaba y su chanclo se extendía por la pared vecina, amenazando pisar el tejado de la casa. En el rincon de una puerta, alumbrado por el reflejo mortecino de un farol, se destacaba la silueta horrible de unos espejuelos, una capa mugrienta, un báculo, un pingajo

con canas; y de allí surgía el trino quejumbroso de una flauta que pedía limosna. Hacía más de dos meses que no llovía, pero aquella noche caía agua de firme.

—¡Maldita lluvia!—decía una chica de diez y seis años de edad.—Estoy perdida de barro, y lo peor es que con este chubasco los hombres no salen á la calle... ¡Lluvia más perra!

Las parduzcas y raidas puertas del café X, de la misma calle, estaban entornadas. Por las rendijas, salpicadas de gruesas gotas de agua, asomaba un rayo de luz macilento y triste. De puertas adentro todo era bullicio y alegría. Allí se corría una broma, una huelga, para celebrar el Carnaval.

De la sala se habían quitado las sillas, que encaramadas unas sobre otras aparecían en los rincones. Los mecheros de gas estaban adornados con florecillas artificiales. Con las mesas pequeñas se había formado, uniéndolas, una grande colocada en lo más reservado del café, debajo de un tragaluz empolvado que tenía un cristal roto, por donde se colaba un aire desapacible y helado.

Lo demás del establecimiento no había salido de su estado normal. Sobre el mostrador, de madera chapeada de mármol, estaba la licorera con su docena completa de botellas de cristal blanco: una fiambrera que contenía algunos panecillos fríos y rígidos como cadáveres de harina y algunos pedazos de queso; un timbre, un calendario, una lista, manchada y rota, de los precios del *restaurant* de la plaza de toros, y muchos platitos con azúcar.

Las dos puertas contiguas al mostrador estaban es-

rradas, enseñando sus forros rojos. Por la de la derecha se iba á las habitaciones interiores, cuarto de plancha y cocina. Por la de la izquierda se bajaba á la bodega, donde los toneles de vientres hidrópicos y grises, destilaban por sus llaves aguardiente y vino. Para no perder una sola gota de alcohol, cada tonel tenía debajo un cubo de madera. El líquido que se derramaba al llenar las botellas, era recogido y se expendía al público. En el verano estos cubos servían de baño á los hijos del dueño del café, y éste y su mujer se lavaban los piés en ellos.

De una de las paredes colgaba un reloj de cuco, que sonaba pavorosamente. Un poco más allá, y suspendida de una de las puertas del mostrador, se veía una jaula con un mochuelo de ojos muy grandes, verdes y orlados de luto.

Un organillo alquilado para la fiesta, tocaba frenéticamente la polka ¡*st*! ¡*st*! ¡*st*! cuyas primeras notas fueron saludadas con muchos *óles* y grandes salvas de aplausos.

Alrededor de la mesa había una hilera de cabezas femeninas, rubias y morenas, de jóvenes alegres, entre las cuales descollaba la Clarita, envidia de la vecindad y del barrio todo, que con cierto dejo de ironía y de mala intención la llamaba «la mujer honrada» porque jamás se supo de ella que tuviera novio ni anduviese en belenes, y si estaba allí, culpa era de doña Enriqueta, que á título de tía suya, que sí lo era por línea materna, la había llevado á tal sitio, pero no sin hacer antes muchos distingos y dengues.

La Clarita, que por lo guapa era cosa de comér-

sela á besos, no era coqueta, pero sí limpia exteriormente. No, no era coqueta la Clarita. Sin embargo, en verano, su madre la había sorprendido muchas veces en camisa, mirándose voluptuosamente, con el pretexto de cogerse pulgas.

Algunas mujeres habían llevado á sus hijos pequeños que gritaban desaforadamente.—«¡A la cuna ese chico! ¡Esa señora del crío, á la cárcel!»—gritaba alguna voz cuando los chicos chillaban mucho.

Una chiquilla que vendía periódicos y billetes, y un perro hocicudo y baboso, cruzaban la sala voceando aquélla y ladrando éste.

Los comensales miraban con ojos de gula la lista de los platos. Había ternera en salsa de tomate, langostinos, jamón en dulce, alcachofas, tortillas, riñones salteados, vino tinto y manzanilla. El mozo Lorenzo se multiplicaba para servir á tanta gente. De la ternera y de los langostinos no quedaba *ni el olor*, como decía la Milagros; las copas no debían tener fondo, según el vino que se echaba en ellas. Todas las manos estaban debajo de la mesa. Las mujeres se alijeraban de ropa, y poniendo los ojos en blanco á cada requiebro de los hombres, les daban *finezas* con sus tenedores. Clarita, muy colorada, frotaba su cara sobre los hombros del joven que tenía á su lado. La Serafina, vieja octogenaria, miraba á las chicas, y el mochuelo fijaba en ella sus ojos verdes y penetrantes.

La borrachera era inminente. Del mostrador, sucio ya y salpicado de desperdicios, salía la cabeza de la dueña, escueta, morenucha y adornada de

enormes orejas, que parecía una rata saliendo de una alcantarilla. Su marido fumaba tranquilamente un puro, al cual se enroscaba un papelito con un letrero que decía: *non plus ultra*. En el suelo se veían charcas de vino y colillas de cigarros.

Un joven, con el chaleco desabrochado, echaba en una aljofaina copas de aguardiente, vino tinto, jerez, manzanilla, todo revuelto, y despues de agitarlo con una cuchara, bebía de aquel menjurge, que él llamaba *tinieblas*. Otro joven se había puesto en mangas de camisa y rebañaba un plato con los dedos.

Gritaban los chiquillos y sus madres les mudaban los pañales sucios, al mismo tiempo que comían; la vendedora de periódicos y billetes recogía las migajas que rodaban de la mesa, y el perro, despues de olfatear los bajos de las mujeres, rastreaba babeando su lengua por el montón de inmundicias del suelo.

Tardaban en servir las tortillas, y la Milagros, impaciente, dijo á su amiga Patrocinio:—Pero mujer, ¿has visto cuánto tardan en hacer las tortillas? Vamos á hacerlas... Y cogiéndola de un brazo la llevó á la cocina, donde al par de los guisos humeantes y bien olientes, veíanse algunos platos de alcachofas mascadas, rebañados otros, carapachos de langostas, desechos de riñones, cubos de agua mantecosa, pingajos, rodillas y escobas.

Se pedían nuevas raciones, y el vino desaparecía en aquellas copas sin fondo y se derramaba sobre la mesa.—La mayor parte de las mujeres estaban mojadas.

Los hombres eran más atrevidos, á medida que comían y bebían, y adorables las mujeres. A Clarita

no la hubiera conocido la madre que la parió. Estaba muy encarnada, con los ojos húmedos y entornados, y jadeante, sudorosa, con el traje y el pelo desarreglados, se reclinaba en los brazos de su compañero, ¡ella, la honrada, la honra del barrio! Su cabecita rubia se destacaba sobre el rojo del diván, una cabecita inquieta que gesticulaba y hacía monadas... A veces interrumpía su charla para lanzar un *¡st! ¡st!* acompañando al organillo, que arrancaba prolongadas risas.

—¡Manzanilla con ella! decía un libertino.

—¡Todo se ha perdido menos el vino! exclamaba otro.

La Paca miraba, miraba. Sus ojos fríos é investigadores reflejaban un aplauso mudo, pero entusiástico.

Todo se veía como velado en aquella atmósfera excitante y voluptuosa, producida por las exhalaciones del café y de las comidas, el humo de los puros y el olor sensual del amizcle mezclado con la traspiración de las mujeres, que habían bailado habaneras *íntimas* en la Zarzuela, y tenían las camisas húmedas de sudor. La mujer de Lorenzo se había puesto una chistera y daba la vuelta á la mesa hasta que desapareció de la sala, en compañía de un jorobado, mientras su marido, más borracho que una uva, juraba y perjuraba que no había en el mundo mujer más honrada que la suya.

Las demás dejaban hacer... y hacían que no veían, pegando en el suelo con los tacones de sus zapatos, acompañando aquel *¡st! ¡st!* chulesco de la polka, que zumbaba en sus oidos y las hacía guiñar los ojos.

Sonó un beso muy fuerte, muy apretado y quedó luego vibrando, como si se rasgara algo, y era que la virginidad de aquellos labios rojos de Clarita, se rasgaba al contacto de una boca apasionada y sedienta. Ella tomaba por lo serio el hacer á su marido (como le llamaba) el lazo de la corbata. No, aquel lazo no estaba bien hecho. Para arreglarlo se arrodilló sobre el diván, teniendo entre sus manos la cabeza del *marido*... Pero ya le había puesto á su gusto la corbata. Ahora hacía la actriz. Contaba que estuvo en el Retiro y que vió allí una quisicosa cuyo título no recordaba. ¡Diablo de título! Lo tenía en la punta de la lengua. Una actriz hermosísima se desnudaba delante de sus jueces.—*¡Frinea!* sí, eso es, *¡Frinea!* yo soy *Frinea*, yo soy la Cecilia Delgado ¡yo! ¡yo! Y empezaba á desnudarse delante de aquellos jueces borrachos. De pié, en el diván, se desabrochó rápidamente el corsé, y, libres de la compresión, saltaron sus pechos, blancos como la leche y temblosos como la gelatina.

—*¡Consumatum est!* gritó una voz estudiantil.

El gas, retorciéndose como una culebra, huyó de los mecheros dejando la sala á oscuras. Silencio prolongado... Sonaron de pronto respiraciones fatigosas, y lascivas, ruido de besos que crugían en el espacio como aristas rotas, risas nerviosas, un *¡suéltame, que grito!* el estrépito de copas que rodaban al suelo, suspiros comprimidos... y subía un olor fuerte, voluptuoso, embriagador... Nuevo silencio... El perro lamía las últimas sobras de la mesa. El cuco cantó las cuatro con voz burlona y cascada; y en aquella oscuridad destacábase un punto luminoso y

horrible: los ojos del mochuelo, fijos y fosforescentes, que parecían dos estrellas verdes que iluminarán de noche un cementerio.

GAUTIER.

Ahora que la «inmensa mayoría» de los empleados en el ramo de Correos sabe que no todo es Habana allende el mar, que la Habana no es precisamente la capital de América, viene bien decir algo de la poesía de Ultramar. *Al fin* (gracias á Dios y al Sr. Labra) se sabe algo de las Antillas; pero no precisamente en materia de arte. Sabemos, por ejemplo, que el cabotaje entre «aquellas apartadas regiones» y la Península sería la *gran cosa;* que en la Habana se hace muy bien el *boniato;* y á maravilla en los demás países del trópico el espumoso líquido denominado *mabí*. Nadie ignora la existencia del señor Maceo.—Todo esto indica que caminamos «á pasos agigantados hacia el progreso.»—Pero esto no basta, porque no sólo de cabotaje ni de *mabí* vive el hombre, y generalmente no se sabe de los poetas. ¡No se van á la manigua, y son ignorados de los Gobiernos!... Mueren esos genios y nadie los conoce. ¡Es escandaloso! En esto, preciso es confesarlo, Filipinas lleva ventaja á las Antillas.

Todo Madrid sabe de las *Sampaguitas* y del Sr. Paterno. Además, el desestanco del tabaco ha sido una medida muy acertada.

La poesía puertorriqueña, que va saliendo del limbo del arte, tiene dos representantes, Pesquera y Gautier. Hace poco vino á España con el carácter de enviado extraordinario del Parnaso antillano el excelente poeta Pesquera, y publicó un libro que fué muy bien acogido. Á todos nos admiraba que un *caribe* supiera hacer tan buenos versos. Después, el Sr. Pesquera se fué á ejercer de juez...

Hace poco también se supo aquí la muerte de Gautier, otro plenipotenciario del Parnaso.

No era viril ni levantada la musa de Gautier; pero la poesía se vislumbraba tierna, melíflua, melancólica en la mayor parte de sus producciones. No semejaban sus versos el impetuoso torrente que rueda de la montaña y avasalla cuanto se opone á su paso: semejaban el tímido arroyo que se desliza blandamente por la pradera y acaricia los pétalos de las flores...

No es ocasión de señalar los defectos de Gautier; alguien pudiera tildarme de profanador de sepulturas... ¡Paz á los muertos!..

Pero sí diré (porque esa gente es viva) que los que tuvieron la misión de componer un tomo con las producciones del poeta puertorriqueño no ven muy claro en materia de poesía. Es muy posible que sean sabios de *incógnito*... No seré yo quien lo niegue; pero no tiene perdón de Dios eso de haber puesto al lado de poesías excelentes, versos insípidos é incoloros, que su autor relegaría al olvido.

Es un *delito* poner en un mismo libro esta estrofa, que describe la primera comunión de una niña:

«Y ví, cual leve gota de rocío,
de una rosa en el cáliz perfumado,
la nieve pura de la blanca forma
en el coral partido de sus labios;»

y ésta, verdaderamente extraordinaria, que hace nadar á un piano, con vejigas acaso, desde mitad del Atlántico á la playa:

«Naufraga el buque á la desierta playa,
rueda un piano y en la arena *posa*,
y á los rayos del sol saltan sus tablas
embutidas en nácares y conchas.»

. . . . . .

«Ella tiene un hoyuelo en la mejilla
que amante le dejó
al besarla, prendado de sus gracias,
el travesuelo dios.»

Esta estrofa, que no es de las peores, me recuerda la siguiente de cierta poesía, en que yo pintaba á lo vivo los amores de Adán y Eva:

«Eva, pues, se quitó su manteleta
con ternísimo afán,
y se puso á mirarla alegremente
el *fusionista* Adán.»

¿Á quién se le ocurre publicar juntamente la bellísima poesía *Insomnio* de sabor *becqueriano*, y la desdichada *Fragilidad* y otras por el estilo?

¿Por qué los encargados de formar el libro no suprimieron los desatinos y plagios que lo esmaltan?

¿Quién no recuerda á Zorrilla cuando dice Gautier:

«¿Es en la concha la perla,
el avecilla en el nido,
es el coral escondido
entre las algas del mar?»

Dejando aparte las preguntas (porque parezco un Vivar), diré que el sentimiento predominante en Gautier es el sentimiento de la patria. Gautier está en carácter cuando canta á la patria el amor de sus amores.

Yo también estuve enamorado de la patria. ¡Quién no lo estuvo alguna vez! ¡Cuántas veces, cuando el otoño desaparece del Norte para afluir á Andalucía, al contemplar con lástima los árboles *gomosos* de Recoletos he recordado mi aldea y el frondoso árbol de la casa vecina que, faltándole espacio en su jardín, saltó la valla para enredar sus flores en mi balcón, al cual llegaba, como rumor perdido de celestiales notas, el eco lastimero de las danzas criollas, que se me antojaban ráfagas de la melancolía, lágrimas de la noche, aspiraciones sin nombre que buscan lo infinito, nacidas entre sollozos y risas para evaporarse en callados besos y tímidos abrazos!.. Siempre que he visto alguna piña en los escaparates de Prast, me he detenido á contemplarla tan melancólicamente y por tanto tiempo, que más de una vez he creído que me decían de puertas adentro del establecimiento: «Joven, pase V.» Porque la piña es, sin duda alguna, la reina de las frutas; una reina decapitada diariamente por sus admiradores. Sin embargo, me gusta más la pera. ¡No sé si la patria (adoptiva) me perdonará esta debilidad!

Las poesías *A Puerto-Rico* (*Ausencia*) y *A Puerto-Rico* (*Regreso*) son de mucho sentimiento.

De vuelta, y al divisar desde el buque la silueta de la patria, exclama el poeta:

«¡Patria! Jardín de la mar,
la perla de las Antillas,
¡tengo ganas de llorar!
¡Tengo ganas de besar
la arena de tus orillas!»

Para que el lector aprecie en todo su heroismo este bellísimo arranque de sentimiento, precisa saber que aquellas orillas están plagadas de erizos con cada púa de este tamaño (señalando el bastón).

En el canto á Puerto Rico es de mérito la introducción. Lo demás es banal y cursi, excepción hecha de las siguientes estrofas, que recuerdan el canto á la *Zona Tórrida*:

«Tienes... la caña en la feraz sabana,
lago de miel que con la brisa ondea,
mientras la espuma, en la gentil guajana,
como blanco plumón se balancea.»
Y la palma que mece en el ambiente
encerrada en el ánfora colgante,
la linfa pura de su aérea fuente;
y de tus montes en el ancha falda
donde el cedro y la péndola dominan,
luce el cafeto la gentil guirnalda
del combo ramo que á la tierra inclinan
las bayas de carmín y de esmeralda.»

La poesía *Enfermo* es joya literaria de gran valía.

«Ya hay manecillas y gritos
que asusten á las palomas;
quien rompa flores y pomas
corriendo por el jardín.»

No es posible expresar de manera más bella y sencilla que el amor ha dado esos frutos de bendición que vemos todas las tardes en las plazuelas en compañía de algunas niñeras y de sus sargentos respectivos. Casi dan ganas de casarse...

La corona mortuoria adjunta al libro, y urdida por vates de fama, según dice el Sr. Perea (que no es de los Pereas artistas distinguidos de Madrid, sino un Perea de allende, ¡quizá *vate de fama!*), es una corona de espinas. *Vate de fama* hay que llama á Gautier GENIO (en letras que se ven de cien leguas) y dice que vale tanto como el autor de *Childe Harold*. Estas hipérboles ridiculizan al poeta.

Gautier fué poeta, y nada más que poeta, y no tan *sublime* como afirman los *vates de fama*. Hacer de él un genio es convertirle en pigmeo y en ludibrio de la crítica que no está pasada por agua ni subvencionada por Bismarck.

Pero fué poeta (Gautier, no el canciller), no cabe duda. Su pluma tenía arrullos de tórtola y reflejos de arco iris.

Gautier ha hecho perfectamente en morir: era muy visionario, y muy *sensitivo*, para vivir en este planeta.

No sé si con este ejemplo se animará á morir mi amigo el Sr. Pesquera; pero yo le juro que si muriese antes que yo, ¡derramaría una lágrima sobre su tumba!

EL BANCO DE LOS DIFUNTOS.

I.

La puesta del sol de aquella tarde de otoño es la más hermosa que he contemplado. En el cielo azul que arrancara lágrimas al hipocondriaco autor de

las *Rimas*, había líneas blancas y rojas; figuras fantásticas cabalgaban sobre nubes de caprichosa forma, y á causa de la impetuosidad de su carrera, se desvanecían en girones, de tornasolados colores; tal parte del cielo semejaba un bosque incendiado; tal otra, un lago violáceo de riberas doradas; y allá á lo lejos, lindando con el horizonte, el velámen de una nave que se balanceaba sobre espumas azules.

En el campo, ráfagas de aire agitaban las cabelleras de los árboles, que abandonaban llorando su primoroso ropaje de verano, y mariposas irisadas posábanse sobre las flores, que hacían del terciopelo de sus hojas nidos de amor, y ruborosas arqueaban los pétalos para recoger besos del insecto y darlos en perfumes.

Cuando, saliendo al campo por la puerta de Toledo, ví la hermosura de aquella tarde, última de mis sueños... paré tal, que cualquiera hubiera creido que latía enérgica en mi espíritu la fibra del entusiasmo; y temeroso de que se borrara el paisaje sin que yo hubiese apurado sus misteriosos encantos, abandoné el paseo para sentarme en un banco, desde el cual veía y tornaba á ver, sin admirarme de mi admiración, las bellezas de la puesta del sol...

II.

La Rochefoucauld ha dicho que las acciones humanas son como los consonantes de la ritma, que cada cual acomoda como mejor le parece. Tal máxima, verdadera en el mundo real, tiene exacta aplicación en el mundo de las quimeras.

¡Soñar es vivir!... En este largo y pesado sueño de la vida hay variedad de paisajes, acuarelas alegres ó tristes, copias de la naturaleza.

Si en noche huracanada de invierno se contempla á solas el desdoblamiento del alma infortunada, lágrimas silenciosas saltan á los ojos; el hielo que cae en el exterior de la casa, blanqueando el campo, penetra en el corazón y le marchita; el viento que desgaja los árboles, se lleva consigo la ilusión postrera; las nubes pardas que cruzan volando el firmamento, parecen pedazos esparcidos de una mortaja: el horizonte no tiene límites y es siempre negro...

Mas si se evocan tristes recuerdos cuando la naturaleza está de gala, bajo un cielo que ríe, á la luz alegre de la aurora, ó á la luz melancólica de la tarde, presto pierden sus sombrías tintas y reflejan las de la naturaleza; las líneas de color de rosa que se dibujan en el cielo, cubren los rugosos surcos que el dolor abrió en el semblante: el rayo de luz que ilumina la campiña, vivifica el aterido entusiasmo y resucita las energías del espíritu: las fiestas del cielo se celebran también en el corazón del hombre é imagina que la vida es bella, pasajero el infortunio y espera el *mañana* que nunca ha de venir.

—¡No ha muerto mi esperanza!...—pensaba yo, mientras veía al sol que se ocultaba más y más en el espacio sin fin; y con rapidez vertiginosa, en deslumbrador desfile, entre rumor de besos, pasó ante mí la primavera toda de mi vida, con sus recuerdos alegres y lisonjeros, sus celajes de oro y grana, sus capullos de amor, rubios y morenos, sus botones de rosa, que son las ilusiones, iluminada por aquella

sin par puesta del sol, que parecía una luz de Bengala muriendo en un fanal de nácar.

III.

Un rumor sordo vino á despertarme de aquel sueño... ¡el último! En el mismo banco que yo ocupaba, dos hombres andrajosos habían colocado una caja larga, estrecha y enlutada, y oí una voz que decía: *¡Qué carga tan pesada!...*

Me fijé entonces en aquella caja entreabierta, por cuya espaciosa hendidura se descubría un cuerpo humano, amarillento y fétido, y pregunté á los acompañantes: ¿Qué sitio es este?

—Aquí, me respondió el uno riendo, hacemos parada con los muertos... Esta es la última estación antes de terminar el viaje...

—Este sitio, me dijo el otro, es *el banco de los difuntos...*

Y volvieron á cojer la caja. Y continuaron su camino.

DON CHOLO PICAPICA

DIPUTADO.

I.

No se sabe de cierto dónde nació, pero sí se sabe que era oriundo de la tierra americana, y que allá en la comarca se le tenía por persona visible y de

arraigo, de quien las chicas decían que estaba *irresistible* con su sombrero multicoloro, terciado provocativamente. Admirábalas que tuviese un talle tan garboso, siendo tan panzudo; pero Tula (una cuarterona que era querida secreta de D. Cholo) decía, poniendo los ojos ruborosos, que él se cinchaba la panza con una correa que de moza había servido á un jumento, y servía ahora á su amo. Añadían malas lenguas (nunca faltan) que D. Cholo parecía un sabañón, pero no negaban, ni áun los más envidiosos de su mérito, que estaba soberanamente hermoso cuando se vestía de caballero, como él decía, con su cruz de Doña Isabel (la Católica).

Apenas asomaba por las calles de la herética villa, apartábanse con recelo los transeuntes meticulosos, porque el continente de D. Cholo iba diciendo: «¡Que pego!» Sin embargo, jamás se supo de contienda alguna en que fuese parte este hombre extraordinario.

Si tenía que vengar un agravio, esperaba la celebración de algún acontecimiento trascendental, ó festejo público, que reuniera en apiñada muchedumbre á la curiosidad mujeril; íbase entonces, gesticulando y gritando, derecho al ofensor; pero amigos oficiosos se daban prisa en sujetarle por las nervudas manos á par que deslizábanle al oído tal cual frase de compasión para el contrario... D. Cholo, cuando de cien leguas no veía al enemigo, gritaba que se las pelaba, pegando con el baston en las piedras de la acera: «¡Si yo le pillara ahora!» Y añadía, exhibiendo los brazos al desnudo: «Tienten ustedes...¡Si le cojo!...»

La fortuna, esa *cocot* miope, le dió *un pasar* más que mediano, y él decía: «Fuera estudios y bachillerías, que á mí me sobra con mi posición.» *Mi posición*, esa era la palabra.

Pero D. Cholo no sonaba, y esto le ponía á morir. La culpa es del Gobierno, decía furioso; y revolvíase contra tamaña injusticia, que á la postre le hizo pensar... (con no poco asombro suyo y de los vecinos del barrio) y aquel pensamiento tentador hubo de ocurrírsele al caer de una tarde, cuando asomado á uno de los balcones de su casa, contemplaba tristemente cómo se reproducía en la vecina plazuela un rebaño de carneros, que parecían puestos allí para formar algún partido, del cual fuese jefe D. Cholo. «¡Todo crece y se multiplica en el planeta!» exclamaba él con profunda amargura.

Malos amigos suyos, por más atormentarle y burlarse de él, aconsejáronle que se presentara candidato para diputado á Cortes, que por ahí se empezaba, y que no fuese parte para asustarle su privilegiada ignorancia, que otros con ser menos que él (pura hipérbole) habían llegado á Ministros, y tres más.

Dióse á partido D. Cholo, y se fué haciendo á la idea de ser padre putativo de la patria.

Soñó con una diputación á Cortes, ó cartera de Ministro ¡Dios sabe! y en aquel mismo balcón desde el cual viera los carneros, que miraba ahora desdeñosamente, ideó un plan que por lo intencionado y de punta parecía hecho en colaboración de los dichos rumiantes. Él decía: «¡Yo soy muy bruto!» lo cual verdad era como una casa; pero ver-

dad no menos grande que tenía gramática parda, mucha gramática parda y muchos *infundios*, ¡vaya si los tenía! Redujo la ciencia á esta quisicosa: *Aquel debe ser diputado que tenga posición.* (Él estaba siempre en facha.)

Y he aquí que *El Agente* dió esta noticia:

«Decíase anoche en la botica de Guillermety, que nuestro ilustrado amigo D. Cholo Picapica tiene muchas simpatías en el distrito de Carites, por donde se presentará candidato á la diputación á Cortes.»

Al día siguiente, D. Cholo se vistió de caballero, con la consabida cruz, y recordó su posición. Los vecinos del barrio le llevaron una murga; dispararon cohetes los chicuelos; en algunos balcones se asomaron con cara de alegría bonitas percalinas, cuáles verdes como esperanzas, cuáles otras amarillas como calabazas, y áun se asomaban rostros hechiceros que sonreían picarescamente cuando, llenando la acera con la panza, pasaba D. Cholo, cruz al pecho, pensando en su posición y halagado por aquellos sueños de diputación y ministerio que concibiera desde aquella tarde bochornosa de verano en que vió á los carneros entregados á la trascendental y grata tarea de la reproducción de la especie.

—¡*Chivos* indecentes!—decía D. Cholo mirándolos cara á cara.

Tula sonreía...

II.

En la mañana del día en que D. Cholo regresaba á su patria, luego de haber hecho el diputado en

la Metrópoli, una oleada de gentes de todas clases y colores se agolpaba en el muelle.

En la botica de Guillermety se había discutido hasta muy entrada la noche la personalidad de don Cholo. Recordábansé sus heroicidades. No había pronunciado más que un discurso; pero ¡qué discurso! Él, D. Cholo, había hablado dos horas seguidas con motivo del cabotaje, allí, en el Congreso, en «el seno de la Representación nacional,» delante de siete diputados y de algunos amigos que ocupaban la tribuna pública. ¡Qué hombre este D. Cholo! Se había presentado en el Congreso con su sombrero multicoloro y dos parches de *papas* en las sienes, porque tenía mala la cabeza á causa de lo mucho que había trabajado engendrando aquel discurso luminoso.

La Cámara, es decir, la media docena de diputados le oyó religiosamente. ¡Y qué aplausos en la tribuna pública!

—Este D. Cholo es el mismo diablo—se decía en la botica, y recordábase que en cierta sesión en la cual Cánovas hablara de la libertad religiosa, Don Cholo le interrumpió, preguntándole:

—¿Y el cabotaje?

Se alababa aquel rasgo de carácter, aquella pulla tan oportuna.

Todos habían convenido en esperar con música á D. Cholo. El maestro Rufo, que estaba en Caguas, habia reventado tres caballos para llegar á la ciudad aquella misma noche y preparar los *tiples*. Algunos admiradores, temerosos de que la señal del vigía les sorprendiera, resolvieron acostarse vestidos.

. . . . . .

El Agente había hecho una frase para ponderar la recepción de D. Cholo.

«La tarde, dijo, era hermosa y gentil... Parecía que la naturaleza se preparaba á recibir al general Primo de Rivera.» (Esta frase fué muy comentada en la botica de Guillermety, y se envió telegráficamente á los pueblos de la isla.)

Y no pecaba de exagerado el ilustrado periódico cimarrón.

Era una tarde tan luminosa aquella de la llegada de D. Cholo, que las azoteas de las casas y las piedras de las calles despedían chispas de fuego. La bahía semejaba una bandeja de *majarete* con cenefa azul, según la expresión feliz de un poeta de la legua. Allá en el extremo de la ciudad aparecían los manglares velados por un vapor denso y mal oliente, que era el incienso que echaban á D. Cholo por haber pedido su desaparición.

¡Qué hermoso espectáculo! Barcas y botes empavesados lujosamente cruzaban la bahía y llegaban á la escalera del vapor-correo, de cuya cubierta se destacaba la panza de D. Cholo. Cada uno de sus admiradores deseaba ser el primero en estrechar su mano, en darle la bienvenida.

En el muelle, la multitud continuaba agolpándose. Veíanse hileras de trajes de dril blanco y de sombreros de *jipijapa;* y en medio de aquella blancura, tal cual mancha negra, alguna cara de negro ganoso de festejar al niño Cholo y de ofrecerle un racimo de *guineos*.

En las azoteas y balcones se estrechaban, como

enredaderas de nardos, cabezas de mujeres románticas, pálidas, con la palidez interesante de las hijas del trópico, que reían mucho y apuntaban sus gemelos al vapor-correo.

¡Y todo aquello por D. Cholo! Por D. Cholo, que penetraba ruboroso, convulso, por las puertas de la ciudad, luciendo un traje de cinco duros comprado en casa de Isern, y unas zapatillas (no le dejaron tiempo de ponerse las botas) en cuyas palas, Tula, la hermosa Tula, había bordado estas palabras.

DON CHOLO PICAPICA

¡DIPUTADO!

¡Qué hermoso estaba! Le llevaron en silla de mano hasta su casa, y al llegar, excitado, conmovido terriblemente, quiso evadirse por el zaguán, cuando saliéndole al paso una comisión de la Diputación Provincial, le entregó un quitasol de *pichipén* con puño de oro, en el cual había sido grabada esta inscripción:

Al gran Picapica, la patria reconocida.

Tula, ataviada con una bata de muselina blanca y con el moño más empolvado que nunca, quiso abrazarle detrás de la puerta del zaguán; pero ella, como mujer, no era fuerte contra las emociones, estaba inerte, y no pudo estirar los brazos en busca de su Cholo. ¡Oh, qué noche, qué noche la esperaba!... Porque había gran comida y baile, y *sangría*...

En la calle, la policía se esforzaba inútilmente

por contener el desbordamiento del pueblo, impresionado y rugiente.

—¡Que hable! ¡¡Que hable!!—voceaba la multitud.

Y el eco de aquella exclamación surgida de todos los labios, iba resonando de calle en calle y de plaza en plaza.

D. Cholo no podía evadir el compromiso. Salió á la azotea, y dijo con entonación temerosa:

—Señores...

—¡Bravo! ¡¡Bravo!!—gritó la turba.

D. Cholo se enjugó el sudor con un pañuelo de hierbas, y humedeciéndose la boca en un vaso lleno de *carato de guanábana*, empezó de nuevo.

—Señores...

Pero tenía un nudo en la garganta. Oleadas de ternura le subían del corazón y ahogaban su voz.

—Señores, dijo por última vez, dispensadme... ¡No estoy en voz! Y bajando de la azotea, entre aplausos atronadores, volvió á su cuarto, donde la Tula se entretenía en mirarse el moño, más empolvado que nunca...

La sentó blandamente sobre sus rodillas, y estrechando su cabeza con ambas manos, imprimió en sus labios arqueados y sensuales, un beso voluptuoso, ¡un beso reprimido durante medio mes de navegación!... Ella estaba tímida como la primera noche de novios, y la pechera de su bata blanca y rizada se estremecía pudorosamente...

—¡Oh deberes del hombre público! pensaría don Cholo. (Aun no había podido besar á Tula.)

Entretanto, el pueblo se retiraba orgulloso para

recorrer las calles acompañando á un tiburón que, pescado aquel mismo día, se le paseaba triunfalmente al son de las músicas de la ciudad, y los comensales de D. Cholo, anunciados «á la moda de Europa» por un lacayo, el negro *Chuchurumbé*, ocupaban los puestos de la mesa. Un rico olor á *lechón* asado se esparcía por las habitaciones. Arriba, en la azotea, una banda de música tocaba *la yola de Margari*, y abajo, en las calles, danzaban los transeuntes y se oían los rujidos del pueblo que vitoreaba al tiburón.

Cuando un vino del Rhin (que á los comensales se les antojó *Champagne*) salió riendo y espumajeando de una botella empolvada, D. Cholo, más sosegado, se levantó y dijo:

—Señores, la diputación ha trabajado mucho, pero sin conseguir el cabotaje. La Metrópoli es la tirana eterna. ¡Caiga sobre ella la responsabilidad del porvenir!

—*¡Siii! ¡¡Siiii!!*, contestó el auditorio; y *Chuchurumbé*, que reflejaba en el blanco de los ojos su admiración por D. Cholo, corrió á la cocina y le dijo en voz baja á la cocinera:

—*La sensia, la esperensia y la numansia jasen al hombre supio por la estudiansa.*

DISCURSOS PARLAMENTARIOS

DE D. NICOLÁS SALMERÓN.

No voy á tratar, á título de crítico, del primer tomo de los *Discursos parlamentarios* que el Sr. Salmerón ha tenido la bondad de enviarme, sino como humilde discípulo que empezaba á recoger los sabios aleccionamientos del maestro, cuando entró en Fomento un krumir y, como botín de guerra, se llevó la ciencia del claustro universitario.

No voy tampoco á hacer la apología de las doctrinas del Sr. Salmerón. Primero, porque el Sr. Salmerón no há menester apologías, sobre todo mías, y después, porque este periódico hace política antillana exclusivamente, y tales cuales ideas que en aso me parecieran muy aceptables por lo que toca á España, me parecen, y son en efecto, profundamente perturbadoras si se relacionan con las Antillas. *El Español*, que sabe posponer sus ideales todos al fin supremo de la integridad nacional, está y estará siempre al lado de los Gobiernos que hagan política conveniente á los intereses de España en América.

Si el ilustre filósofo vadeara ese Atlántico y viera de cerca lo que ve ahora de mil y tantas leguas, sería el primero de los españoles incondicionales. No hay duda.

Hecha esta salvedad, continúo; digo mal, conti-

núa el Sr. Salmerón. (Yo me descubro respetuosamente y me pongo de pié.)

«Yo tiemblo por mí mismo al pensarlo, porque temo si llegará á faltarme en la cátedra el amparo legal, no ya para combatir las creencias religiosas, que siempre he tratado, áun las más contrarias á mis ideas, con el más profundo respeto, sino para decir en nombre de la razón, cuya sola autoridad me es lícito invocar, que es falso que la moral proceda de tal ó cual religión positiva; que la sanción enseñada por la fé dogmática es contraria á la ley moral, porque sólo el bien es el último destino del hombre. No sé si prosiguiendo por este camino llegará á repetirse el inícuo despojo que, invocando los mismos principios, se consumó por el Gobierno de Isabel II en un ilustre profesor á quien nunca pagará el país el tributo suficiente de respeto y gratitud por su heróica y santa consagración á la enseñanza de la verdad.»

¡Quién había de pensar, cuando emitía el Sr. Salmerón, contestando al Sr. Cánovas, estos conceptos, reflejo fiel de tristísimo presentimiento, que al andar del tiempo consumaríase en él igual despojo y lo llevaría á cabo el mismo Sr. Cánovas del Castillo.

Entró Toreno, y cayó la noche sobre la ciencia española. Fué un vampiro que batió sus alas en el claustro universitario y chupó en las aulas la savia intelectual.

Abandoné, como tantos otros, la cátedra del ilustre filósofo, precisamente cuando buscábamos la solución posible á la antinomia entre el mundo inmediato de la conciencia y coesencial en lo incons-

ciente... Pero antes de dejarla, ¡ah! antes de dejarla esperé al Sr. Ortí y Lara en la esquina de la calle de las Beatas, y le dije: «Conste, señor presbítero, que V. sabe de metafísica mucho menos que yo.»

Sosegada mi conciencia en lo que tocaba al señor Ortí y Lara, fuíme camino de la estación del Norte, para emprender el viaje á otra Universidad, y al pasar por la plaza de Oriente, le dije unas cuantas atrocidades á un inspector de orden público.

Sí; porque de Toreno, y sólo de Toreno es la responsabilidad de que yo no sea filósofo. Por eso, en cuanto pueda, yo le diré al señor Conde: «¡Devuélveme mi filosofía, ó eres muerto!»

Pero ¿quién me mete á mí en cuestiones de metafísica, á mí, que en el breve tiempo (gracias á Toreno) que asistí á la cátedra de aquel hierofanta, no pude penetrar eso que los profanos llaman, sin saber lo que dicen, *jerga* krausista, y que Nocedal llama filosofismo? Y que hay metafísica en los discursos parlamentarios del Sr. Salmerón no me lo negará nadie. Cada uno de ellos es una obra filosófica y jurídica.

¿Quién me mete á mí, repito, en estas metafísicas?

Pero ¿quién mete también á *La Tribuna*? Valiente crítica la suya de los *Discursos parlamentarios*. Se reduce á decir que el Sr. Salmerón es un buen sujeto.

Señores, no confundir los destinos. ¿Por qué el señor Colorado, que es el único para mortificar al señor de Fatigati, no encargó la crítica al Sr. *Ache*, ó sea el Sr. D. Hermenegildo Giner de los Rios, que no tiene ocurrencias, ni hace chistes, ni mortifica á Fatigati, pero que entiende en cambio, de me-

tafísica, como lo prueba su libro *Filosofía y Arte.*

A medida que recorre las páginas del libro (del libro del Sr. Salmerón) el más entusiasta admirador de estos señores que se han echado á la briba en el campo de la política, varía de rumbo su admiración para fijarse toda entera en el filósofo español. Y es que en sus discursos se ve al político austero, creyente, convencido, enérgico é inflexible, que ha declarado implacable enemiga á todo lo que se desvía del ideal que tiene en la mente; y á la par se ve al pensador profundo que vuelve por la idea que venera su conciencia y acaricia su corazón. Así, y sólo así, se debe hablar á un pueblo; así, y sólo así, se le enseña y se le convence y se le esperanza en medio de las tribulaciones de su existencia política.

Cuando el libro termina, el lector, que imaginó hallarse en épocas más venturosas que ésta fusionista, siéntese acongojado, y cierra los ojos por no ver la inmunda bazofia de nuestras últimas Cortes, que no han discutido cuestiones trascendentales ni de importancia para la vida del pueblo español, perdiendo lastimosamente el tiempo en fútiles incidentes ó en nimias exhibiciones oratorias de algunos políticos que más se curan de la propia gloria que de la gloria de la patria.

Las oraciones parlamentarias del Sr. Salmerón tienen, como dice perfectamente el Sr. Azcárate, un triple valor; como obras de arte, como manifestaciones de doctrina y como datos interesantes de la historia política de un pueblo.

¡Y vayan Vds. á buscar eso en las oraciones parlamentarias de ahora!

II.

Para emitir mi juicio, si humilde siempre, humildísimo ahora que de Salmerón trato, sobre todos los discursos que contiene su libro, precisaría más espacio del que disponible hay en el periódico, y á esta circunstancia deberáse que, mal grado mío, no me detenga en aquellos en que el Sr. Salmerón abogó, con motivo de la discusión de actas, por el principio de la autarquía; ni en los que pronunciara en las sesiones del 19 de Julio y 6 de Setiembre de 1873; ni en el que, contestando al Sr. Orense, juzgó la cuestión de la amnistía de los cantonales; ni en el notabilísimo sobre el mensaje, más que en él demostrára que la Monarquía no se acuerda, no puede acordarse, con los principios democráticos, y examinára las relaciones del Estado con la Iglesia y discurriera sobre las cuestiones de Ultramar y sobre el estado de la Hacienda y clamára por la abolición de las quintas y por la libertad de la ciencia y de la enseñanza; brillantísima y profunda oración parlamentaria, entre cuyos párrafos merece ser recordado el siguiente, que ataca la irrisoria forma de gobierno ideada por el autor de las *Cartas pérsicas*, y gráficamente entendida por Raynal cuando le indignaba que grandes y numerosos pueblos fueran guiados *por una docena de niños llamados Reyes, armados de bastoncitos llamados cetros* (1).

«Vuestro Rey ocupa un papel tristísimo; no tiene

(1) *Historia política y filosófica de ambas Indias.*

personalidad, no es persona; hace y no hace, obra y no es responsable de lo que obra; es, en efecto, un cuerpo sin alma; el alma es el Ministerio que le aconseja, y el Ministerio, sin embargo, depende en su existencia de aquel cuerpo inanimado que, por lo mismo que no tiene alma, con frecuencia obra sin inteligencia.»

Raynal no iba más allá que Pío IX cuando éste le decía al Patriarca de Lisboa que *los Reyes de ahora son los primeros víctimas de los sistemas actuales de gobierno, porque reinan sin gobernar.*

He de hacer mérito del discurso sobre la *Asociación internacional de trabajadores*, del cual afirmó aquel gran pensador perdido para la Patria, aquel sacerdote verdaderamente cristiano perdido para la Iglesia, D. Fernando de Castro, que equivalía á una como revelación.

El Sr. Salmerón entiende que la interna virtud ética de los ideales antiguos no informa ya el espíritu de las sociedades. Podrá brillar aún, pero con el brillo mortecino de los fuegos fátuos ó de la luz que se extingue, cuya última llama en lucha con las tinieblas parece que ilumina con mayor intensidad que las demás, para apagarse luego por completo.

El problema social, cuya solución se les antoja facilísima á muchos oradores del Ateneo, le parece espinoso al Sr. Salmerón, y lo fía á la obra del tiempo y al trabajo de las instituciones, porque no vivimos aún en el derecho tal cual le concibe la conciencia racional.

No sigue el Sr. Salmerón la historia que hace de-

rivar la Internacional del pecado original, ni tampoco la que afirma que es una manifestación del socialismo, y con mejor acuerdo cree que es una de las consecuencias de la reforma iniciada en el siglo XVI, de aquel siglo *de la inteligencia en rebelión*, con motivo de la lucha entre el principio autoritario y el principio individualista, del cual fué paladín Lutero en materia religiosa, Montaigne en filosofía, y que en materia política tuvo entre los publicistas protestantes á Bodín, Languet, Hotman, La Boetie, bien que éste representara una aspiración más levantada, que Rousseau desarrollaría más tarde.

Nació la Internacional de esa reforma que había de modificar por completo la gerarquía social despertando en el cuarto estado, que uno y otro día, y siempre sin fruto, lucha por la existencia, ese anhelo infinito por la igualdad, contenido á veces en límites prudentes, desbordado otras por el avasallador influjo del pauperismo, pero siempre irrealizable, ya se muestre sosegado y pasivo, ya se produzca de una manera violenta y agresiva. En la lucha entre el principio de lo inmanente y el principio de lo trascendental, la Internacional se legitima, según el Sr. Salmerón, por aquel principio.

Había afirmado el Sr. Candau que la Internacional tenía en su organismo elementos hostiles á la propiedad, á la familia, al sentimiento religioso y á la patria, y el Sr. Salmerón, luego de dar al traste con los argumentos, si argumentos eran, del señor Candau, probaba que la Internacional no ataca en manera alguna la seguridad del Estado;—defensa brillantísima en todas sus partes, muy es-

pecialmente en aquella que prueba que la Internacional no aboga por el amor libre, sino que quiere la separación de los cónyuges cuando sus aspiraciones no vuelan juntas á un mismo cielo, cuando el fuego de la cólera ó el hielo de la indiferencia han marchitado las ilusiones del corazón, y no son dos entidades gemelas que se completan en la existencia, sino dos energúmenos, divorciados de todo sentimiento amoroso, que se maldicen mútuamente y viven una misma ergástula sujetos por una misma cadena, haciendo inasequible el fin del matrimonio, que es, según Proudhon, el santo fin de realizar la justicia en la tierra.

En el discurso pronunciado por el Sr. Salmerón en la sesión del 6 de Setiembre de 1873 hay afirmaciones que importa recordar. En aquella época era federal el ilustre publicista; tan federal, que decía: «Con la organización federal conseguiremos el imperio de la libertad y de la justicia.» Pero ¿qué federación era la suya? ¿Creía el Sr. Salmerón que debía ponerse en práctica el procedimiento organizador de abajo arriba, la federación inorgánica, egresiva, íntimamente ligada al atonismo individual y originaria del *Contrato social* de Rousseau, ó entendía la federación organizadora de arriba abajo?

El Sr. Salmerón era federal orgánico; quería la federal afirmando la unidad de la sociedad, de la nación y del Estado, y abominaba del pacto sinalagmático. Y eso no es verdadera federación, digan lo que quieran en contra los Sres. Salmerón y Azcárate, porque no hay federación sin pacto, y no podrá establecerse en tal nación si los Municipios

no se organizan por el pacto y, después de organizados, pactan erigirse en provincias y éstas á su vez pactan constituirse en nación.

Pero ¿es de rigor, de necesidad, este procedimiento en todos los casos y en todos los paises, así cuando se trate de aplicar la federación á pueblos dispersos que formen entidades aisladas para reunirlas en una superior, como cuando se trate de aplicarla á una nación cuya unidad esté anteriormente formada? ¿Será prudente y político deshacer la unidad para hacerla de nuevo? *Esa es la cuestión...*

Cierra el primer tomo de los discursos parlamentarios del Sr. Salmerón el último pronunciado en las Cortes republicanas, propio de un político verdaderamente gubernamental y honrado; discurso que fué á modo de testamento de su profunda y severa política en la memorable noche del 2 al 3 de Enero; noche aciaga que engendró dos mónstruos liberticidas; Pavía y Castelar: un sable para cortar la cabeza de la república y una lengua para maldecirla.

¡Lástima que el Sr. Salmerón se ocupe en la cuestión de las Antillas! Porque en eso está desgraciadísimo, y no debe exasperarle que los buenos españoles de allende le tilden de filibustero. Él no lo es, claro que no; pero lo es su doctrina. Los españoles de aquende, yo el primero, no claman contra el ilustre filósofo, aunque sostenga, como sostiene en su libro, que España debe regirse por tales y cuales principios, utópicos los más. Pero á ningún español le puede ser indiferente lo que dice de las Antillas el Sr. Salmerón.

¡Ah, Sr. Salmerón! Para las provincias peninsu-

lares es lícito pedir las más grandes utopias, porque no hay aquí quien no quiera ser español. Para las provincias ultramarinas no se puede pedir lo que V. pide, porque allí se quiere la desmembración de la patria.

Libro es éste para leído y meditado con detenimiento. ¡Cuántas enseñanzas encierran los discursos parlamentarios, especialmente aquel que marca la conducta que deben observar los partidos en la oposición y en el poder, del insigne repúblico, á quien algunos llamaban *soñador científico*, y calificaban otros de *mozo inexperto!*

Soñador é inexperto en puridad, porque como él mismo afirmaba, *no sabía sino llamar las cosas por su nombre*, no alardeaba de político maquiavélico, y con tal procedimiento honrado no se suena ni se triunfa en esta política de cabildeos y miserias, donde hace falta para merecer la investidura de grande hombre poner la conciencia en almoneda pública, convertir en objeto de granjería la dignidad personal, clamar á escándalo por el poder y ser miserable prostituta de los partidos y los Gobiernos todos.

Aún recordarán los más de mis lectores aquellos conceptos del Sr. Salmerón, dignos de ser esculpidos en oro, aquí donde se vive y se lucha por la ambición del poder, no por la prosperidad de la patria, que entrañan severo aleccionamiento para nuestros políticos:

«Yo no solamente soy un sol que se pone, como decía el Sr. Ocón, sino que ha pasado del Ocaso; que yo me declaro definitivamente muerto para la

política contemporánea mientras no se inspire en otros principios.»

No terminaré sin dar al Sr. Salmerón mi enhorabuena, la más humilde, pero á la par, la más sincera de todas cuantas haya recibido. Y mi enhorabuena también á los Sres. Gras y Compañía por la feliz idea de dar á la estampa los discursos parlamentarios del Sr. Salmerón.

EXPOSICIONES.

Si los «jóvenes de ambos sexos» que se dirigían al Buen Retiro en la tarde del domingo dispusieran de las excomuniones, de fijo que la lluvia hubiera sido excomulgada *latæ sententiæ*, como diría el reverendo Padre Fidel Fita.

El sol, haciendo de constitucional disidente, había engañado al partido de los caballeros sin paraguas y de las mujeres empolvadas...

La Correspondencia había anunciado que la Exposición de plantas, flores, hortalizas y frutas se celebraría en la tarde del lunes. A las seis se formó en el Prado un ejército de damas y caballeros. El sol les había iluminado durante el viaje de sus respectivas casas hasta la verja del Buen Retiro. Allí tropezaron con un cartel, en el cual se anunciaba al público que la inauguración se suspendía hasta e día siguiente, porque el piso, á juicio de la Sociedad de Horticultura, estaba en muy mal estado.

A través de la verja veíanse algunos empleados de aspecto feroz... El Buen Retiro parecía la casa de fieras de Mr. Bidel.

El público maldijo á *La Correspondencia* y alegó que si él llegaba hasta allí desafiando la humedad del suelo, la Sociedad de Horticultura no tenía derecho á cerrar la verja, con la sana intención de cuidar de los piés de los concurrentes, más y mejor que éstos.

Un caballero decía:

—¡Esto es un despotismo! ¡Yo me voy á las partidas de Cataluña! ¡Vivan las barretinas!

Dios sabe en qué conflicto se hubiese visto el Gobierno, á no ser porque el público sintió las primeras gotas de una lluvia *benéfica*... La presencia de Martinez Campos al frente de un regimiento de hulanos no hubiese hecho más efecto. Los caballeros, dueños y señores de paraguas, se burlaban de la *tempestad* (¡!); los que no llevaban paraguas sacudían el bastón como si quisieran abrirlo, y los que no tenían paraguas ni bastón entraban pacíficamente en los portales de las casas más próximas *al siniestro*, con el propósito de salvar el traje.

Las mujeres se remangaban las faldas hasta semejante sitio (señalando la *rótula*), como si quisieran hacer alardes de coquetería, enseñando las piernas en medio del naufragio... La tierra, regada profusamente, exhalaba un vaho penetrante, que se mezclaba con un *olor carnal*, voluptuoso, de almizcle y traspiración, de faldas húmedas...

La inauguración se llevó á cabo en la tarde del lunes.

La Sociedad de Horticultura tuvo la galantería de enviarme algunos billetes de libre circulación. Puedo, pues, circular libremente. La galantería de la Sociedad me obliga á ser parco en elogios, porque no quiero que dé en la flor de imaginar que mis aplausos son interesados:—no lo son, gracias á Dios.

Hablemos de las mujeres que concurrieron al acto inaugural.

Esto matará aquello: el perfume de la mujer ha matado al perfume de la flor... No hay manera de fijarse en las flores cuando mujeres rubias de atilado rostro ó morenas de color de ámbar, discurren por las alamedas del Buen Retiro. Entiendo que la Sociedad de Horticultura recabaría más aplausos si, en vez de exponer flores, expusiera mujeres.

Podría formar una instalación especial. Cada mujer bonita tendría su kiosko correspondiente, dentro del cual estaría en postura académica. En el frontispicio de los kioskos se pondrían letreros por el estilo de los siguientes:

«Esta señora es la interesante Condesa del Prado, de la propiedad del Sr. Conde de Recoletos. Admite varas.»

«Esta joven melancólica es una *cocotte* abandonada por su amante.»

«Esta lindísima rubia es una oficiala de Odone, el sombrero.»

«Esta belleza sin rival es una joven que vive en la calle de Columela.»

«Esta docena de señoritas son hijas del caballero reproductor y gallego D. Andrés Mireto.»

Sobre las puertas de los kioskos se grabaría el acostumbrado letrero:

Queda terminantemente prohibido el tocar á los objetos.

Cuando yo entré en los Jardines del Buen Retiro, me pareció que penetraba en una selva *virgen* de los Trópicos... Los ramajes se cruzan y confunden amorosamente... y tienen suspendidas en sus hojas gruesas gotas de agua.

La *mise en scene* no estaba terminada completamente. Algunos empleados se habían subido sobre los árboles para arreglar no sé qué cosas, y semejaban *titís* de uniforme. Una joven rubia, compatriota y ex-amiga mía, empezó á tararear, sin querer acaso, la letra de esta copla:

Nací en un bosque de cocoteros
una mañana del mes de Abril,
y me mecieron en una hamaca
hecha con plumas de colibrí.

A mí se me iban los piés de puras ganas de bailar habaneras...

La lluvia ha dado á la Exposición un carácter verdaderamente inglés. Algunos caballeros llevan zapatos de goma y pantalones de *caoutchouc*. Otros se abrigan con impermeables en forma de *carriks* ó con capas tan recias que parecen de hojalata. Después abren los paraguas y se ponen á contemplar *friamente* los pétalos de una flor, ó un haz de cebada...

Una de las mejores instalaciones es, sin duda, la de la señora viuda de Fernandez Iglesias. Esta señora obtuvo un premio de buen gusto por su «Quinta de la Esperanza...» La señora viuda de Fernandez Iglesias debe tener un gusto especial en mate-

ria de exposiciones... En la cascada artificial, matizada de musgos, hay detalles que prueban que su expositora *siente* el arte. La flor elegante y solitaria que eleva su tallo en medio de hilillos de agua que brotan de la cascada, ha sido colocada por una mano delicada. Hay en aquel detalle algo de tristeza y de sentimiento poético.

Las primorosas flores que expone el Sr. D. Pedro Pastor Landero constituyen una de las más lucidas instalaciones. En cambio del buen gusto de éstas, predomina en otras un gusto detestable. Algunas parecen puestos de verdura... El espectador más indiferente cree que está en la plazuela de San Ildefonso, y se le figura que han de entrar en el Buen Retiro algunas docenas de Maritornes, acompañadas de sus cestas y de sus sargentos respectivos.

La sociedad de Horticultura no ha podido, sin embargo, hacer más por el lucimiento de la Exposición. No es posible luchar con los elementos. La Sociedad merece las simpatías y el aplauso del público. La mayor parte de los empleados están reumáticos y constipados. Han luchado sin salvavidas contra un diluvio intempestivo.

La Exposición (y va de Exposiciones) del *parterre* es, sin duda, la más cursi de todas.

Los letreros que la Sociedad protectora de las chinches ha colocado en la *cúspide* de algunos postes enclavados de trecho en trecho en las alamedas, son de lo más ridículo y de lo más vejatorio para los *séres inferiores*, los cuales no tienen rey, aunque la Sociedad protectora se empeñe en que el hombre

es la Majestad de los bichos. ¡No se reirán poco las chinches cuando le piquen al presidente de la Sociedad!

Hay detalles tan cursis que prefiero no hablar de ellos.

El coro de los *mil y quinientos* (?) infantes fué atroz. Aquello, el coro, parecía una novena cantada. De los *mil y quinientos* (?) niños, mil lo menos venden billetes del Pardo. (No lo niegue la Sociedad: yo les he visto vender billetes.)

Queda terminado este incidente.

Pero no, no queda terminado. Tengo aún que decir que eso de que mil y quinientos niños canten en coro á las cinco de la tarde en un jardín, es un abuso inadmisible y un escándalo. Protesto y denuncio al coro. Denuncio al coro y denuncio á la Sociedad de animales y plantas, y denuncio á la Sociedad protectora del coro; denuncio, en fin, á los autores, cómplices y encubridores del crimen, para que la *vindicta pública* quede satisfecha.

Las *casetas* que contienen objetos, semejan *bojíos* de Cuba. Los escudos que tienen pintados de brocha gorda, los atributos de la música y otros atributos por el estilo, se parecen á los que ponen en los pueblos cuando se celebra el santo del alcalde. Pero ya he dicho que no quiero fijarme en detalles.

Pero sí quiero fijarme en el despacho de billetes. Cuando entré en el *parterre*, previa la exhibición de mi billete de convite (que le agradezco de todas veras á la Sociedad), allá, puertas afuera, se libraba una batalla formidable frente al despacho de billetes. El expendedor asomaba la nariz por una re-

ja. Un solo despacho y un solo expendedor, separado del público por una barra de hierro. ¡Es un escándalo!... Los caballeros salían de la refriega con las chisteras contusas. Las señoras tenían grandes contusiones en la moral... ¡Es un escándalo!

Algunos periódicos han elogiado á la Exposición porque eran innumerables las mujeres bonitas y elegantes que acudieron al acto inaugural.

Pero, señores periódicos, no vale confundir. Ya se sabe que las españolas son las más hermosas mujeres del mundo; pero, ¿qué tienen que ver las mujeres con la Exposición? Si mañana ú otro día viniesen á casa todas esas mujeres (¡ojalá!), no por eso merecería yo el calificativo de buen mozo, ni mi casa el de palacio encantado.

***

En la Exposición de ganados.

Un personaje de ahora, que puso traviesas en el ferro-carril de Orleans, discurre por el local de la Exposición.

Una señora califica de ordinario al personaje, admirándose de que, siendo tan adinerado, sea tan rústico.

—Ese señor, dijo alguien, continúa poniendo traviesas. Antes las ponía de blusa, y ahora las pone de levita...

***

En el Buen Retiro, la víspera de inaugurarse la Exposición de animales y plantas.

Personajes: una señora y una señorita.

La señora.—¿Está V. mañana de apertura?

La niña (*candorosamente*).—Sí, señora...

Yo.—Señorita, estoy á la disposición de V...

LOS MISTERIOS
DE LA CALLE DE PANADEROS.

(NOVELA DE COMPROMISO, POR DON ANTONIO DE SAN MARTÍN.)

El ilustre novelista, y gallego ilustre y consecuente, ha dado á la estampa la segunda edición de su comprometida novela. Esto quiere decir que ya es algo añeja la novela del Sr. San Martín. Pero la crítica no ha hablado de ella, al menos que yo sepa, y yo no me metería en estos *misterios* si el Sr. de San Martín, ó quien sea, no me hubiera remitido un ejemplar de la citada obra, poniéndome en el compromiso de decir algo.

Ante todo, suplico á las señoras que se retiren... Tres partes y una introducción, que vale por todas las partes, tiene esta última gallega novela. El Señor de San Martín empieza con un bando, ó cosa así en esta forma:

«Voy á tomarme la libertad, habitantes de Madrid, de dirigiros una pregunta.»

Confieso, señores, que ciertas libertades me parecen inaguantables, ni más ni menos que á Sagasta los derechos individuales; *verbi gratia.*

«Voy á tomarme la libertad de cogerle á V. un cigarrillo...»

«Me tomo la libertad de escribir á V. para pedirle veinte duros...»

La libertad de San Martín es todavía más fuerte: fíjense Vds. en la pregunta.

«¿Habéis oido hablar de la calle de Panaderos?» Reitero mi súplica á las señoras: hagan el favor de retirarse...

El Sr. San Martín ha ideado en la casa núm... (como él la señala) de la calle de Panaderos, tres incidentes, que lo mismo han podido pasar allí que en el Botánico, en el Retiro, ó en otra parte cualquiera. Pero precisaba un título que sonara mucho, y de ahí *Los Misterios de la calle de Panaderos.*

«Los Romanos, dice, habían perdido *el pudor de la vista.*»

Nos confunde con los romanos.

«Las casas de que hablamos *(conste que él solo es quien habla)*, son infinitamente peores que las casas de juego.»

Claro que sí; como que en las casas de que habla el Sr. de San Martin se juega más y hay mayor peligro de perder.

CUADRO PRIMERO.

Dos jóvenes, una de la aristocracia y otra de la clase de tropa, digo de servir, se enamoran de Andrés, secretario del padre de la primera. Esta que se llama Elvira, habla á Pilar, que así se llama la doncella, de la amorosa pasión que arde en su pecho.

El diálogo se establece á punto de media noche... Pilar está sentada en una silla; Elvira, con ojos de carnero á medio morir y faz demudada, está en el lecho, más enamorada que soñolienta, hablando apasionadamente de Andrés. La huérfana, Pilar, la contempla con dulce ternura...

Habla San Martín:

«Si el respeto no se lo hubiera impedido (*á Pilar*), en aquel momento se hubiera arrojado en sus brazos (*no en los del respeto, sino en los de Elvirita*), prodigándole los consuelos de que al parecer necesitaba tanto.»

Pero no se los prodiga y va á buscar á Andrés... porque ella, Pilar, está celosa. Aunque niña recatada, á pesar de ser de la clase de tropa, le da una cita: ella está muy enamorada de Andrés, lo mismo que Elvira. ¿Por qué están enamoradas estas dos señoras? Porque Andrés salvó una vieja de un incendio. Fué un incendio espantoso: la vieja estaba en el balcón dando gritos. No era posible sacarla, merced á que no podía perforarse la pared, porque...

«La pared era de piedra, y como ésta ofrece más resistencia que los ladrillos...»

Síntesis: la vieja fué salvada por Andrés, que no se paraba en piedras ni en ladrillos.

El secretario acude á la cita de Pilar. Esta no sabe qué decir. En eso llega Elvira, y luego el padre de ésta, y secretario y doncella son expulsados de la casa.

Salen...

Ya en la calle, rompe á hablar la tímida Elvira, y se entabla entre los amantes este diálogo:

—«Andrés, me ama V.?

—¡Con toda mi alma!—respondió éste dando una gran voz (*que despertaría á los vecinos, supongo yo*).—La amo á V. tanto, que daría por V. la vida.

—Júreme V. entonces por su amor, que me seguirá al lugar á donde yo vaya.

—¡Lo juro!—dijo Andrés con acento solemne.

—Entonces, empiezo á tranquilizarme. ¡Disponte (*ya le tutea*) á seguirme, amante mío, á la eternidad!»

Pero Andrés, que no era romántico, creyó conveniente, antes de acompañar á su novia en ese viaje, tomar un piscolabis y darse con Pilar una vuelta por la calle de Panaderos.

Entran Andrés, Secretario, y Pilar, doncella (*bajo la palabra del Sr. San Martín*), en la casa número...; vamos, en la consabida casa, y se posesionan «de un cuarto confortable.» ¡Qué bien lo describe el Sr. San Martín! Pero el Sr. San Martín habla por referencia: es una persona honesta.

Se sientan, y...

«Depositó (*Andrés*) sobre la mesa algunas viandas que había comprado al paso, en una casa de comidas: aquellas viandas eran un pollo asado, dos chuletas de ternera (*¡qué económico!*) y varias pastas. Todo esto estaba envuelto en papeles, lo mismo que una botella de vino añejo.»

Síntesis: iban de *juerga*.

Otro-sí: «Andrés quería rendírselo también (*suple culto*) á Baco y á Ceres.»

¡Ceres, la diosa de las chuletas y de los pollos asados!

Luego tuvo remordimientos (*Andrés, siempre An-*

drés)... de haberse comido algunas viandas, supongo yo, porque San Martín no lo dice. Tal vez se comería las dos chuletas, sin dejarle ninguna á Pilar, y de ahí los remordimientos.

Andrés quería volver á comer viandas, y también quería volver á las andadas...

Y Pilar (*doncella que fué*):

—«¡No puedes, no; le dice, no es posible que puedas imaginarte el daño que me haces!»

Resuelven suicidarse.—¿Como? No podían valerse de un brasero, «porque era preciso que estuviera mal encendido.» ¿Fósforos? tampoco, «porque este género de muerte les repugnaba por los espantosos dolores que produce.» ¿Viaducto? menos, «porque no era de su agrado.» Querían suicidarse á gusto.

Andrés se embozó en la capa y salió *á* por láudano. Llamó á las puertas de una botica de la calle de la Luna, cuyo dueño (*el de la farmacia*), no cita San Martín «por no creerlo conveniente» (*probablemente sería el Dr. Garrido*).

Provisto del menjurge volvió Andrés á la casa y Pilar y él se unieron «en un abrazo lúbrico é impuro» y...

«Nuestra conciencia, el respeto que debemos al público, y á nosotros mismos, nos impiden revelar lo que aconteció luego.»

Despues de tomar el veneno, vuelta á abrazarse, y...

«Luego empezaron á hablar en voz baja. ¿Pensarían en su alma?»

Con tal plausible motivo...

«¡Líbrele el cielo á uno de que la razón lo aban-

done hasta el punto de olvidar los respetables deberes que la sociedad impone!»

Traducción: *De tentatione Panaderos, libera nos dómine.*

Digresión del Sr. San Martín anatematizando á la portera. ¡Cómo pone á la vieja!

«Si estuviera cierto de que había de alcanzar para tí (*la tutea: ¡qué confianza!*) la inmortalidad, escribiría aquí tu nombre. Mas como no tengo ni puedo tener esa certidumbre (*hace V. bien*), me abstengo.»

Sí, absténgase V.

SENTENCIAS DE ESTE CAPÍTULO.

«Ya que hemos llamado (*conste que es V. solo en llamar*) víctima á la huérfana, bien podemos dar á Andrés el nombre de verdugo.»

OTRA.—«¡Bien dicen que los altos juicios de Dios son incomprensibles!»

OTRA.—«Láudano es nombre que se aplica á varios preparados de opio.»

¡Basta!

CUADRO SEGUNDO.

D. Juan de Navamorcuende es un Juan que de calavera degeneró en macho cabrío. Escéptico en materia de amores, se enamora de buenas á primeras de Rosita «que trasteaba (¡!), de talle cimbrador y aire de taco, novia de un estudiante, y mujer capaz de estampar en la cara los cinco dedos, que había picado ya el diente en la fruta del arbol prohibido y que á caballo estaba hermosísima.»

La madre de Rosita, doña Robustiana, «era más golosa que un mico.»

Resuelven en conferencia atrapar al Sr. de Navamorcuende, y éste, que tiraba las onzas de oro al higuí como un *habanero* en estado de *timo*, se deja atrapar.

Da dinero, cena con las señoras, y aprovechándose de un síncope fingido de Rosita (*aquella niña que á caballo estaba hermosísima*), hace una barbaridad.

Luego se casa por lo canónico con la niña *de aire de taco*, y ésta continúa casada por lo criminal con el estudiante.

Recibe Juan un anónimo avisándole que su mujer acudía á la casa núm...

Y allá va D. Juan. Atisba á su mujer, la cual...

«¡Acababa de entrar en una casa cuyos dinteles ninguna mujer honrada puede cruzar, sin que la deshonra manche luego su frente!»

Y D. Juan—¡qué demonio!—se mete también en la casa.

Engáñale la portera, y el Sr. de Navamorcuende toma á su mujer por otra, y le arranca el velo á la querida de un chulo y tiene que pagar á éste cien duros, nada más, en concepto de indemnización de velo.

Vuelve luego muy satisfecho á su casa, le pide perdón á su mujer, le compra una carretela, y Rosita continúa casada con el estudiante. Nombran á éste médico de los baños de no sé qué pueblo, y allá va Rosita, y también D. Juan en su calidad de editor, y todos viven casados en el falansterio del señor de Navamorcuende.

CUADRO TERCERO.

El Sr. San Martín tiene escrúpulos; pero prosigue. «La conciencia le ordena que termine su tarea digna y humanitaria.» Ha recibido, al igual de Navamorcuende, un anónimo, «arma cobarde y villana,» amenazándole de muerte si continúa la novela. Pero no hace caso.

«Positivamente que nuestros lectores habrán recibido más de una vez anónimos.»

No señor; yo, al menos, no he recibido ninguno.

EL LANCE.

Un carbonero se pasa la vida besando á su mujer, la cual le llama «zanguango» y «borricote» (*estilo de carbonera*), y al volver él de los montes de Toledo, ve que su Nicolasa recibe de noche á un señor médico. Un zapatero republicano, que ha visto al carbonero desde la barrera, le confirma su desgracia. El marido se enfurece y se niega á tomar aguardiente. Abandona á su mujer.

Una noche, «cuando más abismado estaba en su dolor, una mujer pasó por cerca de él.» La Nicolasa. Se abrazan, lloran, y el vecindario forma corro. Entonces se la lleva á la casa núm... y allí empieza á retorcerla el pescuezo y...

«Las intenciones de Domingo respecto de ella no podían ser peores.»

Claro que no, como que aprieta, apretando, la estranguló.

***

MORALEJA.—*Si se suprimiera la casa núm... de la calle de Panaderos, no habría adulterios ni seducciones.* Es lo que decía aquel diputado: levántese algo más la baranda del viaducto, y verán Vds. como nadie se suicida.

No es esta novela una inmoralidad á la rústica, como *Manon Lescaut* ó *Mademoiselle Demaupin.* «Desde que ejerzó la honrosa profesión de escritor, dice el Sr. San Martín, jamás he envilecido mi pluma empleándola en describir escenas de torpe voluptuosidad.»

Muy bien hecho. El Sr. San Martín es una persona honesta que ha hablado de *los misterios de la calle de Panaderos* para castigar el vicio... y ganar algunos duros. Él no quiere un *gran lucro*: así lo dice.

También ha escrito eso para dedicarlo á D. Leopoldo Maldonado.

¡Sr. Maldonado, Sr. Maldonado, proteste V.!

NOTA.—Sr. de San Martín: No me tome V. por defensor de la casa núm... No señor, soy tan honesto como V. Hablo porque V. prometió *misterios*, y hay que tener el valor de los *misterios* ó no meterse en Panaderos. *Lo cual* que los madrileños que al olor del título compraron la novelita, piden menos título y más misterios.

Beso su mano.

PEÑARANDINAS.

No sé lo que dirá de mí D. Carlos Peñaranda por no haberle cumplido todavía mi ofrecimiento de probarle que es mal poeta y mal prosista. Lo de mal crítico ya lo ha visto en *La Parte del León*. En probarle que es mal poeta he tardado algo; pero no por culpa mía.

En este Madrid no hay tiempo para nada. Las italianas de *Doña Juanita*, Masini, Paine, Bargossi... en fin, ya sabe el Sr. Peñaranda cómo se vive en Madrid.

Además, dar en esta corte con una poesía del señor Peñaranda es casi un imposible. En algunas librerías he pedido poesías del citado señor, y el librero se ha reído figurándose que eso «de Peñaranda» era broma mía (y dispense V. el sonsonete).

Después, este barrio no tiene condiciones para el trabajo. Parece tranquilo, pero no lo es, ni mucho menos. La clase de tropa se pasa todo el santo día tocando la marcha de *Bocaccio* en el cuartel de la Montaña.

Esta circunstancia y otras dificultan el recogimiento que hace falta para darle un *palo* á un tan gran poeta y literato como mi Sr. Peñaranda.

¿Qué es poesía, Sr. Peñaranda? No lo sabe V. Bueno, eso no tiene nada de particular.

El Sr. Peñaranda carece por completo de inspiración y de sentimiento; en una palabra, no es artista.

Su oficio se reduce á poner en renglones cortos lugares comunes y frases hechas que recoge en la espuerta de su musa. Es, pues, un trapero del arte. Cultiva ese género que yo he llamado *Lirismo de pitijaya*. Sus poesías son bailables si se recitan al son de una *maraca*.

Así poetiza la mitad de los habitantes del planeta. Así poetizo yo siempre que quiero. Recuerdo ahora que en este verano le hice unas *aleluyas*, ilustradas con viñetas de Pepe Cuchy, á una vecina nuestra que nos tenía *reventados* por tocar el cornetín.

¡Bonitas *aleluyas*! Una viñeta de Cuchy representaba á la vecina chiquirritina, tirándole bocados á un perro.

Hé aquí ahora mi *poesía:*

A los tres meses gateaba
y un perro la acariciaba.

Bonita, ¿verdad? Y sin embargo, sería una atrocidad decir que soy poeta.

No soy poeta, pero tampoco lo es el Sr. Peñaranda; aunque mentira parece que siendo casi vecino de Pesquera no se le haya pegado algo del *estro divino* (*vecino y divino:* ¡si hoy me salen poesías á montones!)

«Doraste acaso la espúrea cuna
que el adulterio falaz llenó.»

Esta estrofa es de una poesía titulada *Ante una moneda*.

Probablemente sería una peseta falsa.

«De la existencia en el revuelto abismo
tanta bajeza hallé, que odio la tierra
con un odio que raya en fanatismo.»

Bueno sería que la policía tomase algunas precauciones, sobre todo en la canícula, no le dé al poeta por asustar á las señoras en estado interesante.

«Tal la mediocridad se agita y sube:
aunque es su fama resplandor de un día,
y viento el ruido que tenaz incuba.»

Incubar vientos. V. no sabe qué es *incubar* ni sabe qué es ruido.

«Si así yace el talento, qué te extraña
mi *oscuridad* inmensa y duradera,
si el genio audaz ni corazon no baña.»

Duchas de genio ¡ahí es nada! Pero no bastan duchas ni baños de asiento: hace falta á veces un Atlántico de genio.

«No describo la vida cortesana:
al trazarte este cuadro verdadero
retratándote estoy la vida humana.»

Ahora resulta que es retratista. Acaso esté subvencionado por *El Pueblo* para hacerle la competencia al Sr. Camy.

«Víme tal vez un punto enaltecido:
y como el ave herida por la esfera
subí para caer en el olvido.»

¿Qué ave es esa? Y sobre todo, ¿qué esfera es esa y cómo una esfera hiere á esa ave?

« . . . y sembraste indiferente
en su ilusión graves daños,
y dudas *sobre* su frente.»

No es mal siembra esa de *graves* daños en la ilusión (hombre no sea V. disparatador), y dudas sobre (¿por qué no *en*?) la frente.

»Sentí la gloria y del profundo olvido
alcé mi nombre, sin calmar mi anhelo;
ardí en amores, y del bien perdido
huyó la nube, atravesando el cielo.»

Desgraciado en glorias y en amores. ¡Debe tener la gran suerte en la ruleta!

«¿No es verdad que al caer en el otoño
del árbol seco las marchitas hojas,
producen un murmullo parecido
á los ayes que *se escapan de mi boca?*

Ayes en competencia con el murmullo de las hojas del olmo y del alcornoque. ¡Odiosas comparaciones!

«Sus palabras, sus suspiros,
sus celestiales sonrisas,
su cabello con el aire
rizado en ondas lascivas.»

¿Ondas *lascivas?* ¡A ver, que me traigan esas ondas!

« . . . que áun allí podrá secarlos
el fuego que arde en mi frente.»
« . . . y se saltan mis sienes ardorosas,
mi frente es un volcán.»
« . . . siento en el alma silencioso hastío
y de nieve mi frente se corona.»

¡Pero este poeta tiene la frente perdida!

«Unir mi voz pudiera á tal flaqueza
¡oh triste suerte! aunque mi vida alfombres
con la luz que ilumina mi cabeza.»

Una alfombra de luz de la cabeza iluminando la vida, debe ir á mil pesos la vara cuando menos. Me enteraré en la estererría.

«Con la luz que ilumina mi cabeza.»

Modo delicado de decir que escribía debajo de una lámpara de petróleo. Ó que parecía un *cucubano*!

Y basta por hoy.

El poeta está convicto.

«Yo te sigo también *(á la gloria: ¡échele V. un galgo!)* vivir quisiera
muerto para la vida solamente...

(esto es de Salmerón ó yo estoy loco!)

¡Eres sueño perpétuo de mi mente!
¡Fuiste del alma la ilusión primera!
Te sigo en vano...»

En vano, sí señor, en vano. El poeta está también confeso.

Sentencia: ¡á la guillotina con él!

***

Yo pasaba por la calle del Arenal acompañado de un pariente. Un señor se aproximó á nosotros, y descubriéndose con humildad le saludó con cariño. Después, mirándome, hizo una inclinación de cabeza. Yo no contesté porque soy así, no atiendo á las cortesías de las gentes que no conozco, y no contesto á veces el saludo de mis amigos...

Yo no sabía de aquel caballero. Supe luego que era el Sr. Peñaranda, y lamenté la ocurrencia, porque me estuvo muy simpático. Hay algo de poeta en aquella cara. Su frente es semejante á la de Martinez Campos. Tiene también algo de Byron...

Recordando al poeta (es decir, á Pesquera), exclamé tristemente:

«¡Cuántas veces de cerca y sin tocarla
hemos pasado al lado de la dicha!»

Feliz ese señor, añadía yo. ¡Puede cantar como el *sinsonte* en la enramada, ó como el *pájaro bobo* en el tamarindo; puede tener amigos, puede estar en su patria, puede dejarse la barba!

Pero después ¡oh! después leí una poesía del señor Peñaranda.

¡Qué *timo* tan grande!

LA PARTE DEL LEÓN [1].

D. Alejandro Tapia y Rivera (de Puerto-Rico) nos ha remitido su drama *La parte del león*, en tres actos y en prosa. Es un cuaderno de 56 páginas, bien impreso.
(El Liberal.)

Cuando *El Liberal* escribió las citadas líneas, se equivocó lastimosamente. Creyó, sin duda, que todo es drama en el cuaderno del Sr. Tapia; es decir, que así es drama *La parte del León* como la dedicatoria que de su drama hace el autor al Excmo. Ayuntamiento, como la carta del Sr. Aragón contestándole en nombre del Excmo. Ayuntamiento, y la crítica (?) del Sr. Peñaranda sobre *motivos* de la obra. Sepa *El Liberal* que todo eso junto forma un total de 56 pá-

1 Tengo el honor de dedicar este trabajo al Excmo. Ayuntamiento de Puerto-Rico, al Sr. Aragón, al Sr. Peñaranda y á todas las corporaciones científicas y literarias de la isla.

ginas, bien impresas; pero el drama, el verdadero y legítimo drama de la Tia Javiera, digo, del Sr. Tapia, sólo tiene 39 páginas, gracias á Dios; porque ¿quién había de resistirlo si tuviera 56?

***

El Sr. Tapia ha tenido la bondad de remitirme su drama *La parte del León*, en tres actos y *en lengua de los viejos maronitas*. Los críticos españoles no han hablado de este engendro dramático, y yo lamentaré eternamente que el Sr. Tapia me ponga en el caso de emitir mi humilde juicio. Triste caso, porque tengo la satisfacción de dar á conocer en la Metrópoli, sin escasear elogios, á los literatos de allende que lo merecen, y no sé cómo voy á arreglármelas para no hablar mal del Sr. Tapia. Si le digo que su drama es bueno, en Dios y en mi conciencia que falto al octavo mandamiento; y si le digo que es detestable (que sí lo es, pero no se lo digo), falto á todos los deberes que me impone el patriotismo. ¡Dios mío, qué conflicto!

Pero veamos, lectores, el argumento del drama. D. Justo discurre con Fernando. El matrimonio no le parece á D. Justo institución perfecta, pero sí le parece indispensable. Fernando no se convence. Él cree que tiene derecho á engañar á su mujer; pero no cree que su mujer tiene derecho á engañarle... D. Justo le riñe... y le participa que sabe que está enredado con Hortensia. Con este motivo discuten filosóficamente hasta que Fernando cede, porque respeta á D. Justo «desde la cuna.»

Sale Carolina, mujer de Fernando, el cual Fernando es sobrino de D. Justo, el respetado *desde la cuna* (¡!). Arturo, el chiquitín de la casa, que es una monada, «ha sacado buenas notas,» y quiere ir al teatro porque el viejo Claudio le ha dicho que «dan una comedia que, cual otras muchas, hánme contado los demás chicos en el colegio.»

A propósito de *El médico de su honra,* D. Justo que es el único para marido consentido, echa pestes contra los esposos que matan á sus consortes culpables. No, no se debe matar á las prostitutas: ¡dejarlas que vivan!

Entra Hortensia, la cual supo por la modista de Carolina que ésta celebraba su cumpleaños. D. Justo dice alguna atrocidad. Hortensia le llama m... No así, á las claras, pero le dice que «parece que no es amigo de las mujeres,» lo cual viene á ser lo mismo. A Hortensia le hace falta arreglarse el traje. Carolina la recomienda á su doncella «para que le preste ayuda...» Mientras se verifica la operación, Carolina se entrega «á un melancólico recuerdo.» Lee una carta que concluye así: «¿no habrá una mano que detenga la del suicida?»

Un criado anuncia á un caballero que acaba de llegar de América. (El autor de la carta que concluye: «¿no habrá una mano que detenga la del suicida?») El caballero se mete de rondón en el cuarto de la dama, como si en día de lluvia entrara en el portal de la fotografía de Alviach. Saca la carta (no Alviach, sino el caballero que acaba de llegar de América) que ha detenido la mano del suicida. No se sabe quién es el suicida, si el brazo ó Enrique,

que es el caballero, ó algún otro caballero de América. Enrique llama de tú á Carolina; pero ésta le llama de usted, porque «las mujeres, dice ella, sobre todo las pobres, no tienen más carrera que el casamiento.»

Entra la Baronesa, Hortensia, después de recibir la ayuda de la doncella. Imagina que Enrique y Carolina se han turbado, y saca en consecuencia que allí «hay gato encerrado.»

Salen Hortensia y Fernando, y Enrique dice á Carolina que aquellos están «en amoroso trato,» y le ofrece pruebas. Entra Fernando, el cual sospecha ya de su mujer, porque Hortensia le ha dicho una palabrita al oído. Sale Enrique, y Fernando dice á Carolina que no le vuelva á recibir. Riñen un poco; pero la esposa invita á la amante al gran baile que dará aquella misma noche.

HORTEN. (*Al criado.*) Por mí no moleste V. á la señora; estará ocupada en dar sus disposiciones para el debido auge de la fiesta.

CRIADO. Bien está, señora Baronesa. (*Vase.*)

¿Cuándo ha visto el Sr. Tapia que en los grandes bailes de Baronesas y Condesas salgan los criados á recibir á las Baronesas, y les digan las Baronesas que no molesten á las Condesas, porque estarán ocupadas en el *debido auge* (¡!) de la fiesta? Eso puede pasar en algun *velorio* ó baile de doncellas de servir...

Carolina rompe al fin con los miramientos, y dice á Hortensia que sabe la engaña con su marido. Las dos se ponen como nuevas. Estando en eso, pasa un Vizconde...

HORTEN. Pero no: ¿por qué abandonar el campo? ¡No será sino cuando y como deba ser! ¡Hola, Vizconde!... A propósito de los lanceros que tocan, ¿quiere V. ser mi pareja?

Resulta, pues, que había lanceros tocando. Pero ¿qué lanceros? ¿Dónde ha visto V., D. Alejandro, que las Baronesas soliciten ser parejas de los Vizcondes cuando los lanceros tocan?

Enrique aparece con la prueba, una sortija con las armas de Fernando, las cuales hizo labrar Carolina con «el oro ganado por su trabajo.» Entrega la prenda y también la carta que le escribiera Carolina.

HORTEN. ¡Hélos ahí!

FERNAN. ¡Qué veo!

CAROL. ¡Mi esposo!

FERNAN. Esa carta, venga esa carta.

(Enrique la deposita en manos de D. Justo. Riñen todos.)

JUSTO. (*A Fernando y Carolina.*) Se os echa de menos en los salones.

CAROL. (*Desesperada.*) ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

ENRIQ. Dispuesto está mi brazo.

FERNAN. Entonces pronto nos veremos.

ENRIQ. Juro que (Carolina) es inocente y hasta heróica (¡!).

(Fernando se deja de cuentos y pide la carta.)

FERNAN. ¿No lo entrega V.?

JUSTO. ¡Ahora no!

CAROL. Entréguelo V., tío.

JUSTO. ¡Repito que no!

(Fernando quiere matar á Carolina con una daga;

luego se quiere suicidar. Carolina le dice: ¡Hiere!)

ARTURO. (*Dentro.*) ¡Madre! ¡Madre!

FERNAN. (*Dejando caer el puñal.*) ¡Qué oigo!)

CAROL. ¡Mi hijo!

ARTURO. ¡Qué horrible es la comedia *El médico de su honra!*

¡Y qué bonitamente se ha inspirado V., Sr. Tapia, para el final del segundo acto de su drama en el final del segundo acto de *Cómo empieza y cómo acaba!* ¡Tanto hablar mal de Echegaray para luego *inspirarse* en sus obras!

En el tercer acto, los padrinos discuten filosóficamente, en medio del arroyo, si el duelo es cosa buena ó mala, hasta que se dirigen á una quinta para terminar «el pacto de condiciones.» ¡Antes de retirarse «ven la silueta de una mujer,» la cual es Hortensia, que supo lo del duelo por el cochero, y acude al campo del honor con el propósito de saber el resultado del lance. Allí le cuenta al Vizconde que «como Macbeth, ha asesinado el sueño.»

D. Justo y Fernando, que acaban de llegar, discuten también filosóficamente si hay ó no motivo para duelo. Fernando no se da á partido, y D. Justo le deja como cosa perdida y se va á la quinta con el propósito de evitar el incidente. Entretanto Fernando lee de nuevo la carta, uno de cuyos párrafos dice así: «Renuncie V. á una mujer que si *lo hace* por la única y última vez...» Que si *lo hace*... ¡Qué delicadeza en el modo de señalar!

Empieza al fin *(¡al fin!)* el consabido duelo. Los combatientes cruzan sus aceros... Aparece Carolina y dice á su marido que, «como todo lo sabía, ha se-

guido sus pasos.» Se interpone entre los duelistas, y se cruzan entre los esposos y los padrinos las siguientes frases que trascribo literalmente:

FERNAN. ¿Qué es esto?

ENRIQ. ¡Cielos! ¡Ella!

CAROL. ¡Detenéos, en nombre de lo que más améis!

ENRIQ. ¡Señora, por Dios! (*Tratan de seguir lidiando.*)

FERNAN. ¡Esposa culpable, aparta!

CAROL. Ya que no por mí, por tu hijo.

FERNAN. Aparta, ó no respondo de mi furor.

JUSTO. ¡Dejadla, caballeros!

FERNAN. ¡Vive Dios! Me falta la paciencia.

CAROL. ¡Fernando!

FERNAN. ¡Por última vez te digo déjame!

ENRIQ. Señora, debo defenderme.

FERNAN. Que siga el duelo, y caiga el que caiga.

ENRIQ. Sí, que siga.

FERNAN. Señores, ¿qué hacéis? Lleváosla de aquí.

VIZCON. Señora, venga V., por Dios.»

(*Todo esto*, dice el Sr. Tapia, *con la posible brevedad para que la escena no decaiga.*)

Continúa el duelo, y muere Enrique. Carolina intenta matarse «con un florete;» pero D. Justo le recuerda que tiene un hijo, y desiste por amor «al hijo de sus entrañas.»

(*Telón rápido*, dice el Sr. Tapia.)

***

Y ahora pregunto yo: ¿Dónde está el drama?

¿Dónde está el *problema* que ha visto el Sr. Peñaranda?

Nunca mejor que ahora pudo decirse: «El drama de D. F. de T. *se resiste á un análisis serio.*» Aquí no hay drama; lo que hay *es un calco* malo de la primera parte de la trilogía de Echegaray. Más claro: el Sr. Tapia ha querido enmendar la plana á Echegaray, y ha hecho una parodia en tonto. Esta Carolina de *La parte del León* quiere parecerse á la Magdalena de *Cómo empieza y cómo acaba*: el bueno de D. Justo es *primo* de D. Andrés; con la reminiscencia del *Médico de su honra*, el Sr. Tapia ha pretendido conseguir el efecto que alcanza la reminiscencia de la *Divina Comedia* en el drama de Echegaray; Arturo quiere ser lo que María en *Cómo empieza y cómo acaba*. Pero ¡qué diferencia! En *La parte del León* no hay acciones, ni caracteres, ni efectos dramáticos, ni pensamientos, ni castellano.

Carolina, la esposa que viene de América huyendo de la tentación, para escribir luego á Enrique una carta que detiene el brazo del suicida, es una *absurdidad*; Fernando, marido *puntilloso* que á sabiendas de que su mujer es inocente, se bate con el propósito de volver por su honra inmaculada, es un pobre diablo; Enrique, el amante que hace la travesía y viene á Madrid para repetir á Carolina que su carta «ha detenido el brazo del suicida» y pedirle una palabra de afecto, es un Juan Lanas, romántico cursi, que se aparta de todo lo real (y el drama, señor Tapia, debe ser reflejo de la realidad); aquel don Justo que moraliza contínuamente, y en presencia de Arturo y de Carolina defiende á las esposas cul-

pables, es un viejo mentecato; aquella Hortensia, que invita á bailar á los Vizcondes «cuando los lanceros tocan,» y que dice al criado de la Condesa que «no la moleste, porque estará ocupada en el debido auge de la fiesta,» es una Baronesa zafia que ejercería de billetera... en la calle de Capellanes. Con los personajes del drama podría formase un ramillete de *lilas* y ofrecerlo al Sr. Tapia. El hecho de que Enrique entregue la carta á Carolina, precisamente cuando el marido los ve, es un recurso cursi y antidiluviano: el puntillo de honra que se crea Fernando, *porque sí*, con motivo de una carta misericordiosa que su mujer escribe para «detener el brazo del suicida,» es verdaderamente quijotesco; y por último, la asistencia de Hortensia y Carolina al sitio del duelo no está justificada, ni dejaría en todo caso de ser una impertinencia. Síntesis: el drama es una série de desatinos y tonterías. Es un disparate cómico, propio para representado el día de *Inocentes*...

¿Qué se ha propuesto probar el Sr. Tapia? ¿Que en el matrimonio el hombre se reserva siempre la mejor parte? Pues pruébelo V.

Esto que voy diciendo le parecerá cuento á *La Crónica*, periódico que dijo de D. Alejandro que «había *entroncado* con Schiller, Shakespeare, Milton y Voltaire,» y que al Sr. Labra le había hecho una ovación la Virginia Marini, por confundirle con el autor de *La parte del León*. Muchas y buenas ovaciones puede hacer á Labra la distinguida actriz con sólo tener en cuenta el mucho mérito del elocuente orador cubano, y sin que haga falta que le confunda con nadie, y mucho menos con el Sr. Tapia. Labra

no es dramaturgo; pero de fijo que si se pusiera á hacer dramas, los haría mucho mejores que mi señor D. Alejandro. ¡Ya lo creo! El mismo Regidor los haría mejores, ¡vaya si los haría! Por lo menos no diría: «Y luego, eso de tutearse *una* con quien apenas es conocido;» ni escribiría pensamientos tan originales y profundos como éste: «Humo que se lleva el viento, como las ilusiones de la vida.»

El Sr. Regidor no diría seguramente: «*Dicen* por ahí, *dices* tú, *vosotras*, que soy voluble;» ni tampoco diría: «¡Ay! A tener riquezas, ó medio de ganarlas como *vosotros* los hombres, habríame *usted* encontrado en la soledad;» ni mucho menos escribiría: «Como á los hombres nadie los rechaza por adúlteros, no habrá para tí *cerradas puertas*;» ni muchísimo menos diría: «Soltera y casada fuí, viuda me conoció usted;» lo cual parece el acompañamiento de un *seis chorreao*.

Pero lo que de manera alguna escribiría así le matasen, el Sr. Regidor, redactor en jefe de *La Tribuna*, es el siguiente adefesio: «Decíasme que al enseriarse las cosas (¿las cosas?) tenía una (*ú* dos) la ventaja de retroceder y dejarlos.»

No es posible denunciar al alcalde de barrio los demás disparates, porque no hay escena que no tenga cuatro ó seis. El lenguaje del *drama* es además ridículo y vulgarísimo. En la plaza de la Cebada se habla mejor castellano que ese.

Y no me salga el Sr. Tapia con que soy un Zoilo, como suele llamarme. Ahí está el argumento de su drama, expuesto menos ridículamente que lo está en el cuaderno, y ahí están sus disparates. Véase la clase.

Este buen señor creyó que con publicar juntamente con su drama la carta del Sr. Aragón (el cual Sr. Aragón le participa que el Ayuntamiento le concede una medalla y le costea la edición de *La parte del León* y que guarda además como oro en paño ó como precioso depósito el autógrafo del drama) y la crítica (?) del Sr. Peñaranda, al cual, según cuenta, «le han nacido los dientes en el teatro y las barbas sobre las cuartillas de papel» (escribiría en papel de barba), creyó, repito, este buen Sr. Tapia que estaba al cabo de la calle y que nadie se atrevería con su drama.

¿No comprende el Sr. Tapia que el Sr. Peñaranda *no es quién* para dar patentes de genio? Al Sr. Peñaranda, que es mal poeta (se lo probaré otro día) y mal prosista y mal crítico, pero que sabe perfectamente que el drama de V. es detestable aunque le diga otra cosa, le pongo ahora en evidencia porque sé que ahí le duele. Sí, señores; sepa España, sepan las islas adyacentes, sepan las naciones extranjeras, que este Sr. Peñaranda ha llamado al Sr. Tapia «hombre de genio,» y «autores adocenados» á Sellés y á Echegaray. Sepan también que este mismo señor Peñaranda ha dicho que *La parte del León es superior á Adriana Lecouvreur, y muy superior* (así) *al Drama nuevo;* con lo cual ha querido decir que el Sr. Tapia es el mejor dramaturgo de España, y quizá del mundo.

Vaya; ya está en ridículo el Sr. Peñaranda en toda Europa (literariamente por supuesto). ¡Sépase quién es Peñaranda!

En la primera página de este *Cuaderno*, esmera-

damente impreso (que diría *El Liberal*), se lee en letras monumentales:

EDICIÓN

COSTEADA POR EL MUNICIPIO.

Yo respeto mucho á los Municipios. Sin embargo, debo decir al de Puerto-Rico que con el dinero que invirtió en editar *eso*, pudo pagar el pasaje á uno de los jóvenes inteligentes de la isla, que por falta de dinero no vienen á la Metrópoli á cursar estudios universitarios; ó pudo también hacer alguno de los muchos puentes que faltan en el camino de Caguas á Guayama, donde hace años estuve á punto de perecer (y si hubiera perecido, ¡qué desgracia para mi familia!) al cruzar un puente, hecho de guajanas como el varillaje de las *chiringas*.

Dramas como *La parte del León* se hacen á montones en España y ningún Municipio los edita; bien al contrario, á los Municipios los tiene sin cuidado que dramas buenos se apolillen en el cajón de la mesa de sus autores ó en el rincón de algún teatro.

Si el Sr. Tapia fuese joven, yo le animaría... Pero me han asegurado varios paisanos suyos que tiene setenta primaveras; y ¡qué diablos! á los setenta años no se puede principiar... A los setenta años, Sr. Tapia, el hombre debe disponerse á morir cristianamente; debe arreglar sus asuntos, ponerse bien con Dios, rezar el rosario todas las noches, tomar manzanilla, mucha manzanilla, y vivir ocupado exclusivamente en salvar su alma.

CORINA.

I.

Cuando Gustavo vió, desde la cubierta del vapor *Louisiane*, la ciudad de Saint-Thomas, paró tal, que cualquiera le habría dado una carta de recomendación para el doctor Ezquerdo... Y cuenta que Gustavo creía que *nada debía causar al hombre tanta admiración como el admirarse*, y firme en su idea, nada hasta entonces le admiró en la tierra. Bien que en esta sazón, dicho sea en honor del pesimista Gustavo, había motivo sobrado para asombrarse.

Las viviendas de la isla danesa, enclavadas en la movediza arena, suspendidas en las cumbres de los montes, ó en las vertientes de los riscos, tienen los colores de carnavalesca estudiantina. La naturaleza es ardorosa cual ninguna otra; y la vegetación se exhala en extravagantes flores de hojas aterciopeladas y embriagadores aromas. Pueblan el cielo muchedumbres de pájaros que ostentan en sus plumajes los tornasolados cambiantes del arco iris, é insectillos de luz surgen de la espesura de los bosques para ascender por los aires como luminarias que brotaran de las profundidades de la tierra. Banderas y banderolas de vivos dibujos adornan de día las azoteas de las casas, y de noche arrulla el sueño de sus habitantes quejumbroso sonido de acordeones tañidos por los marineros de los buques anclados en el puerto.

En las orillas del mar, como cintillo de piedras preciosas rodeado al talle de vaporosa ninfa, conchas lucientes abren sus rojos labios para recibir en ellos húmedos y sensuales besos, y lindando con el horizonte aparecen enanas montañas ataviadas con mantillas de blancuzca niebla, que al viajero se le antojan cisnes que se balancean en la inmensidad del Océano. Dentro de la ciudad, abigarrada multitud de extranjeros invaden los jardines para gustar en ellos vino espumoso escanciado en copas de caprichosa forma, y vagar luego por elegantes alamedas que riegan hilillos de agua, perfuman acacias y cantan brisas y palomas.

Alzase aquí primoroso kiosko, urdido de bejucos, por los que trepa la enredadera y se deslizan lirios y jacintos; bulle allá el agua de límpido estanque movida por el aleteo de peces que robaron sus colores al coral y á la turquesa; fuentes abundosas, tocadas de los rayos del sol, arrojan por sus caños diluvios de luz, lágrimas de vistosos coloridos y murmullos de gozo que se confunden con extrañas é inacabables armonías de pintadas avecillas; y en medio de aquella naturaleza descocada, henchida de sensualismo, lujuriosa, excitante, lúbricas bacantes de color de ambar y de color de ébano, tendidas voluptuosamente bajo los árboles en mullido lecho caldeado por la canícula, de flores abatidas por el aire y marchitas por el fuego, arquean los labios y abandonan muellemente las desnudas formas...

Ese pueblo de filigranas que duerme con careta y botas de montar, para preservarse de un ejército de mosquitos que asalta las camas, y levanta en alto

á los durmientes, haciéndoles ronchas y picaduras, fué en remotos tiempos foco de piratería: en él hizo sus más sonadas hazañas el famoso Barbaroja, á quien tengo el gusto de presentar á mis lectores.

Era un Han de Islandia civilizado, pánico de las buenas gentes, bu de los chicuelos y Rey de hecho de la isla de Saint-Thomas.

II.

En una cabaña hecha con palmas de coco y cañas de bambú, vivía en Saint-Thomas una chica muy bonita, de nombre Corina, que, nacida del maridaje de francés é india, unía á las chispeantes gracias de la francesa, la hermosura un tanto agreste, pero espléndida, de la que despertó á la vida en medio de los bosques de América.

Su padre, incrédulo en materia religiosa, no estaba por bautizos oficiales; y así, no bien nació ella, la roció con vino del Rhin, y la puso por nombre Corina, nombre de gata y de perra, muy usual entre las mujeres de Saint-Thomas, pero que á él le sonaba á romántico y le sabía á poesía pura.

Cuando apenas el sol alegre y bravucón salía con su uniforme de luz y oro por las calles de Saint-Thomas á contemplar la gran parada de los astros, y los colibríes y turpiales, en sus alígeros vuelos, rozaban las flores para teñirlas con el color de sus alas, salía Corina á la campiña guiando sus cabritillos sin mancha, que triscaban en la menuda hierba.

Tenía como Marianella, por único espejo las aguas

de un arroyo, y al asomar á él su cabecita, maravilla de hechizos, que á ser vistos por los santos del Calendario, ninguno fuera para veneración nuestra, reflejaba el arroyo muchas caras de ángeles, y parecía formada su corriente por ramilletes de rosas y claveles.

Así, medio desnuda, inclinada hácia las aguas del arroyo, hubo de contemplarla Barbaroja, que robaba el oro á los hombres y el amor á las mujeres, y le entraron deseos de Corina, tales que olvidó el robo para dedicarse á hacer el oso:

No contaba el pirata con la repugnancia que su menguada persona le causaba á Corina, perdida además de amores por Gustavo, real mozo y poeta tan excelente que antes de llegar él á Saint-Thomas, llegó la fama de su inspirado estro...

¿Habéis visto, lectores, hermosísimo castillo artificial, todo colores, todo luz, del cual se desprenden mil luminarias, ora en forma de lúcidas bombas, ora de chispeantes estrellas; ya de rosetas violáceas, azules ó verdes, ya en fin, de arroyo ígneo que asciende por los aires, borda los celajes del firmamento, ilumina el cielo y cae, por último, como menuda lluvia de oro sobre el espectador de una de esas fiestas solemnes, en las que el hombre intenta trocar la noche en día, como si no fuera más bella la luz del crepúsculo de la tarde que la luz del crepúsculo de la mañana?... Pues así de bonitos, como el castillo, le parecían los versos de Gustavo á Corina, que no era bachillera, pero sentía el arte, y adoraba en ellos, haciéndoselos repetir muchas veces con gusto de él, que se daba por bien servido con que Corina

los oyese y le refrescara los labios con un beso, en vez de darle agua y azucarillos...

De poesía en poesía y de beso en beso, ello fué que una de las noches estivales del suelo americano pasaron, Corina y Gustavo, á mayores vías de hecho. Cayó ella, sin lucha ni resistencia: amaba sólo; no podía pensar ni calcular, y dejó sobre las flores de la campiña, gemelas de ella, la virginidad del cuerpo...

Bien sospechaba Barbaroja lo ocurrido, que á él nunca le pareció que iban con *buen fin* los versos de Gustavo, y la idea del *sucedido* le consumía el cerebro y le amargaba el alma, porque el pirata no creía, como cierto filósofo chino, que la mujer no era de jabón, para gastarse, entendiendo, bien al contrario, que era formada así como las espumillas de jabón que suelen hacer los chicos, las cuales al más ligero soplo del aire se desvanecen, ó del tejido de la sensitiva, que al menor roce languidece y muere, ó como las ilusiones, tan bonitas de lejos, que pierden sus mágicos cambiantes si se las ve de cerca.

Mucho lloró él, luego que se lo confirmó un revistero de *La Correspondencia* de Saint-Thomas (un Mencheta danés) el desliz de Corina, que bien la quisiera para sí pura como la fuente Cibeles; pero la amaba tanto que se avino á recoger lo que buenamente quedara de la hermosura; y para no dar lugar á más versos ni á más besos, la arrancó de la cabaña de palmas de coco para encerrarla entre los muros inaccesibles de su castillo.

Entristecióse el valle, balaron con angustia los cabritillos, los medrosos campesinos se alejaron de la

solitaria cabaña, y la abundosa y cristalina agua del arroyo, como Corina no se miraba en ella, tornóse escasa y turbia.

Vivía ella en un camarín dorado en el que rivalizaban las sedas y pedrerías, y vestía trajes del más delicado raso, guarnecido de oro, que dejaban entrever sus formas por la abertura hecha de intento en la extremidad de la falda.

En aquel volcán de sedas, se encendían los deseos pecaminosos del pirata, que en vano lloraba desdichas, imploraba piedad, conminaba castigos y fulminaba rayos de amor y odio por los enrojecidos ojos.

Una noche sombría y tempestuosa, en que el viento penetraba chirriando por los intersticios del castillo, y la tierra y el cielo se daban un abrazo de muerte, revolvíase Barbaroja en el lecho, hostigado por el demonio de los celos. Creía oir á lo lejos versos muy bonitos, chasquidos de besos más bonitos aún, suspiros voluptuosos... En el paroxismo del furor asaltó el camarín de Corina, arrastrándola consigo á una nave pronta á recorrer el mar, y como si quisiera desafiar la tempestad, abandonándose á merced del embravecido oleaje, tendió al viento todas las velas.

Algunos marineros, centinelas de los buques anclados en el puerto, vieron, á la luz de los relámpagos, primero la blanca estela de una nave que corría á toda vela sin rumbo fijo; luego, allá en la popa, dibujadas las sombras de un hombre y de una mujer, airado y fiero él, suplicante y llorosa ella, sombras que tocaban el cielo ó se hundían en el mar,

según el balance de la nave que corría, corría, cual si impulsada por el genio de la locura fuera en pos del infinito...

NECROLOGÍA.

Francisco de Paula Portuondo ha muerto... Era de las inteligencias más brillantes de la juventud cubana. En el intervalo de algunos meses dióse á conocer por sus merecimientos en círculos literarios y en *meetings* políticos. Tengo la honra de haber contribuido á su reputación. Los grandes necesitan á las veces el concurso de los pequeños para que se reconozca su mérito. Al ateneista distinguido le hacían falta los humildes trabajos del periodista, y en *El Mundo Moderno* y en *Gil Blas* fuí el primero en hablar de él con elogios que merecía ciertamente.

Su corazón era tan grande como su talento. Si le dirigía algún encomio, faltábale tiempo para demostrarme su agradecimiento. Si buría burlando le censuraba alguna vez, no se ofendía ni me guardaba rencor.

Muchos de sus enemigos, me decía, no saben que V. es así, y que no puede ser de otro modo... De lejos parece V. un energúmeno... Hay que tratarle de cerca...

Y reíamos ambos hace pocas noches, en los Jardines del Buen Retiro. Él estaba muy contento, porque había sido graduado de abogado después de brillantes exámenes.

Se despidió cariñosamente de mí... Voy á Panticosa y á París, me dijo; un viaje largo... No nos veremos hasta fines de verano.

¡No nos veremos más, pobre amigo mio! Ningún síntoma revelaba su prematura muerte. Y la tenía al lado, acechándole á traición.

Eramos adversarios políticos irreconciliables; y sin embargo, jamás me hirió á mansalva, como tantos otros que se titulan amigos míos... Discutía con apasionamiento, pero sin odios ni rencores; casi con cariño... y cuenta que era enemigo poderoso. Su oratoria tenía mucho de Castelar; pero no por espíritu de imitación servil, sino espontáneamente, porque él era un Castelar del porvenir. Su elocuencia era apasionada, arrebatadora, delirante. Cuando hablaba trasformábase por completo. Sus ojos, grandes, negros y brillantes, dominaban el auditorio, y á su rostro muy blanco, subían oleadas de sangre...

Aun siendo muy elocuente, no se prodigaba. En cierto *meeting* le propuse que hablase. Mire V., le decía, V. es mejor orador que la mayoría de los que han hecho uso y abuso de la palabra, créame V. Haga un discurso, no sea V. niño. Acaba de hablar el Sr. Zapatero. ¡Y no hablará V.!

Imposible. Pero después, en otro *meeting*, habló á maravilla.

Me impresionó mucho la primera vez que le oí, y dije en un círculo de amigos: «No se puede oir á este joven sin sentirse impulsado á aplaudirle, áun hablando en contra de lo que pensamos y creemos.»

En la conferencia de aquella noche defendió las idéas más avanzadas...—*¡Que nos va V. á llevar al*

Saladero! le gritaba yo desde *El Mundo Moderno*. Él reía... Quiso conocerme... ¡Había oído tanto malo de mí! Fuí su amigo desde el primer momento, y me honraba siéndolo. Porque yo esperaba que este joven fuese una gloria de la tribuna española. Había llegado á formar parte de mí mismo. Cuando hablaba brillantemente y recogía aplausos, me hacía la ilusión de que era yo quien hablaba. Si le encontraba en la calle ó en paseo, deteníame á oirle. Y cuenta que era mala compañía. Porque si nos reuníamos algunos amigos, la atención de todos se fijaba preferentemente en él. Y como era muy guapo, las mujeres le miraban más que á mí.

—¡Ya verá V., ya verá V. qué *palo* le voy á dar en el folletín! Era mi despedida de rigor.

Después de oirle sentía tristeza; pero noble, inspirada en su mérito: tristeza de no poder ser orador brillante como él lo era. Él lo conocía, y no abusaba de su superioridad.

Durante sus conferencias estaba yo muy satisfecho y muy nervioso... En cuanto terminaba sus discursos, corría á la redacción á tributarle mis humildes aplausos. Y le decía: ¡Hoy he pronunciado un gran discurso!

Era muy autonomista; pero como tenía talento y veía claro, era autonomista de buena fé, sinceramente. Le preocupaba mucho la autonomía. No recuerdo qué le dije una tarde en el paseo mientras pasó al lado mío. Pero él entendió mal y me contestó con mucha viveza:—Yo, siempre autonomista. —No le pregunto por la autonomía, le repuse: le pregunto qué le parece esa rubia que está ahí, mi-

rándonos; es decir, mirándome: á V. no le mira... ¡Cuanto reía él de estos *humorismos!*

Aparte de su mérito oratorio, tenía muchos más títulos á la estimación pública. Era bondadoso, tolerante, modesto, circunspecto... una de las almas más puras que he encontrado en este podrido mundo... Su figura era distinguida y extremadamente simpática. Merecía vivir. Pero la muerte, egoista y avara, escoge siempre sus víctimas entre lo más excelente.

Ante la tumba del malogrado joven cubano, *El Español* olvida al político para recordar al amigo, al caballero, que fué un cerebro y una conciencia; y al escribir estas líneas humedece la pluma en una lágrima que brota del corazón.

De su buena amistad sólo tengo un sentimiento: el sentimiento de habérseme adelantado en el viaje... ¡Se fué en tren rápido, y yo voy en *tren de recreo*, con billete de ida y sin vuelta!...

NOTAS DE VIAJE.

HENDAYA.—IRÚN.

No falta quien afirme que los españoles tenemos, entre otras pícaras manías, la de maldecir de todo lo que pertenece á nuestra patria y aplaudir á rabiar lo perteneciente á extranjeras tierras. Para mí, España es el país mejor arreglado y constituido de

todos cuantos forman el microscópico planeta que habitamos.

Y ésta mi creencia, firme y arraigada á la sazón de vivir en la coronada villa, se acentúa y robustece siempre que, salvando los Pirineos, me interno en la República vecina.

En Francia predomina la compostura en los menores detalles del público: todo está allí ordenado, ó como si dijéramos, tirado á cordel. Los hombres, y las mujeres, y los niños, y hasta los perros están pulcramente vestidos y tienen finos modales. Los gatos llevan la cola erguida y tienen cortado el pelo en forma de frac. En los edificios públicos y privados no se advierte la menor mancha; las aceras parecen bruñidas; en las carreteras, diríase que las piedras, el polvo y los abrojos están colocados simétricamente; las flores, las malezas y los barbechos de la campiña parecen repartidos por una mano previsora y cuidadosa. Medio pueblo francés se ocupa en limpiar el polvo que arroja el otro medio. Con frecuencia se ve á un hombre, tamaño como un castillo, entretenido en frotar con una badana el botón dorado de una puerta ó el asa de un vagón. Esa armonía de detalles es detestable: en España crece el musgo y la hierba en derredor del Monasterio del Escorial, y dentro del maravilloso monumento manos profanas han grabado letreros inmundos. Esto también es detestable. Todo es detestable en este planeta.

Al pasar el tren el Bidasoá, camino de Francia, el viajero se encuentra sorprendido por dos grandes elefantes con sus correspondientes charreteras.

Son dos gendarmes de uniforme. Tienen aspecto fiero, continente guerrero, pero no hacen daño: son inofensivos,

Hendaya, á pesar de ser limítrofe á España, es una estación ordenada. Un par de viejas (dos verrugas montadas al aire), con unas gorras muy blancas, venden cigarrillos, guías de ferro-carriles, obras literarias, muñecos... ¡venta de viejas! El despacho de billetes está á cargo de una muchacha muy robusta y muy atildada. Un lavabo bastante bueno, aunque muy inferior al de Burdeos, está á la disposición de los viajeros que, mediante una propina, quieran remojarse. El *buffet* de la estación está bien servido, y el local no carece de elegancia: un plato de sopa cuesta una peseta... casi gratis. En la aduana no hay registro: basta que el viajero afirme que no lleva contrabando, para que se le crea bajo su palabra honrada. Los pasaportes no se exhiben nunca, porque nadie los pide: todos los viajeros son hombres de bien...

El extranjero que juzgue á España por lo que le ocurra al llegar á Irún, nos equipara á los zulús. Aquello es un saladero en huelga.

Al descender del tren en Irún, van pasando los viajeros por una especie de trampa para cazar ratones, que viene á ser así como las horcas caudinas, aunque yo no las ví jamás. A seguida tiene lugar el registro, mejor, el saqueo de baules y maletas. Trajes, ropas interiores, limpias y usadas, camisas de hombre y de mujer, pañales de chiquillos, la papilla, la tapioca, medias y calcetines, y refajos, y... en fin, señores, todo sale allí á la vergüenza públi-

ca. Si el viajero lleva dos pares de botas, uno puesto y otro sin usar, pagará por éste, porque no se concibe que un hombre solo, teniendo dos piés, posea cuatro botas.

Todo paga *derechos*...

¡Ah, se me olvidaba! Los viajeros casados pueden pasar á sus mujeres respectivas sin pagar absolutamente nada...

Los carabineros introducen también sus hermosas manos en las carteras de las maletas, y pescan cartas y papeles. Yo tuve que presenciar ¡oh mengua! la salida solemne de mi novia.

El carabinero, en mis propias barbas, se la quedó mirando de hito en hito: acaso la creería novia de contrabando... Luego exclamó: «¡Olé, salero! ¡Vaya una hembra, camará!» Todo esto en mis propias barbas, como he tenido el honor de manifestar más arriba. Eso es altamente inmoral y abusivo: protesto. Yo vivo entre cristales, como Romero Robledo, y puedo arrojar mi maleta al hemiciclo para que la examinen; pero francamente, no me parece bien eso de que los carabineros se permitan libertades inaguantables con mi novia.

Terminado el saqueo, vuelta á pasar por otra trampa ú horca caudina. En la parte de fuera aguarda al transeunte un enjambre de guardias municipales. «¡Eh, caballero, los documentos! ¡Á ver esa cédula de vecindad! ¡Venga el pasaporte, V.!» Tales son los pedidos que hacen á los viajeros aquellos energúmenos, mientras les inspeccionan de piés á cabeza, mirándoles fieramente y de manera recelosa. El *buffet* de Irún es un figón á la alta escuela. Nos po-

sesionamos de él nueve viajeros. Era la hora del crepúsculo matutino, hora solemne de tomar café con media tostada, ó chocolate con buñuelos. En el salón no se encontraba una persona para un remedio; faltaban unos cuantos camellos para convertirle en verdadero desierto: entraron en primer término dos viajeros jorobados... ¡Ilusión completa!

Voces, gritos, repique de cucharas sobre vasos... Al fin apareció un mozo, frotándose los ojos con una cafetera que llevaba en la mano derecha. Nos escanció un rico café, que parecía menjurge de betún con pellada de yeso blanco para blanquearnos el estómago. Los panecillos estaban encanijados y yertos: eran cadáveres de harina. ¿Manteca? no la había. ¿Por qué no habia manteca? *Porque este no es país de mantecas.* (Así me lo dijo el mozo.)

En el estanco hay una vizcaína muy bonita. Es un lujo de mujer, porque el estanco está en quiebra.

—¿Puros de á real?

—No hay puros de á real.

—¿Puros de á veinte céntimos?

—No hay puros de á veinte céntimos.

—¿Cigarrillos emboquillados?

—No hay cigarrillos emboquillados.

—¿Cigarrillos de á treinta y cinco céntimos?

—No hay cigarrillos de á treinta y cinco céntimos.

—¿Periódicos?

—Dos números de *La Correspondencia.*

¿Qué vende, pues, aquella vizcaína?... ¿Para qué sirve aquel estanco?

Dos franceses, para quienes España era la patria del tabaco, se acercaron al estanco y á poco discu-

rrían por el andén lanzando bocanadas de un humo que de cien leguas olía á corredera, y gozando con el chisporroteo de sus puros que estallaban como cohetes. *¡Superbe! ¡Splendide!* decían muy serios, no sé si en broma ó de veras. Fumaban unos riquísimos habanos de á medio real. Como no habían tenido la precaución de blindarse la garganta, ni de echarse unos contrafuertes en las quijadas, tuvieron que tirar sus puros. Pero seguían diciendo muy serios: *¡Superbe! ¡Splendide!*

Lógico parece que todo ciudadano, después de un viaje de veinte horas de París á Irún, procure lavarse la cara.

Esto es correctamente usual, que diría Romero Robledo. Por eso yo incurrí en tentativa de lavarme la cara.

El mozo que se frotaba los ojos con la cafetera me guió por un pasillo, y de buenas á primeras me dejó en la cocina. «Este caballero viene á lavarse la cara,»—dijo á una Maritornes que estaba con las manos en la masa; es decir, en el fregadero.

Yo esperaba... al fin me preguntó la señora del fregadero: «¿No se lava V.?» (Y me indicaba el lavabo.)

Sobre tosca silla, sin respaldo y con los piés cojos, hallábase una enorme sopera sin asas, y dentro de ésta un poco de agua con grasa: en uno de los palos de la silla, una servilleta ribeteada de chocolate. Yo miraba y volvía á mirar á la fregatriz, asustado de que aquella mujer me tomara por puchero ó por perro de aguas.

Pero aquello era el lavabo: así me lo aseguró.

Como el caso es monstruoso, tal vez mis lectores

duden de la veracidad de este relato; pero si intentan lavarse la cara en Irún, de fijo que me graduarán de veraz historiador.

*
* *

Un tren de franceses es una jaula de cancanistas, un arca de carcajadas y de piernas que bailan. Sin embargo, los franceses son, por lo general, desabridos antes de comer. Después de llenarse el estómago, sufren una metamórfosis. Yo no he visto nada parecido á la manera de comer de los franceses. Les veréis, mientras están en ayunas, fríos y displicentes. Pero se sientan á la mesa de un *restaurant* y les bailan los ojos. ¡Qué animación, qué derroche de ingenio, qué alegría de vivir en presencia de una pierna de pollo!

El pueblo francés es, en materia de buena mesa, el más sibarita de todos los pueblos: otros se embriagan de vino, él se embriaga de comestibles. El decantado *sprit* de la parisién desaparece en un *restaurant*. No concibo una mujer antropófaga. A las españolas les causa rubor el comer delante de sus amantes: es mucho prosaismo para ellas; las francesas, bien al contrario, entienden que eso es muy espiritual...

La española ama; la francesa... *come*.

EN ANGULEMA.

La *Table d'hote* está invadida. Una multitud de viajeros ha tomado los cubiertos por asalto. Se ven

muchas francesas é inglesas que vuelven de Arcachón, ese invernáculo de tísicas. Se habla mucho, se ríe... De pronto todo queda en silencio. Una joven entra en el *buffet*, acompañada de un anciano distinguido. No es una mujer: es un ideal. Describirle sería profanarle. Cuando cruza con dirección á la mesa, todas las frentes se inclinan, todas las miradas se fijan con amor en aquella niña de color de ámbar. Es una extranjera, dicen los franceses.

Es una limeña: su amante murió á manos de los chilenos, y ella viaja por distraer su tristeza...

Una tarde volví á verla en el *boulevard*, hablando apasionadamente á un elegante joven. ¡Es tan fácil en París *distraerse!*...

Alguien me dijo que las mujeres del Perú son tan bonitas como la viajera que se distrajo.

Decididamente me voy á Lima.

ARTÍCULO FALDERO.

No puedo remediarlo. Cuando el verano se va me aflijo extraordinariamente.

Anoche me saltaban las lágrimas á los ojos recordando el mes de Julio. Iba yo en el tranvía, al lado de una rubia que vive en esta misma calle. Yo comparaba. Hace dos meses, esa niña parecía por lo vaporoso del traje una muñeca de encajes. Iba casi desnuda, y olía á magnolia... Aquel perfume me seguía

hasta casa, y se me aparecía en sueños una magnolia... rubia.

Anoche, al aéreo corpiño había sustituido un chal. La niña desaparecía bajo aquel envoltorio, y semejaba una gata envuelta en una piel de cocodrilo...

El olor á tomillo, el olor á mujer... todos los aromas voluptuosos han terminado satisfactoria y honrosamente para ambas partes.

El aire desapacible es el peor enemigo de los deberes conyugales.

Ocurrió hace poco. Un matrimonio se había divorciado ante el altar de la naturaleza. Pero el marido mudó de acuerdo... porque hacía frío y tal vez abusando de su autonomía, se dirigió á sus lares. La esposa dormía honestamente arrebujada en una manta de Palencia. El marido cantaba:

Ábreme la puerta, etc.

La esposa trató de incorporarse en el lecho. Después de todo, aquel hombre iba con buen fin... Cuando ella pretendió salir, el aire la hizo estornudar. Entre tanto el esposo se había subido á la ventana y mataba moscas á tiros de revólver. La policía le llevó á la prevención, donde durmió en hamaca.

*
* *

En París un notario acaba de fugarse en compañía de 20.000 francos, burlando á su mujer.

Este incidente escandaloso ha ocurrido durante la luna de miel. El notario baila *can can* en *Bullier* y

deja á su esposa en medio del arroyo, á la intemperie, sin miedo á que le entren moscas.

En Viena se ha celebrado un concurso de bellezas. De las femeninas obtuvo el premio Libussa Loin. Uno de los candidatos viriles alcanzó cuatro votos, adjudicados por cuatro mujeres. Cuando la fiesta terminó, cada uno de los vencedores se fué de *juerga* con su electora, y el de los cuatro votos no se atrevió con las mujeres respectivas, y no apretó nada por abarcar mucho.

Ese insigne lila es austriaco. Conste.

***

Los ingleses discuten si las señoritas deben pasear en compañía de criadas, ó si deben salir solas á la calle. Es el rompecabezas del *walkin alone*, que con ese nombre ha sido bautizada la cuestión.

Cuestión resuelta sencillamente en otros paises.

Las señoritas no podrán salir solas á la calle sino acompañadas de sus doncellas respectivas.

Pero... ¡siempre hay un *pero!* Las doncellas darán libertad á las señoritas que tengan novios, dejándolas á la vuelta de la esquina. Aquéllas continuarán paseando con sus sargentos, y éstas con sus novios.

He aquí el justo medio; una solución templada, *gubernamental*...

En ciertos barrios de París las mujeres se visten de caballeros en estado de merecer.

Y en Finlandia han declarado á la mujer soberana absoluta de la familia.

La condición de la mujer preocupa grandemente

á las naciones extranjeras. Hay muchas y respetables opiniones.

En esta cuestión de faldas, estoy por las faldas de mi morena.

CROMOS PARISIENSES.

El verano y el invierno, el *Norte* y el *Mediodía*, ¡cuán varios y delicados matices imprimen en París!

El aspecto de París, durante el invierno, es melancólico. Sus alrededores, los más hermosos del mundo, no pierden, sin embargo, sus encantos. Las muchedumbres de árboles semejan bosques de bayonetas enmohecidas. El cielo tiene el color grís, pero las nieblas no le dominan; cruzan en girones el canal de la Mancha como si las reclamaran de Londres. Es un cielo que recuerda estos versos de Becquer:

«Hoy como ayer, mañana como hoy
y siempre igual,
un cielo grís, un horizonte oscuro,
y andar, andar.»

Dentro del recinto de París, resuenan las pisadas de los barrenderos, calzados con grandes zuecos—esos paraguas de los piés—y el piafar incesante de las cabalgaduras. Los árboles de los *boulevards* parecen esqueletos que se animan en un cementerio de vivos.

Una helada después de haber nevado copiosamente, engalana á la ciudad y produce espejismos bellísimos.

Yo recuerdo un hermoso paisaje del campo de París. El silencio de la noche era interrumpido por un ruido como de voces de borrachos; era del río que crecía, é inundaba la llanura.

La nieve, suspendida de los ramajes de los árboles, habíase cristalizado diamantinamente á causa del frío: el bosque semejaba un espléndido palacio de cristal de roca. Montañas diminutas de nieve levantábanse á ambos lados de la vía, y la locomotora parecía rodar entre canales de espuma.

En el verano París se remoza. Sus alrededores son bosques de árboles inmensos, fantásticos, húmedos siempre, y rodeados de palacios, grutas y estanques. Su cielo no tiene la diafanidad ni el brillo del cielo madrileño; pero no por eso es menos bello. Nubes trasparentes recogen los rayos del sol, que colora el vapor desprendido del Sena y de las fábricas de la ciudad, y se esparce en polvillos de luz.

Entrar en París á primera hora de una mañana de verano, es como entrar en el *boudoir* de una mujer bonita que se ha desceñido su vestido de noche y se prepara á sumergirse en un baño de agua rosada. Figúresela V., lector, desnuda con un piececito dentro del agua, el cabello en desorden, los ojos medio adormidos y orlados por ojeras azules, lánguida pero con distinción, bien oliente y muy sonreida por el recuerdo de un sueño que tuvo... Pues esa es la imagen de París al despertar del día.

En esta estación del año no hay viajera ni viajero que descienda del tren sin llevar á París algún ramo precioso. La red de puentes del Sena está cruzada por multitud de carros llenos de flores: apri-

sionadas en macetas y *bouquets* ostentan sus colores y esparcen sus aromas; en los kioskos y en los portales de las casas, en las calles próximas á la *gare*, se ven alineados simétricamente grandes é innumerables ramos, y el río arrastra hojas desprendidas de flores marchitas, mientras se reflejan en su corriente las torres de la ciudad y el haz de agujas de *Notre Dame*.

¡Ah! Cuando recuerdo que la imaginación oriental de Ortega Munilla se exhaló en censuras contra París, y que el director de *Los lunes de El Imparcial* empleó su estilo mágico y pintoresco en abominar de las *Nanas* y del sol parisién que se le antojó *sol de Sedán*... paréceme que bebió la inspiración de aquellos artículos en el casco de algún hulano á las órdenes de Bismarck, ó en la gorra afelpada de algún provinciano que recordara con envidia el zagalejo de las lugareñas de su aldea.

*
* *

La muchedumbre de revisteros de pacotilla que hay en París es verdaderamente calamitosa. Los revisteros son la filoxera de las francesas.

Las damas de París trinan contra la tiranía á que se les somete. Los revisteros las asedian, las espían, saben de sus más íntimos secretos, y no las dejan libertad para nada... ¡Todo lo huelen y todo lo husmean!... Si una señora habla con su amante, el revistero estará detrás del grupo tomando notas, y al día siguiente dirá:

«La señora de T..., adorable, como siempre, con

Mr. H. Están citados para mañana en el bosque. El marido ignora. *¡Oh, les femmes! ¡Oh, les maris!*»

Si dos señoritas discurren familiarmente, el revistero se acercará con cautela, para tomar apuntes, y dirá en el periódico:

«Las señoritas *X* hablaban anoche de sus amores. Son dos criaturas adorables... Los ojos de la una tienen el color del Mediterráneo; una cabellera dorada y rizosa es el marco de la espiritual é inteligente cara de esta joven.

»La otra tiene ojos negros y penetrantes, los cuales se destacan de un fondo blanco, tan diáfano que se trasluce el curso de las venas, semejantes á hilillos de amapolas. Las formas de esta joven son hermosas, provocativas, insinuantes... Parece una sultana en vacaciones... Es, en fin, una mujer *splendide.*»

¡Valientes revisteros! Los *falderos* han sido elevados á la categoría de periodistas. Esas buenas gentes (los revisteros) creen á piés juntillas que con decir de las mujeres que tienen «cabelleras aterciopeladas,» «labios de coral» y «mejillas de rosa,» están al cabo de la calle.

—Oiga V., *Aramis*, me decían Clara y María Hahn, ¡por Dios! diga V. algo de *R.* que es la calamidad de los revisteros...

Yo pensaba acribillarle á sátiras. Pero... ¿qué mayor disgusto puedo darle que publicar lo que me dijeron las de Hahn?

¡Oh, Mr. R.!

RENACIMIENTO TAURINO.

Hace días agrupábase la gente en medio del paseo de Recoletos. Todos, hombres y mujeres, con la boca abierta exclamaban: ¡qué monín es! Yo creí que se trataba de algún mono de los que llevan al hombro ciertos organistas. Nada de eso: las exclamaciones eran producidas por la contemplación de un chiquitín, vestido de torero.

¡Qué majo va! añadían los transeuntes, y quedábansele mirando como quien mira un orangután.

¿Cómo ha de extinguirse la afición á los toros y á los toreros, si hay padre de familia que enloquece de júbilo cuando su chiquitín, dándole algunos pases con una tohalla, á guisa de muleta, le torea por lo fino, y ríe de la gracia la madre y aplauden los vecinos? Por eso la afición, lejos de disminuir aumenta considerablemente. Y, sin embargo, esa afición no esta hoy justificada. Aparte otras consideraciones, inexplicables para la gente *crua*, tal amor al arte taurino no tiene ya razón de ser, porque si el ganado es malo, peores aún son los toreros.

No acierto con el motivo que tienen ciertas gentes para entusiasmarse con un *diestro* siempre que le coge un toro. No bien cae un torero, salen los chicos por calles y plazuelas gritando: «*El Tio Jindama* con la corrida de toros, y la cogida que ha tenido Fulano en... (aquí el nombre del punto donde toreó el *diestro*.)»

¿Qué prueban esos descalabros de un torero? Que no sabe su oficio. ¿Entusiasmaría un gimnasta que en todas las funciones que tomara parte se rompiera un brazo, una pierna ó se magullara el pecho? ¿Merecería el calificativo de buen ginete un hombre que siempre que montara á caballo se rompiera una costilla? Claro que no. Pues por esa misma razón no es buen torero el que se deja coger.

El arte taurino, por más que intente renacer, ha perdido mucho. He leido con asombro en estos días que para dar muerte á un toro, no pudiendo matarle los carabineros, á pesar de haberle hecho varias descargas (¡valiente puntería será la de esos carabineros!), salió el *Gordito* á la plaza, revólver en mano, y de un tiro le dejó seco al bicho. ¡Vaya, vaya! Así también mato yo toros: como la autoridad me permitiera disparar una escopeta sobre unas vacas que están en una plaza frente á mi casa, las cuales vacas tocan campanillas y dan bufidos tan espantosos que no hay vecino que pueda dormir en paz, digan Vds. que concluía yo con todas las vacas del mundo en menos tiempo que hace falta al cardenal Moreno para arengar á las *honradas masas*. ¡Pues así que se necesita mucho arte para matar un toro con escopeta, siendo un bicho tan robusto y estando enjaulado en una plaza!

Los periódicos nos dan noticias de los lances ocurridos en las últimas corridas. Un toro mató á Nicolás Fuertes y dejó moribundo á Pedro Ortega: otro volteó á dos niñas, una de seis años, medio reventó al padre de las criaturas é hizo unas cuantas barbaridades más con otras personas: otro toro se metió

en la casa-ayuntamiento, echó de allí al alcalde, que tuvo que arrojarse, con sus compañeros, por el balcón, asomóse por éste, y haciendo de alcalde, pronunció un discurso sobre las elecciones para recomendar el candidato del gobierno. En Valladolid le dió á un chico precoz por hacer de toro, y un compañero suyo le clavó una banderilla en la cara, hiriéndole gravemente. El gobernador de Badajoz lanza á los vientos de la publicidad un *Boletín extraordinario* para calmar la excitación producida por no poder ir Frascuelo á torear, da parte á las autoridades, al cónsul en Portugal, y si le apuran se lo comunica á Leon XIII y á Garibaldi. ¿Qué es esto, caballeros?

Pues nada digo del espectáculo que se ha dado en la plaza de toros de Málaga. Se anuncia una corrida de novillos y una función de acróbatas; y resulta que los toreros y los acróbatas no saben su oficio. Con tan plausible motivo hubo gritos, protestas, silbidos, naranjazos, pedradas y otros excesos, hasta que la autoridad metió en la cárcel á los gimnastas y á los toreros.

Este lance me trae al recuerdo un hecho, ocurrido también en Málaga, hace ya muchos años.

Pues señor, que dos franceses muy pillines concibieron la peregrina idea de torear. Llamaban al uno *musiú Cornié*, y al otro *musiú Parlebú*.

Recogieron antes de la corrida buena porción de dineros, y se armaron de los chismes de matar. Acudió á la plaza todo el pueblo malagueño, ganoso de ver á dos franceses toreando.

Tocóle hacer de primer espada á *musiú Parlebú*.

Sale el toro disparado, y *Parlebú*, con su correspondiente muleta, se va derecho á él, y hablándole como si fuera persona, le dice: «¡torrí! ¡¡torrí!!» El animal, que no entendía de saludos, le sacó las tripas de un solo golpe á *musiú Parlebú*.

El pueblo aplaudía á rabiar, y decia: «¡Que salga *musiú Cornié!* ¡¡Que salga *musiú Cornié!!*»

Sale *musiú Cornié* con la caja de dinero, muy incomodado, como dicen que está ahora Martinez Campos; encárase con el populacho y le habla en su jerga de esta endemoniada suerte:

«Musiú Cornié vé musiú Parlebú morr é ostedes querrer que musiú Cornié se presan dan lespectaculo... serría un barbarité!»

Echóse á correr *musiú Cornié* camino del Pirineo, y el pueblo malagueño le mató á naranjazos y á pedradas.

Nuestras costumbres, en consecuencia, no han progresado. ¿Qué aficionado á los toros no se encuentra con ánimos para matar de un naranjazo á *musiú Cornié* si resucitara?

Se vislumbra un renacimiento taurino, pero será infructuoso. Los aficionados á las corridas de toros tendrán que aficionarse á otra cosa, como no quieran ir á la plaza con el propósito de presenciar el espectáculo de la muerte de un hombre en cada corrida, ó la de un toro á tiros de revólver. Y no cabe resolverse á eso, porque los españoles no somos de la madera de los indios del Llano, en Venezuela. En el Llano, país inculto, de naturaleza feracísima y clima ardentísimo, inaccesible al hombre civilizado, que encuentra casi siempre la muerte si se

aventura por aquellos agrestes parages poblados por muchedumbre de animales fieros y de indios de tiznados rostros, que rinden parias á las más groseras supersticiones y celebran autos de fé, se celebran corridas de toros, en cada una de las cuales mueren cinco ó seis personas, porque el torero mata al toro tal como sale del toril, sin quebrantarle antes con las banderillas y demás suertes que privan entre los aficionados batuecos. Esos salvajes tienen una atenuación que no tienen los españoles: la de ser salvajes....

Todo se confabula contra ese sangriento espectáculo, mengua de nuestra patria: en Cascante (Navarra) se hundió un tablado, cayendo las gentes al redondel. Hasta los tablados de las plazas se niegan á seguir cooperando á la celebración de tales regocijos.

LOS ORADORES DEL CÍRCULO.

No vale decir que se discute tal ó cual tema en el Círculo Nacional de la Juventud. Los oradores, que para aradores les sobran más de mil, hablan de la revolución francesa, del socialismo y comunismo, de Comfucio, Ciro, Alejandro, Cristo y Napoleón: de las Catacumbas, de María Antonieta (aquella rubia *tan simpática*, que diría Testar), de *papas*, obispos, curas y piratas; todo esto y más, con motivo de los temas.

El Sr. Testar... El Sr. Testar tiene comezón de hablar. No puede excusarse de terciar en todos cuantos debates se sostienen en el Círculo, en todas las secciones, á todas las horas.

Es un hombre verbo este Sr. Testar: habla él solo por todos los socios del Círculo y vecinos de la calle. ¿Se trata del Darwinismo? Discurso del Sr. Testar. ¿Se debate el tema *Patria y Cosmopolitismo?* Discurso del Sr. Testar. ¿Investígase si el teatro influye ó no en las costumbres? Peroración del Sr. Testar. El no nos dirá nada del tema, eso no, ni hablará como Dios manda; pero hablará como él sabe, consumirá algunas cubas de agua, y al día siguiente su nombre verá la luz pública en *La Correspondencia* y en *El Liberal*. Es el doctor Garrido de la oratoria. No importa que el presidente le llame al orden si, hablando de la influencia del teàtro en sus costumbres, requiebra amorosamente á María Antonieta; no importa que el público bostece ó se ría cuando le ve levantarse de las varias sillas que se conquista en sus triunfales paseos por el salón; no importa, en fin, que algunos socios abandonen el local, creyendo que de esta suerte se librarán de la catástrofe. Testar firme, impertérrito, nebuloso como Mariscal, meditabundo como Vivar, seguirá habla que te hablarás, y llegará su voz al café de la Iberia, y los socios soñarán con ella.

Juro que yo no sé lo que dijo anoche el Sr. Testar: aquello, lo que dijo, fué la jerga más escandalosa. El, Testar, nos convidará á la virgen de Murillo y hablará «de los ángeles que habitan el cielo *puro;*» él llamará tipo á D. Juan Tenorio, y expon-

drá «una consideración á la consideración de los oyentes» para manifestar que el teatro le parece un *Observatorio astronómico donde están encifrados ramilletes tejidos de todas las flores;* él contará que ha paseado por París, y dirá luego: «Una familia sólo puede expresarse por la palabra,» demostrando que él solo vale por todas las familias del mundo; él dirá esto y más, con motivo de la influencia del teatro en las costumbres. El Sr. Testar, que es inteligente y tiene instrucción y dotes oratorias, recabaría aplausos si en vez de prodigarse limara sus discursos y no se empeñara en hacer párrafos laberínticos, de mil kilómetros de largo.

Luego habló el Sr. Galvez: él y Testar son dos sombras de un mismo cuadro.

Levantóse á impugnar el naturalismo, y luego de haber contado que él no asistía á los teatros, dijo, á propósito del naturalismo, que el elefante no cabe en el teatro. Después... yo no quiero reseñar lo que dijo después el Sr. Galvez: baste consignar para muestra que, como censura lanzada contra el naturalismo, narró que en un drama representado en el teatro de Novedades, al cual asistió él, un burro, que llevaba sobre sí á un Cristo (tratábase de *La muerte y pasión)*, hizo en la escena... ¿qué tal sería lo que hizo en la escena, y lo que anoche hizo el señor Galvez en el Círculo, que no me atrevo á señalarlo?

***

Hace uso de la palabra el Sr. Justi para decir que el sentimiento de la patria es noble, porque crea

grandes heroismos. Dice que el cosmopolitismo aparece con Cristo, y entiende que Alejandro y César fueron cosmopolitas. Ya en ese camino de creer en el cosmopolitismo de todos los habitantes del planeta, afirma que la Revolución francesa fué cosmopolita, olvidando que Anacársis Klootz subió al patíbulo, no precisamente por ser partidario de Hebert, sino por difundir el cosmopolitismo en medio de una revolución esencialmente individualista, en la que sólo Robespierre era representante del socialismo, estrechamente ligado á la idea del cosmopolitismo.

Y se levantó el Sr. García Valladares. «Mi voz, dice, *es un tímido reflejo de la luna sobre los cristales de Neptuno.*» Añade, en prueba de que el cosmopolitismo existió en la antigüedad, que algunas mujeres casadas sacrificaban su honor á los extranjeros. Crea el Sr. Valladares que, á juzgar las cosas de esa manera, el cosmopolitismo está hoy en todo su apogeo.

«La linea recta, prosigue el mismo señor, es la distancia más corta entre dos puntos.» Se declara partidario de las curvas. En este momento cruza el salón á grandes pasos el Sr. Justi, y asciende á la tribuna. Estupefacción general: la Cámara tiembla las consecuencias de esta ascensión: el Sr. Valladares se pone en guardia... Pero el Sr. Justi, después de saborear un vaso de agua con azucarillos, vuelve tranquilamente á su puesto.

Rectifica el Sr. Valladares. Cree que los torrentes son inagotables. La canalización no le parece mal. Dice al Sr. Rosario que la falange macedónica no fué creada por Alejandro (á quien se le debe haber

gastado el nombre), sino por su padre (el de Alejandro).

Y hablaron otros oradores, entre ellos el Sr. Mora, que lo hizo con acierto, y pronunció un breve y elocuente discurso el Sr. Sans Benito, y el Sr. Testar dió unos gritos espantosos y yo me salí del salón.

***

El Sr. Valladares vuelve á sus divagaciones sobre el mar, el río y los torrentes. Dice: «La humanidad aspira á bastante más.» Luego habla un poco en latín; después, se sienta.

El Sr. Justi, harto enfático para orador de silla, quiero decir para orador que no sube á la tribuna, afirma que debiendo realizarse la fraternidad por medio de las religiones, ninguna ha contribuido á ello. (*El Sr. Aguilar, un neo*: Pido la palabra.) Cuenta una infinidad de cosas muy sabidas respecto al cristianismo, cosas que le ocurren de repente, según dice, porque no está preparado.

Habla Francés (no el picador, sino un señor que se llama Francés). Se levanta embozado en la capa, con mucho frío (esto no lo sé de fijo, pero sí sé que se levanta embozado en la capa).

«El tema está agotado, dice; Vds. se han quedado con la parte vírgen (¡Sr. Francés!), dejándome á mí lo que está desflorado.»

El Sr. Aguilar, neo, canónigo de la estudiantina que fué á París á tocar la guitarra, padre Sanchez de menor cuantía, pronuncia un sermón de Cuaresma. Reconoce en todas partes la mano de la Provi-

dencia, y dice que los demócratas han usurpado al catolicismo el principio de libertad, igualdad y fraternidad; que los no católicos están picados de la víbora (tiene la palabra para alusiones *El Siglo Futuro*), y que el cristianismo no fué fundado por Cristo, sino por Adam (¡!), porque en tiempos de este marido de Eva se creía en *Cristo venturo*, un gran señor á quien tengo el gusto de presentar á mis lectores. Con tan plausible motivo habla de los bienes mostrencos, y de los obispos, y de los curas y de la *sociedad media*, concluyendo al fin (¡al fin!) su letanía.

«Recordaréis, dice el Sr. Testar, que pedí la palabra cuando de Providencia se trataba.» Califica al Sr. Aguilar de pensador profundo, filósofo y orador correcto. (Se toma un vaso de agua.) «No quiero, dice, que el pobre viva en la humillación comiendo la sopa de los conventos, como quiere el Sr. Aguilar. (Se toma otro vaso de agua.) Felicita al señor Aguilar por creer en la otra vida, y le pide que le deje tal como es «incrédulo, entregado al desconsuelo, á las lágrimas, á los sollozos, al suicidio.»

Termina así:

«Esa idea (la de la otra vida) se halla en mi conciencia como amortiguada, como anonadada, como acallada, como apaciguada, como amenguada, como en silencio, como en la nada.»

¡Basta! ¡¡Basta!!

El Sr. Rosario dice que se ha levantado de la cama creyendo que le iban á aludir, pero que se ha llevado chasco porque no le han aludido. ¿Pero quién le manda al Sr. Rosario salir á la calle con calentura?

Fuera ya de la cama, habla, para regocijarse, con los recuerdos de la infancia, entre los que hieren su imaginación la iglesia donde su señora madre le enseñaba á persignarse; la casa donde nació, allá en el Archipiélago filipino de Primo de Rivera, y dice que, á su juicio, el cosmopolitismo no se refiere, ó no debe referirse, á desterrar del corazón del hombre el amor al terruño, sino á la uniformidad de miras de todos los habitantes del planeta en punto á la ciencia y á la moral.

Cuando el Sr. Rosario, que es de las mejores inteligencias del Círculo, esté más experto en las lides *parlamentarias* y haga menos chistes filipinos, será orador. Pero no poeta, no puede serlo un natural del Archipiélago: por eso hace mal en hablar del «último palpitar del crepúsculo detrás de la montaña,» porque no logra el efecto que sin duda desea producir en el ánimo de sus oyentes. Los crepúsculos, además, no palpitan, y menos detrás de las montañas.

El Sr. Acosta, orador eminentemente mímico y republicano *rojo*, se levanta airado á defender su patria. La Cámara se intimida. El Sr Acosta, *habanero*, llama á su patria *la Polonia americana*. Dice que los demócratas dinásticos han vendido su primogenitura por algunas copas de *champagne*.

Cuando el Sr. Acosta termina su discurso, varios demócratas-dinásticos le rodean en ademán hostil. Los policías de punto en la calle del Lobo entran en el salón. El Presidente grita: *¡Sálvese el que pueda!*

Brillante fué la improvisación del Sr. Portuondo, orador elocuentísimo, y digna de aplauso la energía

de caracter con que se declaró socialista y comunista en estos tiempos tan azarosos. El Sr Portuondo no quiere medios violentos; pero es socialista, porque entiende que su escuela entraña los más sagrados principios del derecho y de la justicia. Con frase correcta y pulcra, en períodos rotundos, describe los dolores del pueblo y espera del socialismo la regeneración de la humanidad.

¡Cuánto no tiene que agradecer el Círculo á los señores Portuondo y Sanz Benito su intervención en los debates; y cómo ni con qué puede demostrar su gratitud al Sr. Gonzalez Serrano, que sin parar mientes en su grande y merecida reputación de filósofo y de literato, y salvando distancias insuperables, alterna con los pequeñuelos!

Los oradores del Círculo creen que el cosmopolitismo no ha existido ni existe aún. Se equivocan. Si fuesen á Laponia se hartarían de cosmopolitismo. ¿Qué punto hay de comparación entre la hospitalidad en los tiempos antiguos y la hospitalidad que en Laponia tiene el extranjero? No bien llega á Laponia algún bárbaro (léase extranjero), que salen de sus chozas todos los lapones, y le llaman hermano, y le brindan hospedaje gratis, y ponen á su disposición los trineos, y, á mayor abundamiento, los maridos le ceden el lecho con todos los chismes del mismo.

¿Saben los oradores del Círculo, de M. Werdock? No saben. M. Werdock, lapon, hablaba con una parisiense, y le decía:

—«Todo, absolutamente todo, está allí á la disposición del extranjero.

—¿Hasta la dueña de la casa? preguntó la francesa.

—El dueño no se consideraría hospitalario si se reservase alguna cosa.

—¡Ved ahí una costumbre infame! exclamó *ella* indignada.

—Señora, señora, dijo Werdock, en otros paises el marido no da nada, porque su señora es la encargada de hacer los honores de la casa...»

¡Y qué laponas aquellas! Las hay de todas clases; pero las más altas miden dos piés y media pulgada.

—¡Una mujer así, en la cama, parecerá una chinche!

No crea, sin embargo, el Sr. Valladares que eso de que los lapones sean maridos condescendientes, es la mayor prueba de su cosmopolitismo.

***

A las doce se suspendió la sesión, y algunos socios encendieron cerillas para verle la cara al Sr. Aguilar. Eran las dos de la madrugada, y en la calle del Lobo, donde tiene su local el Círculo, se oía la voz simpática del estimable Testar, que discutía con el sereno del barrio, á quien señalaba una cabecita rubia, asomada á uno de los balcones de la calle, y le decía melancólicamente: «¡Así era María Antonieta!»

ÍNDICE.

	Páginas.
DEDICATORIA	V
DOS NOTAS	VII
PRÓLOGO	IX
ENTREMOS	XXI
El Carnaval en las Antillas	1
De los cantares de un viejo, y de Teodoro Guerrero	9
Ensayos de Crítica y Filosofía, por Urbano Gonzalez Serrano	14
De los suicidios	19
Bello	24
«El Pueblo» y Juvenal	29
El Sr. Ache, revistero de «La Tribuna»	35
Fenayrou en la parrilla	42
Cromos matritenses	48
La virtud en el teatro	58
X., Brilega y compañía	60
Ida y vuelta	76
Primeras poesías, 1870-1880, de Miguel Sanchez Pesquera	81
Desde la Concha	87
Carta á un tal D. Mario Braschi, director y redactor principal de «El Pueblo»	92
Habaneras	99
La orgía	107
Gautier	114
El banco de los difuntos	119
D. Cholo Pica-pica, diputado	122

Páginas.

Discursos parlamentarios de D. Nicolas Salmerón. 131
Exposiciones..... 141
Los misterios de la calle de Panaderos (novela de compromiso por D. Antonio de San Martín)... 148
Peñarandinas..... 157
«La parte del Leon»..... 162
Corina..... 174
Necrologia..... 180
Notas de viaje..... 183
Artículo faldero..... 190
Cromos parisienses..... 193
Renacimiento taurino..... 197
Los oradores del Círculo..... 201

ERRATAS NOTABLES.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
15	3	ocasionara	ocasionó
27	26	espamos	espasmos
34	16	les	los
43	24	*tuez-la*	*tue-la*
43	25	*tuez-la*	*tue-la*
43	27	*tuez-la*	*tue-la*
43	28	*tuez-la*	*tue-la*
52	8	la	leda
54	6	separarles	separarlos
56	5	*ta*	*te*
61	30	hubiese	hubiera
63	6	las	les
64	3	hubiese	hubiera
77	9	hubiera	habría
78	22	á	de
80	9	la	le
90	22	la	le
90	23	la	le
90	24	las	les
98	1	que	á quien
99	20	hubiese	hubiera
107	12	desarrapada	desharrapada
109	19	*óles*	*olés*
112	11	con	en
112	32	las	les
124	1	*cocot*	*cocotte*
130	2	se le paseara	era paseado
141	21	les	los
142	13	hubiese	habría
142	17	hubiese	habría
162	31	ir	*ir*

Se halla de venta este número al precio de **10 rs.**
en las principales librerías de esta [illegible]
Ultramar, **[illegible] mrs.**

EL ESPAÑOL.

[illegible]

DIRECTOR: LUIS MONARIZ.

[illegible]

Madrid	trimestre	[illegible]
Provincias	id	[illegible]
Ultramar	id	[illegible]
Número suelto		[illegible]
Número atrasado		[illegible]

En el extranjero á precios convencionales.